Emmanuel Carrère

El adversario

El 9 de enero de 1993 un hombre mató a su esposa, sus hijos y sus padres, e intentó sin éxito suicidarse. La investigación reveló que no era médico, tal como pretendía. Mentía desde los dieciocho años y se había construido una existencia ficticia. A punto de ser descubierto, prefirió suprimir a aquellos cuya mirada no hubiera podido soportar. Una escalofriante historia real que es un viaje al corazón del horror y ha sido comparada con *A sangre fría* de Truman Capote.

Emmanuel Carrère

El adversario

ePub r1.7
Titivillus 14.09.2024

Título original: *L'Adversaire*
Emmanuel Carrère, 1999
Traducción: Jaime Zulaika Goicoechea

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: eisens, Stonian, dacordase, maxStern, agslow
ePub base r2.1

La mañana del sábado 9 de enero de 1993, mientras Jean-Claude Romand mataba a su mujer y a sus hijos, yo asistía con los míos a una reunión pedagógica en la escuela de Gabriel, nuestro hijo primogénito. Gabriel tenía cinco años, la edad de Antoine Romand. Luego fuimos a comer con mis padres, y Romand a casa de los suyos, a los que mató después de la comida. Pasé solo en mi estudio la tarde del sábado y el domingo, normalmente dedicados a la vida en común, porque estaba terminando un libro en el que trabajaba desde hacía un año: la biografía del novelista de ciencia ficción Philip K. Dick. El último capítulo contaba los días que había pasado en coma antes de morir.

Terminé el martes por la tarde y el miércoles por la mañana leí el primer artículo de *Liberation* dedicado al asunto Romand.

A Luc Ladmiral le había despertado el lunes, poco después de las 4 de la mañana, una llamada de Cottin, el farmacéutico de Prévessin. Había un incendio en casa de los Romand y estaría bien que los amigos fuesen a salvar los muebles que pudiesen. Cuando Luc llegó, los bomberos evacuaban los cadáveres. Se acordará toda su vida de los sacos de plástico gris, precintados, en los que habían metido a los niños: horripilaba verlos. A Florence la habían tapado solamente con un abrigo. Su rostro, ennegrecido por el humo, estaba intacto. Al alisar sus cabellos, en un gesto de adiós desolado, los dedos de Luc tropezaron con algo extraño. Palpó, giró con precaución la cabeza de la joven y luego llamó a un bombero para mostrarle la llaga abierta más arriba de la nuca. El bombero dijo que probablemente le habría caído encima una viga: la mitad del desván se había desplomado. A continuación, Luc montó en el camión rojo donde habían extendido a Jean-Claude, el único miembro de la familia que todavía estaba vivo. El latido de su pulso era débil. Estaba en pijama, inconsciente, quemado, pero ya frío como un muerto.

Llegada la ambulancia, le transportó al Hospital de Ginebra. Era de noche, hacía frío y todo el mundo estaba empapado por el chorro de las mangueras contra incendios. Como no había nada más que hacer en la casa, Luc fue a secarse a la de Cottin. A la luz amarilla de la cocina, oyeron hipar la cafetera sin atreverse a mirarse. Les temblaban las manos al levantar las tazas y al remover las cucharillas, que hacían un ruido horrible. Después Luc volvió a su casa para comunicar la noticia a Cécile y a los niños. Sophie, la mayor, era la ahijada de Jean-Claude. Pocos días antes, como tantas otras veces, se había quedado a dormir en casa de los Romand; de haber dormido allí esa noche, ahora también ella estaría dentro de un saco gris.

No habían dejado de verse desde que estudiaron juntos medicina en Lyon. Los dos se habían casado casi al mismo tiempo, y sus hijos habían crecido juntos. El uno lo sabía todo de la vida del otro, no sólo la fachada sino también los secretos, secretos de hombres honrados, formales, tanto más vulnerables a la tentación. Cuando Jean-Claude le confesó que estaba viviendo una aventura amorosa y le habló de mandarlo todo a paseo, Luc le hizo entrar en razón: «Para que te desquites, cuando me toque a mí hacer el gilipollas». Una amistad semejante se cuenta entre las cosas preciosas de la vida, casi tan valiosas como el éxito en el matrimonio, y Luc siempre había tenido la certeza de que un día tendrían sesenta, setenta años y contemplarían juntos, desde la altura de esa edad, como desde una montaña, el camino recorrido: los lugares en que habían dado un traspié y a punto habían estado de extraviarse, la ayuda que se habían prestado mutuamente, el modo en que, a la postre, habían salido del apuro. Un amigo, un verdadero amigo, es también un testigo, alguien cuya mirada permite evaluar mejor la propia vida, y desde hacía veinte años, sin desmayo ni grandes palabras, ambos habían cumplido esa función recíproca. Sus vidas se asemejaban, aun cuando no hubiesen triunfado de la misma manera. Jean-Claude se había convertido en una eminencia de la investigación, que frecuentaba a ministros y asistía a coloquios internacionales, mientras que Luc era generalista en Ferney-Voltaire. Pero no estaba celoso de Jean-Claude. Sólo les había distanciado un poco, en los últimos meses, un desacuerdo absurdo referente a la escuela donde iban sus hijos. A Jean-Claude, de una forma incomprensible, se le habían subido los humos hasta el punto de que Luc tuvo que dar el primer paso y decir que no iban a reñir por semejante nadería. Ese incidente le había perturbado, y lo había hablado con Cécile varias noches seguidas. ¡Qué irrisorio era ahora! ¡Qué frágil es la vida! Ayer, sin ir más lejos, había una familia unida, feliz, personas que se amaban, y ahora, por culpa de una caldera que falla, había en el depósito cadáveres carbonizados… Su mujer y sus hijos lo eran todo para Jean-Claude. ¿Qué vida le esperaba si sobrevivía?

Luc llamó al servicio de urgencias de Ginebra; habían introducido al herido en una cámara hiperbárica y el pronóstico era reservado.

Rezó con Cécile y con los niños para que Jean-Claude no recobrase el conocimiento.

Al abrir su consulta, dos gendarmes le esperaban. Sus preguntas le parecieron extrañas. Querían saber si los Romand no tenían enemigos declarados, actividades sospechosas… Como Luc mostró sorpresa, los gendarmes le dijeron la verdad. El primer examen de los cuerpos probaba que habían muerto *antes* del incendio, Florence de resultas de heridas infligidas en la cabeza por un instrumento contundente, Antoine y Caroline abatidos por balas.

Eso no era todo. En Clairvaux-les-Lacs, en el Jura, al tío de Jean-Claude le habían encargado que notificase la catástrofe a los padres de éste, frágiles ancianos. Había ido a verles acompañado del médico del matrimonio. La casa estaba cerrada, el perro no ladraba. Inquieto, el tío de Jean-Claude había forzado la puerta y descubierto a su hermano, a su cuñada y al perro bañados en su propia sangre. A ellos también los habían matado a tiros.

Asesinados. Los Romand habían sido asesinados. La palabra despertaba en la cabeza de Luc un eco atónito. «¿Ha habido robo?», preguntó, como si esa palabra pudiese volver más racional el horror de la otra. Los gendarmes no lo sabían todavía, pero esos dos crímenes perpetrados, a ochenta kilómetros de distancia, contra los miembros de una misma familia hacían pensar más bien en una venganza o en un ajuste de cuentas. Indagaban acerca de posibles enemigos, y Luc, desconcertado, sacudía la cabeza: ¿enemigos, los Romand? Todo el mundo les quería. Si los habían matado, forzosamente lo habrían hecho personas que no les conocían.

Los gendarmes no sabían exactamente qué profesión ejercía Jean-Claude. Médico, decían los vecinos, pero no tenía consulta. Luc explicó que era investigador en la Organización Mundial de la Salud, en Ginebra. Uno de los gendarmes telefoneó, pidió que le pusieran con alguien que trabajase con el doctor Romand: su secretaria o uno de sus colaboradores. La telefonista no conocía al doctor Romand. Ante la insistencia de su interlocutor, ella le puso con el director de personal, quien consultó sus ficheros y lo confirmó: no había en la OMS ningún doctor Romand.

Luc comprendió entonces y sintió un inmenso alivio. Todo lo que había ocurrido desde las cuatro de la mañana, la llamada

telefónica de Cottin, el incendio, las heridas de Florence, los sacos grises, Jean-Claude en la unidad de quemados graves, y aquella historia de crímenes, por último, todo aquello se había desarrollado con una verosimilitud perfecta, una impresión de realidad que no daba pábulo a la sospecha, pero ahora, gracias a Dios, el guión de los hechos desvariaba, revelaba lo que era: una pesadilla. Iba a despertarse en la cama. Se preguntó si se acordaría de todo y si se atrevería a contárselo a Jean-Claude. «He soñado que tu casa se incendiaba, que tu mujer, tus hijos y tus padres habían muerto asesinados, que tú estabas en coma y que en la OMS nadie te conocía». ¿Acaso se puede decir eso a un amigo, aunque sea tu mejor amigo? A Luc se le pasó por la cabeza la idea que habría de obsesionarle más adelante, la de que en ese sueño Jean-Claude interpretaba un papel de doble, y de que afloraban a la luz temores que él experimentaba respecto a sí mismo: miedo de perder a los suyos, pero también de perderse él mismo, de descubrir que detrás de la fachada social no había nada.

En el curso de la jornada, la realidad se volvió aún más pesadillesca. Convocado por la tarde en la comisaría, Luc supo, en el plazo de cinco minutos, que habían encontrado en el automóvil de Jean-Claude una nota de su puño y letra en la que se acusaba de los crímenes, y que todo lo que se creía saber de su carrera y de su actividad profesional era una engañifa. Habían bastado unas cuantas llamadas por teléfono y unas comprobaciones elementales para desenmascararle. Llamaban a la OMS y allí nadie le conocía. No figuraba inscrito en el colegio de médicos. Su nombre no estaba en las listas de los hospitales de París, de donde se le suponía médico residente, ni tampoco en las de la Facultad de Medicina de Lyon, donde el propio Luc y otros compañeros juraban haber cursado estudios con Jean-Claude. Los había empezado, sí, pero no se había presentado a exámenes desde el final del segundo año y, a partir de ahí, todo era falso.

Luc, en principio, se negó en redondo a creerlo. Cuando acaban de decirte que tu mejor amigo, el padrino de tu hija, el hombre más recto que conoces ha matado a su mujer, a sus hijos, a sus padres y que además te mentía en todo desde hacía años, ¿no es normal que sigas confiando en él, a pesar incluso de pruebas aplastantes? ¿Qué sería una amistad que se dejase convencer de su error tan

fácilmente? Jean-Claude no podía ser un asesino. Por fuerza faltaba una pieza en el rompecabezas. En cuanto la encontrasen todo recobraría su sentido.

Para los Ladmiral, aquellos días representaron una prueba sobrenatural. Los discípulos de Jesús lo vieron detenido, juzgado, torturado como el último de los criminales y, sin embargo, aunque Pedro hubiese trastabillado, siguieron creyendo en él. Al tercer día supieron que habían hecho bien en mantenerse firmes. Cécile y Luc lo intentaron con todas sus fuerzas. Pero al tercer día, e incluso antes, tuvieron que admitir que su esperanza era vana y que deberían vivir con aquello: no solamente la pérdida de los fallecidos, sino el duelo de la confianza, la vida entera gangrenada por la mentira.

¡Si por lo menos hubiesen podido proteger a sus hijos! Ya era bastante espantoso limitarse a decirles que Antoine y Caroline habían muerto en un incendio junto con sus padres. Pero cuchichear no servía de nada. Al cabo de pocas horas, invadieron la localidad periodistas, fotógrafos, técnicos de televisión que atosigaban a todo el mundo, incluso a los escolares. Todos ellos sabían desde el martes que a Antoine, Caroline y a la mamá de ambos los había matado su papá, y que luego había prendido fuego a la casa. Muchos soñaron de noche que la suya se incendiaba y que su padre hacía lo mismo que el de Antoine y Caroline. Luc y Cécile se sentaban en el borde de los colchones que habían arrastrado para colocarlos unos junto a otros, porque ya nadie se atrevía a dormir solo, y se acurrucaban cinco en la habitación de los padres. Sin saber todavía qué explicarles, ellos les acunaban, les mimaban, procuraban al menos tranquilizarles. Pero notaban que sus palabras no poseían ya el poder mágico de antes. Se había infiltrado una duda que únicamente el tiempo podría extirpar. Eso quería decir que les habían robado la infancia, tanto a los niños como a los padres, que nunca más los pequeños se abandonarían en sus brazos con aquella confianza milagrosa, que es un prodigio, pero que es normal, a su edad, en las familias normales, y pensando en eso, en lo que había sido destruido sin remedio, Luc y Cécile se echaron a llorar.

La primera noche, su grupo de amigos se reunió en casa de los

Ladmiral, cosa que hicieron todas las noches durante una semana. Trataban de encajar el golpe juntos, levantados hasta las tres o las cuatro de la mañana. Se olvidaban de comer, bebían demasiado, muchos volvieron a fumar. Esas veladas no eran velatorios, pues eran incluso las más animadas que se hubiesen vivido en la casa, porque la conmoción era tal, les precipitaba en semejante torbellino de preguntas y de dudas, que cortocircuitaba el duelo. Cada cual pasaba por lo menos una vez al día por la comisaría, ya porque le habían citado, ya para seguir los avances de la investigación, y durante toda la noche hablaban al respecto, comparaban las informaciones, montaban hipótesis.

La comarca de Gex es una llanura que tiene unos treinta kilómetros de ancho y se extiende al pie de los montes del Jura, hasta la orilla del lago Léman. Aunque situada en territorio francés, es de hecho una periferia residencial de Ginebra, una amalgama de pueblos ricos donde se ha afincado una colonia de funcionarios internacionales que trabajan en Suiza, cobran en francos suizos y en su mayoría no pagan impuestos. Todos llevan más o menos el mismo tren de vida. Viven en antiguas granjas transformadas en chalés confortables. El marido va a la oficina en Mercedes. Su mujer hace las compras en Volvo y se ocupa de diversas actividades asociativas. Los niños acuden a la escuela de Saint-Vincent, que es privada y cara, y se encuentra a la sombra del castillo de Voltaire. Jean-Claude y Florence eran personas conocidas y apreciadas por esta comunidad, ostentaban en ella su rango y todos los que les conocían se preguntaban ahora: ¿de dónde salía el dinero? ¿Quién era, si no era quien fingía ser?

El suplente del fiscal, apenas conoció el caso, declaró a los periodistas que «esperaba cualquier cosa»; luego, tras un primer examen de los saldos bancarios, dijo que el móvil de los crímenes había sido «el temor del falso médico a verse desenmascarado, y el cese brutal de un tráfico de perfiles todavía oscuros y del que Jean-Claude era uno de los cabecillas, que percibía sumas muy elevadas desde hacía años». Este comunicado inflamó las imaginaciones. Se empezó a hablar de tráfico de armas, de divisas, de órganos, de estupefacientes. De una vasta organización criminal que actuaba dentro del ex bloque socialista en vías de descomposición. De la mafia rusa. Jean-Claude viajaba mucho. El año anterior había ido a

Leningrado, de donde había traído para Sophie, su ahijada, una de esas muñecas que se meten unas dentro de otras. Luc y Cécile, en un acceso de paranoia, se preguntaron si esas muñecas no ocultarían documentos comprometedores, un microfilm o un microprocesador, y si no sería aquello lo que los asesinos buscaron en vano en Prévessin y Clairvaux. Porque Luc, cada vez más aislado, quería seguir creyendo en una maquinación. Jean-Claude era quizá un espía, un traficante de secretos científicos, pero no podía haber matado a los suyos. Los *habían* matado, *habían* amañado pruebas para endosarle los crímenes, *habían* llegado incluso hasta a destruir las huellas de su pasado.

«Un accidente banal, una injusticia, pueden provocar la locura. Perdón, Corinne, perdón, amigos míos, perdón a la buena gente de la junta escolar de Saint-Vincent que quería romperme la cara».

Era el texto de la nota de adiós que había dejado en el coche. ¿Qué accidente banal? ¿Qué injusticia?, se preguntaban todos los «amigos» que se congregaban por la noche en casa de los Ladmiral. Varios de ellos formaban también parte de la «buena gente», miembros de la junta escolar, y a ellos no les soltaban los gendarmes. Todos tuvieron que facilitar una versión detallada del conflicto causado, al comenzar el curso anterior, por la sustitución del director. Escuchaban con un aire casi suspicaz. ¿No era eso la injusticia que había provocado el drama? Los miembros de la junta estaban asustados: se habían peleado, sí, incluso puede que alguien hubiese hablado de romperle la crisma a Jean-Claude, pero ¡hacía falta estar loco para imaginar una relación entre aquella riña y la masacre de toda una familia! Hacía falta estar loco, admitían los gendarmes, y sin embargo tenía que haber una relación.

En cuanto a Corinne, cuyo nombre los periódicos habían recibido la orden de silenciar, y de quien hablaban como de una «amante misteriosa», su testimonio era pasmoso. El sábado anterior, Jean-Claude se había reunido con ella en París para llevarla a cenar a casa de su amigo Bernard Kouchner en Fontainebleau. Algunas horas antes, según la autopsia, Jean-Claude había matado a su mujer, sus hijos y sus padres. Ella no sospechó nada, por supuesto. Él había intentado matarla también en un recodo aislado del bosque. Ella forcejeó, él desistió y la llevó de vuelta a su casa

diciendo que estaba gravemente enfermo y que eso explicaba su arrebato de demencia. Al conocer el lunes la noticia de la carnicería y comprender que se había salvado por un pelo de ser la sexta víctima, la propia Corinne había llamado a la policía, que a su vez telefoneó a Kouchner. Este no había oído hablar en su vida del doctor Romand y no tenía ninguna casa en Fontainebleau.

Todo el mundo conocía a Corinne en Ferney, donde había vivido antes de divorciarse y afincarse en París. Nadie, en cambio, sabía que había tenido una aventura con Jean-Claude, salvo Luc y su mujer, que por este motivo no la tenían en gran aprecio. La consideraban una lianta, capaz de contar cualquier cosa para hacerse la interesante. Pero como la hipótesis de la maquinación, a medida que pasaban los días, se volvía cada vez más insostenible, la del crimen pasional comenzaba a colmar un vacío. Luc se acordaba de las confidencias de Jean-Claude, la profunda depresión en que le había sumido la ruptura. No le costaba suponer, si la relación se había reanudado, que hubiera podido enloquecer a su amigo: el ir y venir entre la mujer y la amante, el encadenamiento de mentiras y, para colmo, la angustia derivada de la enfermedad. Porque Jean-Claude también le había confiado que padecía un cáncer que le trataba en París el profesor Schwartzenberg. Luc se lo dijo a los gendarmes, que lo comprobaron. El profesor Schwartzenberg no conocía a Romand más de lo que le conocía Kouchner, y las pesquisas, ampliadas a los servicios de oncología de todos los hospitales franceses, no permitieron encontrar en ninguna parte un historial a nombre de Jean-Claude Romand.

Corinne exigió a través de su abogado que la prensa no volviera a hablar de ella como de la amante del monstruo, sino como de una simple amiga. Luego se supo que ella le había entregado novecientos mil francos de ahorros con el encargo de depositarlos en su nombre en Suiza; en lugar de hacerlo, él los había malversado. El misterioso tráfico se reducía a una vulgar estafa. Ya no se trataba de espionaje ni de gran delincuencia. Los investigadores pensaban que había abusado de la confianza de otros miembros de su entorno y los periodistas daban a entender que esas personas no se atrevían a quejarse porque las inversiones con que Romand las había seducido eran ilegales: acaso eso explicaba que el círculo de notables de Ferney se mostrara tan reservado… Tales

insinuaciones exasperaban a Luc. En su calidad de «mejor amigo» del asesino, constantemente le abordaban tipos con chaquetones de cuero que esgrimiendo acreditaciones de prensa le tendían micrófonos y le proponían pequeñas fortunas para que abriera su álbum de fotos: él los ponía automáticamente de patitas en la calle, para que no se ensuciase la memoria de los muertos, y el resultado fue que le creyeron sospechoso de defraudar al fisco.

Otras revelaciones llegaron de la familia de Florence, los Crolet, que vivían en Annecy y a quienes los Ladmiral conocían bien. Ellos también habían confiado dinero a Jean-Claude: la prima del retiro del padre y luego, después de su muerte, un millón de francos obtenidos con la venta de la casa. Y no solamente sabían que ese dinero, fruto del trabajo de toda una vida, estaba definitivamente perdido, sino que una sospecha torturadora se mezclaba con su duelo y lo parasitaba: el señor Crolet había muerto al caer por una escalera un día en que se encontraba a solas con Jean-Claude. ¿No habría éste, además, matado a su suegro?

Todos se preguntaban: ¿cómo hemos podido vivir tanto tiempo al lado de este hombre sin sospechar nada? Todos buscaban en su memoria el recuerdo de un instante en que esa sospecha, algo que hubiese podido propiciarla, les había asaltado. El presidente de la junta escolar contaba a todo el mundo que había buscado a Jean-Claude sin encontrarle en el anuario de los organismos internacionales. El propio Luc se acordaba de que unos meses antes se le había ocurrido la misma idea, tras haber sabido por Florence que su amigo había obtenido el quinto puesto en el internado de París. No era ese éxito lo que le asombraba, sino el no haberlo sabido en aquella época. ¿Por qué no se lo había contado? Interrogado, tildado de hermético, Jean-Claude se había encogido de hombros, había dicho que no era nada del otro mundo y había cambiado de tema. Era extraordinaria aquella capacidad de desviar la conversación en cuanto se centraba en su persona. Lo hacía tan bien que uno ni siquiera se daba cuenta y, si volvía a pensar en ello, era, en definitiva, para admirar su discreción, su modestia, su afán de ensalzar a los demás antes que a sí mismo. Luc, no obstante, había tenido la vaga impresión de que algo no encajaba en lo que Jean-Claude decía de su carrera.

Había pensado en llamar a la OMS para ver en qué consistía

exactamente su trabajo. Y ahora se repetía que si lo hubiese hecho, las cosas tal vez habrían sido distintas.

—Quizá —dijo Cécile, cuando él le comunicó esos remordimientos—; quizá te hubiese matado a ti también.

Cuando hablaban de él a horas tardías de la noche, ya no conseguían llamarle Jean-Claude.

Tampoco le llamaban Romand. Estaba en alguna parte fuera de la vida, fuera de la muerte, no tenía ya nombre.

Al cabo de tres días, supieron que viviría.

Hecha pública el jueves, la noticia pesó sobre las exequias de los padres de Jean-Claude, que se celebraron al día siguiente en Clairvaux-les-Lacs. Las de Florence y los niños habían sido pospuestas para completar la autopsia. Estas dos circunstancias hicieron la ceremonia todavía más inaguantable. ¿Cómo creer en las palabras de paz y de descanso que el cura se forzaba a pronunciar mientras descendían, bajo la lluvia, los féretros a la fosa? Nadie podía recogerse interiormente, encontrar en el fondo de sí mismo un rincón de calma, de aflicción aceptable donde refugiar su alma. Luc y Cécile habían asistido pero se habían mantenido aparte porque apenas conocían a la familia. Los rostros colorados y rugosos de aquellos campesinos del Jura ostentaban la huella del insomnio, de pensamientos de muerte, de rechazo y de vergüenza contra los cuales no se puede luchar. Jean-Claude había sido el orgullo del pueblo. Le admiraban por haber prosperado tanto y por seguir siendo, pese a ello, tan sencillo, tan cariñoso con sus ancianos padres. Les telefoneaba todos los días. Se decía que había rechazado, por no alejarse de ellos, un puesto de prestigio en América.

En las dos páginas del día consagradas al caso, *Le Progrès* publicaba una foto tomada en clase de sexto, en el colegio de Clairvaux, en la que se le veía en la primera fila, sonriente y dulce, y el pie de foto rezaba: «¿Quién hubiese creído que el muchacho ejemplar llegaría a ser un monstruo?»

El padre había recibido los disparos en la espalda, la madre en pleno pecho. Quizá los dos, ella con toda certeza, supieron que morían a manos de su hijo, de tal manera que en el mismo instante habían visto su propia muerte —que todos veremos, que ellos

habían llegado a la edad de ver sin escandalizarse— y la destrucción de todo lo que había dado sentido, alegría y dignidad a su vida. El cura aseguraba que ahora veían a Dios. Para los creyentes, el instante de la muerte es aquel en que ven a Dios, no ya oscuramente, como en un espejo, sino cara a cara. Incluso los no creyentes creen algo parecido: que en el momento de pasar al otro lado los moribundos ven desfilar en un relámpago la película completa de su vida, por fin inteligible. Y esta visión que hubiese debido poseer para los ancianos Romand la plenitud de las cosas cumplidas, había sido el triunfo de la mentira y el mal. Deberían haber visto a Dios y en su lugar habían visto, adoptando los rasgos de su hijo bienamado, a aquel a quien la Biblia llama Satán, es decir, el adversario.

No era posible pensar en otra cosa: en la estupefacción como de niños traicionados pintada en los ojos de los ancianos; en los cuerpecitos medio carbonizados de Antoine y Caroline, que yacían al lado de su madre sobre mesas del depósito; y luego en el otro cuerpo, pesado y blando, el del asesino que había sido para todos tan cercano, tan familiar, y que se había convertido en tan monstruosamente extraño, y que poco a poco comenzaba a moverse en un lecho de hospital, a algunos kilómetros de allí. Sufría quemaduras, decían los médicos, y los efectos de los barbitúricos e hidrocarburos que había ingerido, pero tenía que recobrar el pleno conocimiento durante el fin de semana, y a partir del lunes estaría en condiciones de ser interrogado. Justo después del incendio, cuando todavía lo atribuían a un accidente, Luc y Cécile habían rezado para que muriese: entonces era por el bien de él. Ahora rezaban para que muriera, pero esta vez era por ellos mismos, por sus hijos, por todos los que aún estaban vivos. Que él, Jean-Claude, la muerte personificada, permaneciera en el mundo de los vivos era una amenaza aterradora, en suspenso, la garantía de que la paz no volvería nunca, de que el horror no conocería fin.

El domingo, uno de los seis hermanos de Luc dijo que Sophie necesitaba un nuevo padrino. Se propuso él mismo y preguntó solemnemente a la niña si ella le aceptaba. Esta ceremonia familiar marcó el principio del duelo.

El otoño anterior, Déa estaba muriéndose de sida. No era una amiga íntima, sino una de las mejores amigas de una de nuestras mejores amigas, Elisabeth. Era una mujer hermosa, de una belleza un poco inquietante que la enfermedad había acentuado, con una melena leonada de la que estaba orgullosa. Hacia el final se volvió muy piadosa y había dispuesto en su casa una especie de altar con iconos iluminados por velas. Una noche, una vela prendió fuego a sus cabellos y Déa ardió como una antorcha. La trasladaron a la unidad de quemados graves del Hospital de Saint-Louis.

Eran quemaduras de tercer grado que afectaban a la mitad del cuerpo: no iba a morirse de sida, eso era quizá lo que ella quería. Pero no murió enseguida, sino que duró casi una semana durante la cual Elisabeth fue a verla todos los días: bueno, a ver lo que quedaba de Déa. Elisabeth pasaba después por nuestra casa, a beber y hablar. Decía que en cierto modo la unidad de quemados era algo hermoso. Hay velos blancos, gasa, silencio, se diría el castillo de la Bella Durmiente. De Déa sólo se veía una forma envuelta en vendajes blancos, y si hubiese estado muerta habría sido casi apaciguador. Lo terrible era que aún vivía. Los médicos aseguraban que no estaba consciente, y Elisabeth, que es absolutamente atea, se pasaba la noche rezando para que fuese verdad. Yo, por esa época, había llegado al momento de la biografía de Dick en que escribe esa novela espeluznante que se titula *Ubik* y se imagina lo que ocurre en los cerebros de personas conservadas en criogenia: jirones de pensamientos a la deriva, huidos de almacenes de memoria saqueados, roedura obstinada de la entropía, cortocircuitos que provocan chispas de lucidez pánica, todo lo que oculta la línea apacible y regular de un encefalograma *casi* plano. Yo fumaba y bebía demasiado, tenía continuamente la impresión de que me iba a despertar sobresaltado. Una noche esto se hizo insoportable. Me

levantaba, volvía a acostarme junto a Anne dormida, me daba la vuelta, con todos los músculos en tensión, los nervios de punta, no creo haber experimentado en toda mi vida una sensación semejante de malestar físico y moral (y malestar es una palabra débil); sentía ascender en mi interior y reventar, dispuesto a sumergirme, el pavor innombrable del enterrado vivo. Al cabo de varias horas, todo se desató de golpe. Todo se volvió fluido, libre, y me percaté de que lloraba, con gruesas lágrimas calientes, y era de alegría. Nunca había sufrido tal sensación de malestar, nunca he sentido una sensación de liberación semejante. Permanecí un momento, sin comprender, bañado en aquella especie de éxtasis amniótico, y luego comprendí. Miré la hora. Por la mañana llamé a Elisabeth. Sí, Déa había muerto. Sí, un poco antes de las cuatro de la madrugada.

Romand, todavía en coma, era el único que no sabía que estaba vivo y que sus familiares habían muerto por su mano. Esta ausencia no habría de durar. Iba a salir del limbo. ¿Qué vería al abrir los ojos? Una habitación pintada de blanco, vendas blancas alrededor de su cuerpo. ¿Qué recordaría? ¿Qué imágenes acompañarían su ascenso hacia la superficie? ¿Quién sería la primera persona con quien se cruzaría su mirada? Una enfermera, sin duda. ¿Le sonreiría, como todas ellas deben hacer en esos casos, porque una enfermera es en ese momento una madre que acoge a su hijo al salir de un túnel muy largo, y todas ellas saben por instinto, ya que si no harían otro trabajo, que es esencial, al salir de ese túnel, sentir la luz, el calor, una sonrisa? Sí, ¿pero a él? La enfermera debía de saber quién era, tenía que expulsar a los periodistas apostados a la entrada de la unidad, pero asimismo leer sus artículos. Había visto las fotografías, eran siempre las mismas, la casa incendiada y las seis pequeñas fotos de carné. La anciana dulce y temerosa. Su marido, rígido como la justicia, con los ojos desorbitados detrás de sus gruesas gafas de concha. Florence guapa y sonriente. Él, con su carita de padre tranquilo, un poco abotagada, un tanto despoblada la cabeza. Y luego los dos pequeños, sobre todo los dos niños, Caroline y Antoine, de siete y cinco años. Los estoy mirando al escribir esto, se me antoja que Antoine se parece un poco a Jean-Baptiste, el menor de mis hijos, me imagino su risa, su ligero ceceo, sus rabietas, su seriedad, todo lo que era muy importante para él, toda esa sentimentalidad deshilvanada que constituye la verdad del

amor que profesamos a nuestros hijos, y yo también tengo ganas de llorar.

En cuanto decidí, lo cual hice muy pronto, escribir sobre el caso Romand, pensé en desplazarme al lugar de los hechos. Instalarme en un hotel de Ferney-Voltaire, representar al reportero inquisitivo y tenaz. Pero no me veía haciendo cuña con el pie en las puertas que familias enlutadas querrían cerrarme en las narices, ni bebiendo durante horas vinos calientes con gendarmes del Franco Condado y buscando argucias para hacerme amigo de la secretaria del juzgado. Ante todo me di cuenta de que no era eso lo que me interesaba. De las pesquisas que yo habría podido hacer por mi cuenta, de la instrucción cuyo secreto habría podido tratar de violar en parte, sólo aflorarían hechos.

El detalle de las malversaciones financieras de Romand, la manera en que, en el curso de los años, se había implantado su doble vida, el papel que en ella desempeñaba fulano o mengano, todo eso, que yo llegaría a saber en su momento, no me enseñaría lo que quería saber realmente: lo que había en su cabeza aquellos días que supuestamente pasaba en su despacho; que no pasaba, como se creyó al principio, traficando con armas o secretos industriales; que empleaba —se creía ahora— en caminar por el bosque. (Me acuerdo de esta frase, la última de un artículo de *Liberation*, que se me quedó grabada: «E iba a perderse, solo, por los bosques del Jura».) La pregunta que me empujaba a escribir un libro no podían responderla los testigos ni el juez de instrucción ni los peritos psiquiatras, sino el propio Romand, puesto que estaba vivo, o nadie. Al cabo de seis meses de vacilaciones, resolví escribirle por mediación de su abogado. Es la carta más difícil que he tenido que redactar en mi vida.

París, 30 de agosto de 1993

Señor:

Puede que le choque mi iniciativa. No obstante, correré ese riesgo.

Soy escritor, autor hasta la fecha de siete libros de los que le envío el último publicado. La tragedia de la que usted ha sido causante y único superviviente me tiene obsesionado

desde que la conocí por los periódicos. Quisiera, en la medida de lo posible, tratar de comprender lo que ha ocurrido y escribir un libro al respecto que, por supuesto, sólo podría aparecer después de su proceso.

Antes de acometerlo, necesito saber qué sentimiento le inspira este proyecto. ¿Interés, hostilidad, indiferencia? Puede estar seguro de que, en el segundo caso, yo desistiría. En el primero, en cambio, confío en que acceda a contestar a mis cartas y quizá, si está permitido, a recibirme.

Me gustaría que comprendiese que no me dirijo a usted movido por una curiosidad malsana o por el gusto del sensacionalismo. Lo que usted ha hecho no es, a mi entender, la obra de un criminal ordinario, ni tampoco la de un loco, sino la de un hombre empujado hasta el fondo por fuerzas que le superan, y son esas fuerzas terribles las que yo desearía mostrar en acción.

Sea cual sea su reacción a esta carta, le deseo, señor, mucho valor y le ruego que crea en mi muy profunda compasión.

Emmanuel Carrère

Eché la carta al correo. Instantes después, demasiado tarde, pensé con espanto en el efecto que pudiera causar en su destinatario el título del libro que la acompañaba: *Yo estoy vivo y usted muerto*.

Esperé.

Me decía: si, por un extraordinario azar, Romand accede a hablarme (a «recibirme», como yo había escrito ceremoniosamente), si el juez de instrucción, el fiscal o su abogado no se oponen a ello, mi trabajo me obligará a nadar en aguas que desconozco. Si, como es lo más probable, Romand no me responde, escribiré una novela «inspirada» en este caso, cambiaré los nombres, los lugares, las circunstancias, inventaré a mi gusto: será una ficción.

Romand no me respondió. Importuné de nuevo a su abogado, que ni siquiera quiso decirme si había entregado mi carta y mi libro.

Demanda desestimada.

Empecé una novela que trataba de un hombre que cada mañana besaba a su mujer y a sus hijos, fingía que se iba a su trabajo y salía

a caminar sin rumbo por los bosques nevados. Me atasqué al cabo de unas decenas de páginas. Desistí. Al invierno siguiente se apoderó de mí un libro, el que sin saberlo trataba en vano de escribir desde hacía siete años. Lo escribí muy rápido, de modo casi automático, y supe al instante que era, con mucho, lo mejor que había escrito. Se organizaba alrededor de la imagen de un padre asesino que vagaba solo por la nieve, y pensé que lo que me había imantado en la historia de Romand había, al igual que otros proyectos inconclusos, encontrado allí su sitio, el sitio justo, y que con aquel relato había puesto fin a aquella clase de obsesiones. Por fin podría emprender otra cosa. ¿Qué? No tenía la menor idea, pero no me preocupaba. Había escrito aquello por lo que me había convertido en escritor. Comenzaba a sentirme vivo.

Bourg-en-Bresse, 10-9-95

Señor:

No es la hostilidad ni la indiferencia a sus propuestas lo que explican un retraso tan largo en mi respuesta a su carta del 30 de agosto de 1993. Mi abogado me había disuadido de que le escribiera mientras la instrucción estuviese en curso. Como acaba de concluir, tengo el ánimo más disponible y las ideas más claras (después de tres peritajes psiquiátricos y 250 horas de interrogatorio) para dar una continuación posible a sus proyectos. Otra circunstancia fortuita me ha influido en gran manera: acabo de leer su último libro, *Una semana en la nieve*, y me ha gustado mucho.

Si sigue deseando conocerme, con una voluntad común de comprensión de esta tragedia que para mí posee una actualidad cotidiana, tendría que enviar una solicitud de permiso de visita dirigida al fiscal de la República, acompañada de dos fotos y de una fotocopia del carné de identidad.

A la espera de leerle o de verle, le participo mis deseos de éxito para su libro y le ruego que crea, señor, en mi agradecimiento por su compasión y en mi admiración por su talento de escritor.

Hasta pronto, quizá,

Jean-Claude Romand

Que esta carta me estremeció sería decir poco. Sentí, dos años más tarde, como si me hubieran enganchado por la manga. Yo había cambiado, me creía lejos. Esta historia y sobre todo mi interés por ella más bien me repugnaban. Por otro lado, no iba a decirle que no, que ahora ya no deseaba conocerle. Solicité un permiso de visita. Me lo denegaron, por no ser de la familia, precisando que podría realizar otra tentativa después de que Romand compareciera ante la audiencia criminal de
l'Ain,
lo que estaba previsto para la primavera de 1996. Entretanto, quedaba el correo.

Pegaba en el dorso de los sobres papelitos adhesivos con su nombre y su dirección: «Jean-Claude Romand, 6, rué du Palais, 01011 Bourg-en-Bresse», y cuando yo le contestaba evitaba poner la palabra «cárcel» en la dirección. Yo adivinaba que a él no le gustaba su burdo papel cuadriculado, la obligación de economizarlo, incluso la de escribir a mano. Dejé de redactar mis cartas con ordenador para que en este sentido, por lo menos, estuviésemos en igualdad de condiciones. Mi obsesión respecto a la desigualdad de nuestra situación, el miedo a herirle exhibiendo mi suerte de hombre libre, de marido y padre de familia feliz, de escritor estimado, la culpabilidad de no ser yo culpable, todo esto confirió a mis primeras cartas ese tono casi obsequioso cuyo eco él reprodujo fielmente. No existen sin duda treinta y seis mil maneras de dirigirse a alguien que ha matado a su mujer, a sus hijos y a sus padres y les ha sobrevivido. Pero retrospectivamente me percato de que enseguida le adulé adoptando aquella gravedad envarada y compasiva y viéndolo no como a alguien que ha hecho algo horrible, sino como a alguien a quien le ha sucedido algo espantoso, el juguete infortunado de fuerzas demoníacas.

Me hacía a mí mismo tantas preguntas que no me atrevía a hacerle ninguna. Él, por su parte, sentía también tan poca inclinación a evocar los hechos como ansia de escudriñar su significado. No desgranaba recuerdos, tan sólo hacía alusiones lejanas y abstractas a la «tragedia» y ninguna referencia a las que habían sido sus víctimas, pero de buena gana se extendía hablando de su propio sufrimiento, su duelo imposible, los escritos de Lacan, que había empezado a leer con la esperanza de comprenderse mejor. Copiaba para mí pasajes de los informes psiquiátricos: «… En el caso actual, y en un cierto nivel arcaico de funcionamiento, J. C. R. no establecía ya bien la diferencia entre él y sus objetos de amor: formaba parte de ellos y ellos de él en un sistema cosmogónico totalizante, indiferenciado y cerrado. En ese nivel, no hay mucha diferencia entre suicidio y homicidio…»

Cuando le pedía detalles sobre su vida en la cárcel, tampoco era más concreto. Me daba la impresión de que no se interesaba por la realidad, sino solamente por el sentido que se oculta detrás de ella, y de que interpretaba como un signo todo lo que le sucedía, en especial mi intervención en su vida. Se declaraba convencido «de

que la forma de ver que un escritor tiene de esta tragedia puede completar y trascender ampliamente otras visiones, más reductoras, como las de la psiquiatría u otras ciencias humanas», y porfiaba en persuadirme y persuadirse de que «toda recuperación narcisista» estaba «lejos de su pensamiento (al menos consciente)». Entendí que contaba más conmigo que con los psiquiatras para hacerle inteligible su propia historia, y más que con los abogados para hacerla comprensible al mundo. Esta responsabilidad me aterraba, pero no era él quien había venido en mi busca, yo había dado el primer paso y consideré que debía atenerme a las consecuencias.

Di a nuestra correspondencia una vuelta de tuerca adicional al formular la pregunta: «¿Es usted creyente? Quiero decir: ¿piensa que existe, por encima de nosotros, una instancia que comprende lo que usted no llega a comprender en esta tragedia, y que quizá pueda absolverlo?»

Respuesta: «Sí. "Creo que creo." Y no pienso que se trate de una creencia circunstancial, encaminada a negar la posibilidad aterradora de que no vayamos a estar todos reunidos después de la muerte en el seno de un Amor eterno, o a encontrar un sentido a mi (sobre)vida en una redención mística. Desde hace tres años han aparecido numerosos "signos" que refuerzan mi convicción, pero comprenda mi discreción en este terreno. Ignoro si usted es creyente. Su nombre de pila podría ser un indicio positivo».

También en este aspecto era yo el que había dado el primer paso. Por embarazosa que fuese la pregunta, había que contestarla diciendo sí o no y, en la incertidumbre, dije que sí. «De lo contrario no podría afrontar una historia tan atroz como la suya. Para mirar de frente, sin complacencia morbosa, la oscuridad en que ha estado usted, en la que todavía se halla inmerso, hay que creer que existe una luz bajo la cual todo lo que ha sido, incluso la desdicha y el mal excesivos, se nos hará inteligible».

Romand estaba cada vez más angustiado a medida que se acercaba el juicio. Lo que se hallaba en juego no era para él el castigo penal: la condena, forzosamente, sería severa, él lo sabía y a mí no me daba la impresión de que echase en falta la libertad. Algunas trabas de la vida carcelaria le pesaban, pero en conjunto la prisión le convenía. Todo el mundo estaba al corriente de lo que

había hecho, ya no necesitaba mentir y, al lado del sufrimiento, disfrutaba de una libertad psíquica totalmente nueva. Era un preso modélico, tan apreciado por sus compañeros como por el personal.

Le aterrorizaba salir de la crisálida en la que había encontrado su hueco para ser arrojado como pasto a gentes que le consideraban un monstruo. Se repetía que era necesario, que era esencial para los demás y para él que no se sustrajera al tribunal de los hombres. «Me preparo para ese juicio», me escribía, «como para una cita crucial: será la última con "ellos", la última oportunidad de ser por fin yo mismo frente a "ellos"… Tengo el presentimiento de que, después, mi porvenir no durará mucho».

Quise ver los lugares en los que Romand había vivido como un fantasma. Partí para pasar una semana, provisto de planos que a petición mía él había dibujado con esmero, itinerarios comentados que seguí fielmente, respetando incluso el orden cronológico que me sugería. («Gracias por darme la ocasión de volver a recorrer ese universo familiar, un recorrido muy doloroso pero que es más fácil compartir con alguien que volver a hacerlo solo…») Vi la aldea de su infancia, el chalé de sus padres, su estudio de estudiante en Lyon, la casa incendiada de Prévessin, la farmacia de Cottin, donde su mujer hacía suplencias, la escuela Saint-Vincent de Ferney. Tenía el nombre y la dirección de Luc Ladmiral y pasé por delante de su consulta, pero no entré. No hablé con nadie. Vagué solo por donde él erraba en sus jornadas ociosas: por caminos forestales del Jura y, en Ginebra, por el barrio de las organizaciones internacionales en que se encuentra el inmueble de la OMS. Había leído que había una foto de formato grande, representando dicho edificio, enmarcada en la pared del salón donde había matado a su madre. Una cruz señalaba, en la fachada, la ventana de su despacho, pero yo no conocía el lugar donde estaba la cruz y no pasé del vestíbulo. Sentía piedad, una simpatía dolorosa al recorrer las huellas de aquel hombre que erraba sin rumbo, año tras año, replegado sobre su absurdo secreto, que no podía revelar a nadie y que nadie debía conocer so pena de muerte. Luego pensaba en los niños, en las fotos que habían sacado de sus cuerpos en el instituto anatómico-forense: el horror en estado bruto, que te induce a cerrar los ojos instintivamente, a sacudir la cabeza para que eso no haya existido. Yo creía haber acabado con aquellas historias de locura, de

encierro, de hielo. No necesariamente sumirme en el embeleso franciscano, con laudes a la belleza del mundo y al canto del ruiseñor, pero de todos modos haberme librado de eso. Y me veía elegido (sé que enfatizo, pero no veo la manera de decirlo con otras palabras) por aquella historia atroz, en sintonía con el hombre que había hecho aquello. Tenía miedo. Miedo y vergüenza. Vergüenza ante mis hijos porque su padre escribiese sobre aquello. ¿Todavía había tiempo de huir? ¿Dónde estaba mi vocación concreta de tratar de comprenderlo, de mirarlo de frente?

Para asegurarme de ocupar un buen sitio, me hice acreditar en la audiencia de
l'Ain
por *Le Nouvel Observateur*. La víspera de la primera sesión, toda la prensa judicial francesa se congregó en el hotel principal de Bourg-en-Bresse. Hasta entonces yo sólo conocía a una clase de periodistas, los críticos de cine, y ahora descubría otra, con sus reuniones tribales, que no son festivales, sino juicios. Cuando, al cabo de un par de tragos, como aquella noche, rememoran sus batallas, no hablan de Cannes, Venecia o Berlín, sino de Dijon por el juicio de Villemin o de Lyon por el proceso de Barbie, y a mí me parecía bastante más serio. Mi primer artículo sobre el caso me granjeó consideración. El perro viejo de *L'Est républicain* me tuteaba mientras rellenaba el vaso, la bonita reportera de
L'Humanité
me sonreía. Sentía el espaldarazo de aquellas gentes cuya humanidad me agradaba.

Al acusado le incumbe autorizar o prohibir la presencia de fotógrafos al comienzo de las vistas, y Romand la había autorizado, lo que algunos interpretaban como una fanfarronada. Al día siguiente había una treintena larga de fotógrafos y cámaras de todas las cadenas de televisión, que para engañar la espera filmaban el banquillo vacío, las molduras de la sala y, delante del estrado del tribunal, la vitrina donde estaban expuestas las pruebas de cargo: carabina, silenciador, bomba lacrimógena, fotos extraídas de un álbum de familia. Los niños se reían chapoteando en una piscina de jardín inflable. Antoine soplaba las velas de su cuarto cumpleaños. Florence les miraba con una ternura confiada y alegre. Jean-Claude

tampoco parecía triste en una foto que debía de datar de su noviazgo o de los primeros tiempos de su matrimonio: estaban sentados a una mesa de restaurante o de banquete, la gente se divertía a su alrededor, él le pasaba a Florence un brazo por los hombros, parecían realmente enamorados. Jean-Claude tenía la cara sonrosada, el pelo ensortijado y una expresión de deferencia soñadora. Me pregunté si en el momento de esa foto ya habría empezado a mentir. Sin duda sí.

El hombre al que los gendarmes introdujeron en el banco tenía la piel cerosa de los presos, el pelo cortado al rape, el cuerpo flaco y blando, embutido en un armazón que seguía siendo sólido. Llevaba un traje negro, un polo negro de cuello abierto, y la voz que oímos responder al interrogatorio de identidad era blanca. Mantenía los ojos bajos sobre sus manos juntas, recién liberadas de las esposas. Los periodistas que estaban frente a él, la presidenta del tribunal y el jurado, que estaban a su derecha, y el público a su izquierda le escrutaban, pasmados. «No se tiene todos los días la ocasión de ver la cara del diablo»: así comenzaba, a la mañana siguiente, la crónica de *Le Monde*. Yo, en la mía, hablaba de la de un réprobo.

Las partes civiles eran las únicas que no le miraban. Sentada justo delante de mí, entre sus dos hijos, la madre de Florence clavaba la mirada en el suelo como si se agarrase a un punto invisible para no desmayarse. Había tenido que levantarse esa mañana, desayunar algo, escoger su ropa, hacer el trayecto desde Annecy en automóvil, y ahora estaba allí y escuchaba la lectura de las veinticuatro páginas del informe del fiscal. Cuando llegaron a la autopsia de su hija y de sus nietos, la mano crispada con que apretaba contra la boca un pañuelo hecho una bola empezó a temblar un poco. Yo habría podido, extendiendo el brazo, tocarle el hombro, pero me separaba de ella un abismo que no era solamente la intolerable intensidad de su dolor. Yo no le había escrito a ella ni a los suyos, sino al hombre que había destruido sus vidas. A él creía yo deberle atenciones porque, al querer relatar esta historia, yo la consideraba suya. Yo almorzaba con su abogado. Estaba en el otro bando.

Él permanecía postrado. Hasta el final de la mañana no se atrevió a aventurar unas miradas hacia la sala y los bancos de la

prensa. La montura de sus gafas centelleaba detrás del cristal que le separaba de todos nosotros. Cuando sus ojos, finalmente, se cruzaron con los míos, los dos los bajamos.

Los Romand son una familia de madereros del Jura, establecidos desde hace varias generaciones en la villa de Clairvaux-les-Lacs o en pueblos vecinos. Forman un auténtico clan, del que se respeta su virtud austera y cabezota: «Una verdadera cabeza de Romand», dicen. Trabajan de firme, son temerosos de Dios y su palabra equivale a un contrato.

Aimé Romand, nacido poco después de la guerra del 14, fue movilizado en el 39 y pronto, tras caer prisionero, internado en un campo de concentración durante cinco años. De regreso en el país, condecorado, trabajó con su padre y le relevó como gerente de una sociedad maderera. Como es relativamente fácil estafar con los cortes de madera, el oficio requiere una gran confianza por parte de los accionistas. Aimé, como su padre, se la merecía. Grande y anguloso, de ojos penetrantes, su presencia imponía, aun sin tener el carisma más sanguíneo de su hermano menor, Claude, que era mecánico de automóviles. Se casó con una mujer menuda y apagada, a quien se habituaron a considerar enferma, aunque no se supiese con exactitud qué enfermedad padecía. Tenía mala salud y se hacía mala sangre. Ya se debiese a esta depresión larvada o a una tendencia obsesiva en Aimé, se adivina en esa pareja algo rígido, picajoso, un hábito, contraído pronto, de escrúpulo y de doblez.

Es la clase de familia que tiene muchos vástagos, pero ellos sólo tuvieron a Jean-Claude, en 1954.

Más adelante, Anne Marie fue hospitalizada en dos ocasiones por embarazos extrauterinos que hicieron temer por su vida. El padre trató de ocultar a su hijo lo que ocurría, para no inquietarle y porque lo que sucedía guardaba relación con el mundo sucio y amenazador del sexo. La histerectomía fue disfrazada de apendicitis pero, en las dos ocasiones, Jean-Claude dedujo de la ausencia de su madre, de los cuchicheos siniestros en los que se pronunciaba la

palabra «hospital», que ella había muerto y que le ocultaban su muerte.

Los primeros años de su infancia transcurrieron en la aldea donde su padre, el tiempo que le dejaba su trabajo de gerente maderero, explotaba una granja. Yo la visité, guiado por sus planos: consta de algunas casas al fondo de una cañada perdida en un abetal inmenso y umbrío. La escuela sólo tenía tres alumnos. Más tarde, sus padres edificaron en Clairvaux y se instalaron allí. Jean-Claude iba un año adelantado, y leía mucho. En séptimo curso ganó el premio de honor. Los vecinos, los primos, los maestros se acuerdan de un niño formal, tranquilo y bueno, que algunos se ven tentados de describir como demasiado formal, demasiado tranquilo, demasiado bueno, aunque reconociendo que esta demasía se les ha ocurrido a toro pasado, pobre explicación de un drama inexplicable. Un hijo único, quizá un poco mimado. Un niño que no hacía nunca travesuras, más estimable —si es que cabe decir eso de un niño— que realmente afectuoso, pero al que nadie, con todo, imaginaba desdichado. Él mismo rara vez habla de su padre sin deslizar un extraño paréntesis artificioso sobre lo bien que le sentaba el nombre: «Aimé, el bien llamado». [1] Dice que su madre se preocupaba por la cosa más nimia, y que él aprendió pronto a engañar para que ella no se llevara más disgustos. De su padre admiraba que nunca dejase traslucir sus emociones, y se esforzó en imitarle. Todo debía ir siempre bien, porque si no su madre iría de mal en peor, y habría sido un ingrato si la preocupaba con fruslerías, con pequeñas pesadumbres de niño. Más valía ocultarlas. En el pueblo, por ejemplo, abundaban las familias con hermanos, las casas de los demás eran más divertidas que la suya, pero notaba que sus padres se apenaban cuando les preguntaba por qué él no tenía hermanos ni hermanas. Presentía que esa pregunta encubría algo oculto, y que su curiosidad, pero más aún su pena, les afligía. Era una palabra de su madre, la aflicción, a la que daba un sentido curiosamente concreto, como si se tratase de una enfermedad orgánica que la socavara. Él sabía que si confesaba que él también padecía esa dolencia haría empeorar la de su madre, que era mucho más grave y amenazaba con matarla. Por un lado, le habían enseñado a no mentir, era un dogma absoluto; un Romand no tenía

más que una palabra, un Romand era franco como el oro. Por otro, no había que decir ciertas cosas, aunque fuesen verdad. No había que causar aflicción, ni tampoco jactarse del éxito o de la virtud. (En su afán de que se comprendiese esto, contó de improviso que su mujer y él fingían en ocasiones que iban al cine en Ginebra mientras que en realidad estaban alfabetizando a miembros de familias menesterosas. No se lo habían dicho nunca a sus amigos, ni él al juez de instrucción, y cuando la presidenta, perpleja, quiso que hablara más a ese respecto —en qué entorno sucedía el hecho, quiénes eran las familias—, él se atrincheró tras la discreción que debía a la memoria de Florence: a ella no le habría gustado que él hiciese ostentación de la generosidad de ambos.)

Iba a terminar la evocación de su infancia cuando su abogado, el letrado Abad, le preguntó:

«Cuando tenía alegrías o pesares, ¿no tomaba usted por confidente a su perro?» Jean-Claude abrió la boca. Esperábamos una respuesta trivial, pronunciada con ese tono a la vez razonable y quejumbroso al que empezábamos a acostumbrarnos, pero no dijo nada. Todos sus miembros empezaron a temblar primero suavemente y después con fuerza, y una especie de gorgorito extraviado se escapó de su boca. Hasta la madre de Florence volvió la cabeza en su dirección.

Entonces él se arrojó al suelo lanzando un gemido que helaba la sangre. Se oyó el golpe de su cabeza contra el suelo, vimos sus piernas pataleando en el aire por encima del banquillo. Los gendarmes que le rodeaban hicieron lo que pudieron para dominar las agitadas convulsiones de aquel corpachón, y luego se lo llevaron, sin que parase de estremecerse y de gemir.

Acabo de escribir: «que helaba la sangre». Aquel día comprendí cuánta verdad se encierra en otras expresiones hechas: fue realmente «un silencio de muerte» el que reinó cuando él hubo salido, hasta que la presidenta, con una voz insegura, declaró la vista suspendida durante una hora. El público sólo comenzó a hablar, a tratar de interpretar lo que acababa de ocurrir, cuando estuvo fuera de la sala. Unos veían en la crisis uno de esos signos de emoción que se agradecen, tan grande había parecido su indiferencia hasta entonces. Los demás consideraban monstruoso que aquella emoción, en un hombre que había matado a sus hijos,

se manifestase a propósito de un perro. Algunos se preguntaban si fingía. Yo en principio había dejado de fumar pero me agencié un cigarrillo de un viejo dibujante de prensa, que llevaba barba blanca y coleta.

—¿Ha entendido —me dijo— lo que intenta su abogado?

Yo no lo había entendido.

—Quiere que el acusado salte. Se da cuenta de que faltan entrañas, de que el público le encuentra frío, y quiere que vean la fisura en la coraza. Pero no se da cuenta de que hacer eso es terriblemente peligroso. Yo se lo puedo decir, que hace cuarenta años que voy de aquí para allá con mi cartapacio de dibujo por todos los tribunales de Francia, y tengo ojo. Ese tipo está *muy* enfermo, los psiquiatras están locos por permitir que le juzguen. Él se controla, lo controla todo, así es como aguanta, pero si se ponen a hacerle cosquillas ya no puede controlarse, estallará delante de todo el mundo y le aseguro que será espeluznante. Creemos tener delante a un hombre, pero en realidad ya no es un hombre, hace mucho tiempo que ha dejado de serlo. Es como un agujero negro, y ya verá usted, nos estallará en la cara. La gente no sabe lo que es la locura. Es horrible. Es lo más horrible que hay en el mundo.

Yo bajé la cabeza. Pensaba en *Una semana en la nieve*, que Romand me había dicho que era el retrato exacto de su infancia. Pensaba en el gran vacío blanco que se había excavado poco a poco en su interior, hasta que no quedó nada más que aquella apariencia de hombre de negro, aquel abismo de donde emanaba el soplo de aire glacial que erizaba la espina dorsal del viejo dibujante.

Se reanudó la sesión. Restablecido por una inyección, Romand trató de explicar su arrebato:

—Al pensar en aquel perro me he acordado de secretos de mi infancia, secretos duros de sobrellevar… Quizá sea indecente hablar de los sufrimientos de mi infancia… No podía expresarlos porque mis padres no hubiesen comprendido, les habría decepcionado… Yo no mentía entonces, pero nunca revelaba el fondo de mis emociones, menos a mi perro… Yo estaba siempre sonriente, y creo que mis padres no sospecharon nunca mi tristeza… *No tenía otra cosa que ocultar entonces, pero escondía eso: aquella angustia, aquella tristeza*… Seguramente habrían estado dispuestos a escucharme, Florence también me habría escuchado, pero no supe

hablar… y cuando estás cogido en ese engranaje de no querer defraudar, la primera mentira llama a la siguiente y es así toda la vida…

Un día el perro desapareció. El niño —por lo menos es lo que cuenta el adulto— sospechó que su padre lo había matado a tiros con su carabina. O porque estaba enfermo y el padre quería ahorrar a su hijo el dolor de verle agonizar, o porque había cometido un acto tan grave que la ejecución era el único castigo posible. Una última hipótesis sería que el padre hubiera dicho la verdad, que el perro había desaparecido realmente, pero no parece que el niño le diera crédito, tan arraigada estaba la costumbre de la mentira piadosa en aquella familia donde la regla era no mentir jamás.

A todo lo largo del proceso, los perros que había tenido despertaron en él emociones intensas.

Ninguno de ellos, curiosamente, tenía nombre. Volvía una y otra vez al tema de los perros, mencionando, para fechar los acontecimientos, las enfermedades que habían sufrido y la preocupación que le habían causado. Varias personas tuvieron la impresión de que, conscientemente o no, intentaba expresar algo por medio de las lágrimas que esas historias le hacían afluir a los ojos, de que quería salir por aquella brecha algo que finalmente no había salido.

Interno en el liceo de Lons-le-Saunier, fue un adolescente solitario, malo en deportes, atemorizado, no tanto por las chicas que habitaban en otro planeta como por los chicos más despabilados que alardeaban de frecuentarlas. Dice que se había refugiado en la compañía de una amiguita imaginaria que se llamaba Claude, y sobre la cual los psiquiatras se preguntan si no la habrá inventado posteriormente para complacerles. Está comprobado, en cambio, que sacó un 16 (sobre 20) en el bachillerato de letras[2] y que, de los tres temas a elegir en su instituto para los exámenes de junio de 1971, él escogió: «¿Existe la verdad?»

Para pasar el ingreso en Administración de Montes, se matriculó en la clase preparatoria de agronomía del prestigioso liceo du Parc, en Lyon, y allí fueron mal las cosas. Él habla de una novatada,

aunque reconoce que no fue malévola. ¿Le humillaron? Reaccionó cayendo enfermo de sinusitis reiteradas que le permitieron no volver a Lyon después de las vacaciones de Todos los Santos y pasar el resto del curso escolar enclaustrado en casa de sus padres.

Él es el único que sabe lo que sucedió ese año en Clairvaux, y no lo dice. Es un blanco en su vida. Las noches de invierno son largas en un pueblo del Jura. Uno se recluye, se encienden las luces temprano, se vigila la calle principal desde detrás de los visillos de gasa y más allá de la niebla. Los hombres van al café, pero él no iba. Salía poco, no hablaba con nadie, salvo con sus padres, a los que había que imbuirles la idea de su dolencia física, pues todo género de duda o de melancolía les habría parecido un capricho. Era un muchacho grande, macizo, con un cuerpo suave y blando cuyas medidas eran ya las de un adulto y cuya carne la de un niño asustado. Su habitación, que en realidad no había ocupado durante los años en que estuvo interno, seguía siendo un cuarto infantil. Habría de serlo hasta el día, veintidós años más tarde, en que mató allí a su padre. Imagino a Jean-Claude tendido en su cama, ya demasiado pequeña para él, mirando al techo, conturbándose de pronto, en silencio, porque ya había anochecido, aturdiéndose a fuerza de leer. Sus padres apenas tenían por toda lectura unos cuantos libros prácticos, sobre el bosque y el arte de llevar la casa, una estantería dedicada a la Segunda Guerra Mundial y algunas obras piadosas. Desconfiaban de las novelas: hizo falta que su hijo cayese enfermo para que le diesen dinero con que comprarlas en la librería, donde el torniquete de los libros de bolsillo se renovaba poco. Le habían inscrito en un curso por correspondencia. Todas las semanas —era un pequeño acontecimiento en la casa, donde el correo era escaso— el cartero llevaba un grueso sobre de color salmón, cuya lengüeta pegaba mal, y que había que reexpedir, con el trabajo hecho, a la espera de la entrega siguiente, las correcciones, las notas. Él respetaba el ritual, pero ¿de verdad hacía los deberes? Por fuerza tuvo que haber, en todo caso, un período en que continuó el programa simplemente para guardar las apariencias y, sin atreverse a anunciarlo, maduró la decisión de no volver a las clases de preparatoria, o sea, de renunciar a la Administración de Montes.

Querían que fuese maderero y él empezó a estudiar medicina.

Este cambio de rumbo indica, a primera vista, una firmeza capaz de defender su preferencia contra un impedimento. Él dice, sin embargo, que tomó su decisión a disgusto. A lo largo del sumario, habla extensamente de su amor por el bosque, legado de Aimé, que consideraba cada árbol como un ser vivo y reflexionaba largo tiempo antes de designar uno para talarlo. Como la vida de un árbol puede abarcar seis generaciones humanas, en su casa se medía por este rasero la vida de un hombre, orgánicamente ligado a tres generaciones de antecesores y tres de descendientes. Dice que no concebía nada más hermoso que vivir y trabajar en el bosque, tal como habían hecho siempre sus mayores. ¿Por qué había renunciado él? Pienso que, en efecto, soñaba con ser maderero como su padre porque le veía respetado, revestido de una autoridad real; en suma, porque le admiraba. Y que luego, en el liceo du Parc, esta admiración había tropezado con el desdén de burguesitos de buena cuna, hijos de médicos o de abogados, y para quienes un gerente maderero era poco menos que un currante subalterno. El oficio de su padre, incluso en un nivel más elevado, al que daba acceso el título de una gran escuela, dejó de parecerle deseable y debió de avergonzarle. Forjó un sueño de ascenso social que su condición de buen alumno convertía en totalmente razonable, que muy bien podía realizarse si llegaba a ser médico, y experimentó, como cualquier persona sensible que sube por encima de la gente de su medio, la pesadumbre de traicionar a los suyos, aun colmando sus esperanzas más queridas. «Sabía que sería una decepción enorme para mi padre», dice, pero no parece que su padre estuviera decepcionado en absoluto: un poco inquieto al principio y luego, muy pronto, ingenuamente orgulloso de los éxitos de su hijo. Romand debe decir, más bien, que fue una desilusión cruel *para él*, y que eligió la medicina como un mal menor, hacia la cual no le empujaba la menor vocación.

La idea de cuidar enfermos, de tocar cuerpos doloridos le repugnaba, y nunca lo ocultó. Le atraía, en cambio, adquirir conocimientos sobre las enfermedades. El doctor Toutenu, uno de los psiquiatras que le examinaron, dijo en el juicio que no estaba de acuerdo cuando Romand afirmaba no poseer un ápice de vocación médica. Piensa que había en él cualidades para ser un buen y

auténtico médico, y para inducirle a seguir esa vía contaba con una de esas motivaciones poderosas sin las que nada se lleva a buen término: el deseo de comprender la dolencia de su madre, y quizá de curarla. Y como en aquella familia era difícil separar el sufrimiento psíquico, prohibido, de sus manifestaciones orgánicas autorizadas, el doctor Toutenu aventuró incluso que Romand habría podido ser un excelente psiquiatra.

Había otra razón para que se matriculara en primer año de medicina en Lyon: que Florence, una prima lejana a la que veía algunas veces en fiestas familiares, también se había matriculado. Vivía en Annecy con sus padres y sus dos hermanos, y era la mayor de los tres. Su padre trabajaba en una empresa que fabricaba monturas de gafas, y uno de sus hermanos se hizo óptico. Era una muchacha grande, bien hecha, deportista, que amaba los fuegos de campamento, las salidas en grupo, preparar pasteles para la fiesta de la capellanía. Era católica con naturalidad. Todos los que la conocieron la describen como franca, recta, entera, feliz de la vida. «Una chica estupenda», dice Luc Ladmiral, «un poco tradi…» Nada tonta, pero tampoco malévola, en el sentido de que ni veía maldades ni las cometía. Parecía destinada a una vida sin complicaciones, cuya curva de progresión una persona negativa, de las que ella no frecuentaba, habría considerado desalentadora: estudios superiores pero no demasiado a fondo, el tiempo de encontrar un marido sólido y cordial como ella; dos o tres niños hermosos a los que se inculca principios firmes y un talante alegre; un chalé en un barrio residencial con la cocina bien equipada; grandes fiestas en Navidad y de cumpleaños, sin distinción de generaciones; amigos como ella misma; un tren de vida que aumenta de forma moderada pero constante; luego la partida de los hijos, uno tras otro, sus matrimonios, el cuarto del mayor que se transforma en sala de música porque hay tiempo de reanudar la práctica del piano; el marido se jubila, no se ha notado el paso del tiempo, vuelve a haber momentos de melancolía, momentos en que se te cae la casa encima, se sienten los días demasiado largos y las visitas de los hijos son cada vez más espaciadas; una vuelve a pensar en aquel tipo con quien tuvo una breve aventura, la única, en los primeros años de la cuarentena, entonces fue algo horrible, el secreto, la embriaguez, la culpabilidad, más adelante te has

enterado de que tu marido también ha vivido la suya, que incluso llegó a pensar en divorciarse; un escalofrío te anuncia la cercanía del otoño, es ya el Día de Difuntos, y un día, tras un examen de rutina, descubres que tienes un cáncer y que, en fin, se acabó, dentro de unos meses estarás enterrada. Una vida ordinaria, pero ella habría sabido asumirla, habitarla como una buena ama de casa sabe infundir alma a un hogar y hacerlo agradable para sus seres queridos. No parece que ella hubiese soñado nunca con alguna otra cosa ni que en secreto hubiera perseguido una quimera. Tal vez estaba protegida por su fe, que decían profunda: no había en ella el más mínimo bovarysmo, la menor inclinación hacia las fugas, la inconsecuencia ni, por supuesto, la tragedia. (Dicho esto, antes de que se produjera, todo el mundo consideraba a Jean-Claude el marido perfecto de una mujer como Florence. Durante el juicio, a la presidenta la ofuscaron los vídeos pornográficos que el acusado compraba y le preguntó inocentemente qué hacía con ellos. Al responder Romand que los veía, y a veces en compañía de su esposa, la presidenta lo juzgó difamatorio para la memoria de la difunta: «¿Se imaginan a Florence viendo vídeos pornográficos?», exclamó, y él, bajando la cabeza, murmuró: «No, ya lo sé, pero tampoco nadie me imaginaba a mí».)

Él quiso compartir esta línea vital, clara y recta, que parecía un atributo natural de Florence. Dice que desde la edad de catorce años se consideraba su prometido. Nada lo impedía, pero no es seguro que esta elección hubiese sido inmediatamente recíproca. En Lyon, Florence compartía un pequeño apartamento con dos chicas que estudiaban medicina como ella. De creerlas, ella estaba más bien irritada por la corte a la vez insistente y tímida que le hacía aquel primo del Jura que gustaba sobre todo a los padres de ella y que, como más o menos ellos le habían encargado que velara por ella, la esperaba sin falta en la estación de Perrache cuando ella volvía de Annecy el domingo por la noche. Ella era muy sociable, él no conocía a nadie, pero a fuerza de arrimarse se sumó al grupo de amigos de Florence. A nadie le importunaba su presencia, pero tampoco a nadie, si él no estaba, se le ocurría llamarle. En aquel grupito prudentemente bullicioso que hacía excursiones a la montaña y en ocasiones, el sábado por la noche, iba a una discoteca, él desempeñaba el papel de tío bastante soso, pero majo.

Luc Ladmiral, por su parte, era el cabecilla innato. Guapo, vástago de una antigua familia de médicos lioneses, seguro de sí mismo sin jactancia alguna, católico sin beatería, y preparando su porvenir pero resuelto a aprovechar su juventud, se entendía de maravilla con Florence, sin que hubiera segundas intenciones. Jean-Claude le pasaba sus apuntes del curso, tan limpios que parecían redactados para que los leyeran otros. Luc apreciaba su seriedad y su lealtad. Al elogiar su figura, le gustaba mostrar la certeza de su criterio, que no se limitaba a las apariencias: donde los otros veían a un pueblerino plácido, un poco zafio, él vislumbraba al trabajador que iría lejos y, mejor aún, al hombre seguro de sí mismo y sin recovecos que merecía una absoluta confianza. Esta amistad ayudó mucho a que a Jean-Claude le admitieran en el grupo, y quizá influyó en los sentimientos de Florence.

Las malas lenguas dicen que ella cedió por agotamiento. Que estaba conmovida, enternecida tal vez, pero no enamorada. ¿Quién lo sabe? ¿Qué sabemos del misterio de las parejas? Lo que sabemos es que durante diecisiete años celebraron el primero de mayo, que no era la fecha del aniversario de su boda, sino la del día en que Jean-Claude se atrevió a decirle a Florence: «Te quiero», y que después de esta declaración tuvo con ella —y, probablemente, ella con él— sus primeras relaciones sexuales. Jean-Claude tenía veintiún años.

El sexo es una de las lagunas de esta historia. Hasta Corinne, según su propia confesión, no conoció otra mujer que la suya, y puede que me equivoque, pero no creo que Florence hubiese tenido aventuras después de casada. La calidad de una vida amorosa no se mide por el número de compañeros habidos, y deben de existir muy felices relaciones eróticas entre personas que se guardan fidelidad toda su vida: es, sin embargo, difícil de imaginar que Jean-Claude y Florence Romand estuvieran unidos por un lazo erótico muy dichoso; de haber sido así, su historia no habría sido la que fue. Durante la instrucción, cuando le interrogaron al respecto, él se limitó a responder que desde ese punto de vista todo era «normal» y, lo que es bastante curioso, ninguno de los cuatro pares de psiquiatras que le examinaron trató de hacerle hablar algo más ni formuló hipótesis alguna sobre este aspecto. Durante el juicio, por el contrario, entre los veteranos de la prensa judicial corría el rumor

guasón de que el trasfondo de toda esta historia era que el acusado no era gran cosa en la cama. El rumor no se fundaba solamente en la impresión que él causaba, sino también en la siguiente coincidencia: cada vez que se había acostado con una mujer, con Florence en la primavera de 1975, con Corinne en la de 1990, la unión fue seguida de una separación decretada por ellas y, en cuanto a él, de un período depresivo. Desde que Corinne cede a sus insinuaciones, hace a Jean-Claude un pequeño discurso afectuoso y razonable sobre el tema: dejémoslo aquí, me importa demasiado tu amistad para correr el riesgo de estropearla, te aseguro que es mejor así, etc. Discurso que él escuchaba como un niño castigado al que se trata de consolar diciéndole que es por su bien.

De la misma manera, quince años antes, al cabo de algunos días de lo que era por fin una relación, Florence pretextó la preparación de sus exámenes, el miedo a que la distrajera del estudio, para decidir que era mejor que no volvieran a verse. Sí, sería mejor así.

Jean-Claude reaccionó a las calabazas, como en el liceo du Parc, por medio de una depresión inconfesada y de un acto fallido. Fuera porque su despertador no había sonado o porque él no había querido oírlo, lo cierto es que se levantó demasiado tarde para pasar una de las pruebas de sus exámenes finales de segundo año, y tuvo que esperar para pasarla a la convocatoria de septiembre.

No era una catástrofe: le faltaban solamente algunos puntos para ser aprobado. El verano, no obstante, fue melancólico, pues si Florence mantenía su voluntad de no volver a verle, por el bien de los estudios de ambos, él sabía por amigos comunes que esta resolución inflexible no le impedía salir en grupo y divertirse, mientras él se aburría como una ostra en Clairvaux. Llegó el nuevo curso y comenzó la bifurcación.

Entre la separación decretada por Florence y la vuelta a clases de septiembre, tiene lugar un episodio precursor, justo antes de las vacaciones de verano. Estaban en un club nocturno, el grupo habitual salvo Florence, que ya se había marchado a Annecy. En un momento dado, Jean-Claude dijo que iba a su coche a buscar cigarrillos. Tardó en volver varias horas, sin que a nadie, al parecer, le inquietase aquella ausencia prolongada. Volvió con la camisa desgarrada, manchada de sangre, y una expresión despavorida. Contó a Luc y a los demás que unos desconocidos le habían

agredido. Bajo la amenaza de una pistola, le habían obligado a meterse en el maletero de su coche y a entregarles las llaves. El coche había arrancado. Circulaba muy rápido y él, en el maletero, botaba de un lado a otro, magullado por los tumbos, aterrado. Tenía la impresión de que iban muy lejos y de que aquellos tipos a los que nunca había visto, que quizá le habían confundido con otro, iban a matarle. Del mismo modo brutal y arbitrario con que le habían metido en el maletero, finalmente le habían sacado de su encierro, le habían molido a palos y abandonado en el borde de la carretera de Bourg-en-Bresse, a cincuenta kilómetros de Lyon. Le habían dejado el coche, al volante del cual había vuelto como pudo.

—Pero bueno, ¿qué querían de ti? —preguntaban los amigos, estupefactos. Él meneaba la cabeza:

—No tengo ni idea. No entiendo nada. Me hago las mismas preguntas que vosotros.

Había que llamar a la policía, presentar una denuncia. Dijo que lo haría, pero los archivos de las comisarías lionesas no guardan constancia de que lo hiciera. Durante algunos días le preguntaron si había habido noticias, y luego llegaron las vacaciones, cada uno se fue por su lado y no se volvió a hablar del asunto. Dieciocho años más tarde, buscando en el pasado de su amigo algo que pudiese explicar la tragedia, Luc se acordó de este episodio. Se lo contó al juez de instrucción, que ya lo conocía. En una de sus primeras entrevistas con los psiquiatras, el detenido lo había relatado espontáneamente, como un ejemplo de su mitomanía: al igual que se había inventado, de adolescente, una enamorada que se llamaba Claude, había inventado aquella agresión para desviar la atención hacia él.

—Pero, después, ya no sabía si era verdad o mentira. No tengo, por supuesto, el recuerdo de la agresión real, pero tampoco el de haberla fingido, de haberme desgarrado la camisa o haberme arañado yo mismo. Si reflexiono, me digo que debí de hacerlo, pero no me acuerdo. Y terminé por creer que me habían agredido de verdad.

Lo más extraño de esta confesión es que nada le obligaba a hacerla. Dieciocho años después, era imposible comprobar la historia. Ya lo era cuando, al volver al club, la refirió a sus amigos. Por otra parte, no se tenía en pie y por eso, paradójicamente, a

nadie se le ocurrió ponerla en duda. Un mentiroso, por lo general, se esfuerza en ser verosímil: como lo que contaba no lo era, debía de ser cierto.

Cuando yo estaba en segundo año de liceo, muchos alumnos empezaron a fumar. A los catorce años, yo era el más pequeño de la clase y, como tenía miedo de que se rieran si imitaba a los mayores, urdí una estratagema. Cogía un cigarrillo del cartón de Kent que mi madre había comprado durante un viaje y que guardaba en casa por si algún invitado quería fumar, y me lo metía en el bolsillo del chubasquero y, llegado el momento, en el café donde nos reuníamos al salir de clase, metía la mano dentro. Fruncía los párpados y examinaba mi hallazgo, asombrado.

Preguntaba, con una voz que a mí mismo me sonaba penosamente estridente, quién me lo había deslizado en el bolsillo. Ninguno de los presentes, y con razón, decía que había sido él, y sobre todo nadie prestaba atención al incidente, que yo era el único que comentaba. Estaba seguro de que no tenía ningún cigarro en el bolsillo cuando salí de mi casa: lo cual significaba que alguien me lo había metido allí sin que yo me diera cuenta. Repetía que no entendía nada, como si eso bastase para alejar la sospecha de que yo mismo hubiese podido montar aquel sainete para hacerme el interesante. Ahora bien, no lo conseguía. No se negaban a escucharme, pero los más complacientes decían: «Sí, es raro», y hablaban de otra cosa. Yo tenía la impresión de situarles delante de uno de esos dilemas que aunque sean irritantes no pueden por menos de aguzar el ingenio. O bien, como yo pretendía, alguien me había metido aquel cigarrillo en el bolsillo, y la pregunta era: ¿por qué? O si no, era yo quien lo había hecho, y la pregunta era la misma: ¿por qué? ¿Con qué objeto? Yo acababa por encogerme de hombros, con una desenvoltura impostada, y decir que bueno, puesto que el cigarrillo estaba allí, no tenía más remedio que fumármelo. Y me lo fumaba. Pero me dejaba sorprendido y frustrado el hecho de que a los ojos de los demás no pareciese haber pasado otra cosa que los gestos habituales de un fumador: sacar un pitillo y encenderlo, cosa que todos hacían y que yo deseaba hacer sin atreverme. Se habría dicho que nadie se había fijado en todo aquel numerito, en aquella contorsión mediante la cual yo quería afirmar que fumaba y, al mismo tiempo, que si lo hacía era debido

a circunstancias totalmente especiales, en suma, que no se trataba de una elección por mi parte de la que yo temía que se burlasen (nadie pensaba en burlarse), sino de una obligación derivada de un misterio. Y me imagino el asombro de Romand al ver la manera en que sus amigos daban por buena su explicación inverosímil. Había salido, había vuelto diciendo que unos tíos le habían dado una paliza y eso era todo.

El segundo día, en que se iba a abordar el momento crucial, desayuné con el abogado Abad. Es un hombre de mi edad, bien plantado, imperioso: un bloque de autoridad viril. Pensé que Romand debía de tenerle un miedo cerval, y que a la vez le tranquilizaría que le defendiese la clase de individuo que en la escuela le hubiese partido la jeta de muy buena gana. Abad dedicaba, además, mucho tiempo y energía a su defensa, sin esperar que le reportase un céntimo: afirmaba que lo hacía en memoria de los niños muertos.

Estaba turbado. Romand aseguraba que había tenido durante la noche el relámpago de un recuerdo y que se había acordado de la *verdadera* razón por la que no había asistido al examen. Le pregunté cuál era esa razón. Lo único que Abad accedió a decirme es que, si se comprobaba su veracidad, obraría sin duda en favor de su cliente, pero que, por desgracia, no era posible corroborarla, o, mejor dicho, Romand se negaba a facilitar el nombre que permitiría hacerlo. Por respeto, declaraba, hacia los allegados de una persona desaparecida y que le era muy querida.

—Eso recuerda a las familias pobres a las que enseñaba a leer…

—¿Se imagina el efecto? —suspiró Abad—. Le he dicho que se lo calle. A propósito, está contento de verle a usted en el banco de la prensa. Le manda saludos.

No hubo golpe escénico. Romand, prudentemente, hizo al tribunal el mismo relato que al juez de instrucción: dos días antes del examen se había caído por la escalera de su casa y se había fracturado la muñeca derecha. De modo que todo había comenzado por aquel «accidente banal».

Como no existe ninguna traza y no hay testigo alguno que pueda decir si tenía la muñeca vendada en septiembre de 1975, debió de

temer que se sospechara que había inventado aquella caída, ya fuese en esa época o en la instrucción del caso, e insistió mucho en el hecho de que se había producido *realmente*. Luego, como si, una vez más, la incoherencia de su relato fuese la garantía de su veracidad, añadió que, de hecho, eso no hubiera cambiado en nada las cosas, pues un alumno podía solicitar permiso para responder verbalmente a las preguntas.

La mañana del examen escrito, las agujas de su despertador marcaron sucesivamente la hora en que hubiese debido levantarse, la hora del comienzo del examen y la hora en que terminaba. Él las vio transcurrir desde la cama. Recogidas las hojas, los estudiantes se congregaron, a la salida del anfiteatro, en las terrazas de los cafés para comentar cómo les había ido. A primera hora de la tarde, los padres de Jean-Claude le telefonearon para preguntárselo también, y él respondió que le había ido bien. No le llamó nadie más.

Tres semanas transcurrieron desde el día del examen y el anuncio del resultado. Todo estaba en suspenso. Todavía estaba a tiempo de confesar que había mentido. Era difícil, por supuesto. A aquel muchacho serio debía de costarle más que nada reconocer una burda tontería infantil, una idiotez como la de Antoine Doinel, que, en *Los cuatrocientos golpes*, se salva de un apuro escolar contando que su madre acaba de morir, y a continuación tiene que afrontar las consecuencias inevitables de su embuste. Lo peor es eso: que las consecuencias son inevitables. A no ser que por milagro la madre muera de verdad al cabo de veinticuatro horas, el niño sabe perfectamente lo que va suceder en cuanto se han pronunciado las palabras tabú: el estupor, la conmiseración desconsolada, los detalles que habrá que dar y que le hundirán aún más, y enseguida el momento horroroso en que estalle la verdad. Esa clase de mentira se suelta de sopetón. Una vez dicha lamentas haberla dicho, sueñas con poder volver atrás un minuto, anular la locura que acabas de cometer. Lo más desconcertante, en el caso de Romand, es que hubiese cometido esa locura en dos tiempos, como un usuario de ordenador que ha tecleado, por inadvertencia, la eliminación de un fichero precioso, y a quien el programa le pregunta si verdaderamente está seguro de querer destruirlo y que, tras haber sopesado concienzudamente los pros y los contras, teclea no

obstante la confirmación de la orden. Si la puerilidad de su mentira la hacía inconfesable a sus padres, le quedaba el recurso de decirles que le habían suspendido. Si al igual que un fracaso tampoco se atrevía a confesarles una espantada, podía haber hablado con una autoridad universitaria para explicarle que se había roto la muñeca y que estaba deprimido, y negociar un aplazamiento. Desde un punto de vista racional, cualquier cosa habría sido preferible en lugar de lo que había hecho: esperar al día de los resultados y, llegado el día, anunciar que había aprobado, que estaba admitido en tercer año de medicina.

Por un lado se abría el camino normal, que seguían sus amigos y para el cual tenía, según confirma todo el mundo, aptitudes ligeramente superiores a la media. En ese camino acaba de tropezar, pero todavía hay tiempo para reponerse y dar alcance a los otros: nadie le ha visto. Por el otro, esa vía tortuosa de mentiras, de la que ni siquiera se puede decir que parece al principio sembrada de rosas, mientras que la otra es pedregosa y está erizada de espinas, como dicen las alegorías. No hace falta adentrarse, ir hasta un recodo para ver que es un callejón sin salida. No aprobar los exámenes y fingir que lo has hecho no es un engaño audaz que tenga posibilidades de colar, una apuesta a doble o nada: con toda seguridad, te pillarán y te expulsarán de la facultad, te expondrán a la vergüenza y al ridículo, las dos cosas que más debían de asustarle a Romand. ¿Cómo hubiese podido pensar que algo peor que ser rápidamente desenmascarado era no serlo, y que esa mentira pueril le empujaría, dieciocho años más tarde, a aniquilar a sus padres, a Florence y a los hijos que todavía no tenía?

—Pero dígame, ¿por qué? —preguntó la presidenta.

Romand se encogió de hombros.

—Me he hecho esa pregunta todos los días durante veinte años. No tengo respuesta.

Una pausa de silencio.

—De todos modos, los resultados de los exámenes se clavan en el tablón de anuncios. Usted tenía amigos. ¿Nadie se fijó en que su nombre no figuraba en las listas?

—No. Puedo asegurarle que no fui a apuntarlo a mano. Además, las listas estaban detrás de un cristal.

—Es un enigma.

—Para mí también.

La presidenta se inclinó hacia uno de los componentes del tribunal, quien le dijo algo al oído. A continuación ella dijo:

—Consideramos que no responde realmente a la pregunta.

Tras anunciar su éxito en el examen, se encerró en el estudio que le habían comprado sus padres del mismo modo que, tras su fracaso en el liceo du Parc, se había recluido en su cuarto de infancia.

Pasó allí el primer trimestre sin regresar a Clairvaux, sin ir a la facultad, sin ver a sus amigos. Si por casualidad llamaban a su puerta, no contestaba y aguardaba sin moverse a que el visitante se marchara. Escuchaba los pasos que se alejaban por el rellano. Permanecía postrado en la cama, ya no limpiaba, se alimentaba de latas de conservas. Los apuntes ciclostilados que había encima de la mesa estaban abiertos en la misma página. A veces, la conciencia de lo que había hecho rasgaba el torpor en que se sumía sin ofrecer resistencia. ¿Qué habría podido sacarle del atolladero? ¿Un incendio en la facultad que redujese a cenizas todas las hojas de examen? ¿Un terremoto que destruyera Lyon? ¿Su propia muerte? Supongo que se preguntaría por qué, por qué había echado a perder su vida. Porque estaba convencido de que eso era lo que había hecho. No pensaba en perseverar en la impostura, pues en aquel momento, por otra parte, ya no lo era, no fingía que era estudiante, se había retirado del mundo, recluido en su casa, y aguardaba a que todo aquello terminase, como un criminal que sabe que la policía tarde o temprano irá a buscarle, y podría huir, cambiar de domicilio, largarse al extranjero, y en lugar de eso prefiere quedarse quieto, sin hacer nada, releer cincuenta veces el mismo periódico de hace un mes, comer un plato frío de cassoulet en conserva, engordar veinte kilos y esperar el fin.

En el grupito de amigos donde Jean-Claude era una figura de segundo plano, se extrañaban un poco, sin ir más allá de unos comentarios vagos, pronto rutinarios: «¿Has visto a Jean-Claude últimamente?» No, no le habían visto, ni en clase ni en prácticas, no se sabía muy bien qué estaba tramando. Los mejor informados hablaban de una cuita de amor. Florence les dejaba hablar. Y él, en su estudio con las cortinas cerradas, donde poco a poco se transformaba en fantasma, debía de imaginarse, con una

satisfacción amarga, aquella indiferencia. Tal vez, como el niño grande que era, le resultaba voluptuosa la idea de reventar en el fondo de su madriguera, abandonado por todos.

Pero no todos le habían abandonado. Un poco antes de las vacaciones de Navidad, alguien llamó e insistió en que le abriera. No era Florence. Era Luc, con su dinamismo exasperante, su incapacidad absoluta de ver las cosas desde un punto de vista distinto del suyo, pero también con su afán de parecer un tío majo, que le inducía a coger a la gente en autostop, a echar una mano en una mudanza de los amigotes y a darles una palmada enérgica en el hombro cuando estaban decaídos.

Se le puede creer cuando cuenta que le calentó las orejas a Jean-Claude, que le cantó las cuarenta y le repitió que iba por mal camino, sin que su afición por las frases hechas sorprendiese a su amigo, que la compartía. Los dos se acordaron durante la instrucción del momento más fuerte de su conversación. Recorrían en el coche de Luc los muelles del Saona, Luc conduciendo y explicando que cuando se toca fondo es cuando hay que dar un talonazo para volver a la superficie, Jean-Claude escuchándole con expresión tristona de desaliento, como si estuviese ya en la otra orilla.

Quizá intentó confesarlo todo a Luc. ¿Cómo habría reaccionado éste? Primero, desde luego, diciendo algo como: «¡Pues vaya gilipollez has hecho!»; después, siempre positivo, buscando la forma de repararla, forma que existía, que no tenía nada de irrealista, pero que implicaba pedir perdón. Luc le habría dicho cómo proceder, lo habría organizado todo, quizá hasta habría hablado por Jean-Claude con el rector de la universidad. Hubiese sido fácil recurrir a sus buenos oficios, como un pequeño delincuente a su abogado. Por otra parte, decirle la verdad era desmerecer ante él y, todavía peor, tener que afrontar su incomprensión, el acoso de sus preguntas: «Pero bueno, Jean-Claude, ¡es de locos! ¿Eres capaz de explicarme por qué has hecho eso?» No, precisamente no era capaz. No tenía ganas. Estaba demasiado cansado.

En un semáforo, Luc se volvió hacia su amigo y le buscó la mirada. Daba por descontado que el motivo de su depresión era la ruptura con Florence (lo que en cierto sentido era verdad), y acababa de esgrimir que las chicas son volubles, que nada estaba

perdido. Entonces Jean-Claude le dijo que tenía un cáncer.

No era premeditado, sino una ensoñación que acariciaba desde hacía dos meses. Un cáncer lo habría arreglado todo. Habría servido para disculpar su mentira: cuando te vas a morir, ¿qué importa si has ido o no al examen final de segundo curso? Le habría granjeado la compasión y la admiración de Florence y de todos aquellos supuestos amigos que, sin siquiera percatarse, le tenían por un cero a la izquierda. Apenas pronunciada la palabra, advirtió su poder mágico. Había encontrado la solución.

El cáncer que se atribuyó era un linfoma, es decir, una enfermedad caprichosa, de evolución imprevisible, grave sin ser mortal forzosamente, y que no impide a quien la padece llevar durante años una vida normal. De hecho, a él le *permitió* una vida normal, pues ocupó el lugar de su mentira, tanto para los demás como para él. Algunas personas supieron que vivía con una bomba de espoleta retardada que un día acabaría destruyéndole, pero que entretanto dormitaba en el secreto de sus células… porque, en efecto, no tardó en decir que había remitido, y a partir de ese momento no se volvió a hablar del asunto. Pienso que él mismo prefería representarse así la amenaza que pesaba sobre él y convencerse de que era a la vez inminente y lejana, de suerte que tras un período de crisis en el que se vio perdido, reducido a esperar la inexorable catástrofe, se invistió del estado de ánimo de un enfermo que sabe ese final ciertamente ineluctable, que sabe que cada instante puede ser el último, pero que pese a ello decide vivir, hacer proyectos, despertando con su discreta valentía la admiración de sus allegados. Confesar un linfoma en vez de una impostura equivalía para él a trasponer en términos comprensibles para los demás una realidad demasiado singular y personal. Él hubiese preferido sufrir de veras un cáncer que la mentira —pues la mentira era una enfermedad, con su etiología, sus riesgos de metástasis, su pronóstico reservado—, pero el destino había querido que contrajese la enfermedad de la mentira, y no era culpa suya haberla contraído.

La vida reanudó su curso. Volvió a la facultad, volvió a ver a sus amigos y sobre todo a Florence. Conmocionado por lo que acababa de saber, Luc había preguntado si ella estaba al corriente, y Jean-

Claude respondió, con una gravedad pudorosa, que no quería por nada del mundo que ella lo supiese. «No le dirás nada, ¿verdad? Prométeme que no le dirás nada», se arriesgó incluso a añadir, adivinando lo que Luc, amigo de la verdad, iba a replicarle: «No puedo prometerte eso. Florence es una buena chica. Tiene derecho a saberlo. Si ella supiera que yo lo sé y que se lo he ocultado, me guardaría rencor, y con razón, hasta el fin de mis días…» La maniobra, si en efecto lo era, había tenido éxito. Las chicas que vivían con Florence insinúan que ella sentía por Jean-Claude estima y afecto, pero que no la atraía físicamente. Una de ellas llegó a decir que su cuerpo sudoroso repugnaba a Florence, y que ésta no soportaba que él la tocase o tocarle ella. De ahí a pensar que volvió a su lado porque le creía gravemente enfermo… Volvió a salir con él, en cualquier caso, y dos años más tarde eran novios formales.

En el sumario figura un documento administrativo sorprendente, que es la correspondencia intercambiada entre el estudiante de segundo curso Jean-Claude Romand y la UER/Facultad de Medicina de Lyon Norte, de 1975 a 1986. En dos ocasiones, a la hora de los exámenes de admisión en tercer año, Romand envió cartas alegando motivos de salud para no presentarse. Las cartas van acompañadas de certificados médicos firmados por doctores diferentes que, sin decir por qué, le prescriben que permanezca en casa durante ocho o quince días: que caen, lástima, durante los exámenes. En 1978 el enunciado es el mismo, pero el «certificado adjunto» no se adjunta. A lo cual siguen varias cartas pidiéndolo, y él contesta refiriéndose al dichoso certificado como si ya lo hubiese enviado. Esta forma de hacerse el tonto da sus frutos: le previenen de que no está autorizado a volverse a presentar en septiembre. Pero no le precisan que le esté prohibido matricularse de nuevo en segundo curso, y esto es lo que hará regularmente hasta 1985. Cada otoño recibe de la sección de inscripciones su nuevo carné de estudiante, y de la sección de exámenes la misma carta, firmada por el decano de la UER, prohibiéndole presentarse en septiembre. Hasta que en septiembre de 1986, una nueva jefa de la sección quiso saber si era posible prohibir al tal Romand no sólo volver a presentarse a examen (cosa que él no hacía), sino incluso volver a matricularse. Le respondieron que no había normas al respecto. Ella convocó al estudiante fantasma, que no acudió a la cita y, sin duda alarmado

por aquel cambio de tono, no volvió a dar señales de vida.

Al rememorar aquellos años de estudios, la presidenta del tribunal, la acusación y la defensa se declaraban igualmente estupefactos, y Romand compartía su estupor. «Yo mismo estaba sorprendido de que fuese posible», dice. Podía, como mucho, especular con la lentitud de la administración, acunar la idea de que en sus registros él sólo figuraba como un número, pero desde luego no imaginar que se matricularía doce años seguidos en segundo curso de medicina. La alarma, de todos modos, debería haber sonado mucho antes por parte de aquellos para los que él no era un simple número, sino Jean-Claude el amigo, Jean-Claude el novio. Pero no ocurrió nada.

Asistía a clases, frecuentaba la biblioteca universitaria. Tenía encima de la mesa de su estudio los mismos manuales y las mismas fotocopias que los demás, y seguía prestando sus apuntes a alumnos menos concienzudos que él. Para simular que estudiaba medicina, desplegaba la dosis exacta de celo y de energía que habría necesitado para estudiar realmente la carrera. Cuando volvió a salir con Florence, tomaron por costumbre empollar juntos y someterse mutuamente a simulacros de examen.

Ya no seguían, sin embargo, los mismos estudios, porque Florence había suspendido el examen final de segundo año, el que se suponía que él había aprobado, y, al igual que las chicas con las que compartía apartamento, al igual que su camarada Jacques Cottin, se había conformado con estudiar farmacia. Estaba un poco decepcionada, sin hacer de ello un drama: más vale ser una buena farmacéutica que un mal médico, y Jean-Claude, por su parte, iba a convertirse en uno de los buenos, y quizá en algo más. Era ambicioso y trabajador, todos sus amigos pensaban que llegaría lejos. Ella repasaba con él sus temas para ser médico residente y él con ella su programa de farmacia. En total, él acabó el ciclo completo de sus estudios de medicina, con la salvedad de que no pasaba exámenes ni participaba en las prácticas de hospital. Para los exámenes, le bastaba con dejarse ver por el vestíbulo a la entrada y a la salida, amparándose en el número y el estrés de cada cual para que entretanto no se fijaran en él. Para las prácticas, los efectivos eran reducidos, de cada estudiante se ocupaba su profesor personalmente, era imposible colarse clandestinamente pero, como

tenían lugar en diversos hospitales de la región lionesa, Jean-Claude podía fingir que hacía las suyas allí donde no las hacía su interlocutor. Se advierte el partido que sacaría de este argumento el menos hábil de los guionistas de comedia, las situaciones en que el fantasioso se halla acorralado entre dos personas a quienes ha contado historias distintas. Ni él, sin embargo, ni ninguno de sus camaradas de estudios se acuerda de semejante escena, y no hay más remedio que aceptar que no se produjera nunca.

Los amigos empezaban a casarse. Jean-Claude y Florence eran testigos muy solicitados. Nadie dudaba de que pronto les tocaría el turno a ellos. Los padres de Florence la animaban mucho: adoraban a su futuro yerno. En casa de ellos, cerca de Annecy, se celebró la boda, en presencia de ciento cincuenta invitados. Al año siguiente, Florence defendió su tesis de farmacia con las felicitaciones del tribunal y Jean-Claude aprobó el examen de médicos residentes de París. Primero responsable de investigación en el INSERM de Lyon, después fue enviado con el título de maestro investigador a la OMS de Ginebra. Abandonaron entonces Lyon para establecerse en Ferney-Voltaire. Luc Ladmiral acababa de hacerse cargo allí de la consulta de su padre y Jacques Cottin de una farmacia donde Florence podría trabajar a media jornada. A una hora de carretera estaba Annecy, por un lado, y Clairvaux por el otro. Gozaban de los encantos del campo, de la montaña y de una capital a dos pasos; de un aeropuerto internacional; de una sociedad abierta y cosmopolita.

Por último, era un lugar ideal para los niños.

Los amigos comenzaban a tenerlos. Jean-Claude y Florence eran un padrino y una madrina muy solicitados y nadie dudaba de que pronto les llegaría el turno a ellos. Jean-Claude estaba entusiasmado con su ahijada Sophie, la primogénita de Luc y de Cécile, que ya tenían dos hijos.

Caroline nació el 14 de mayo de 1985, Antoine el 2 de febrero de 1987. Su padre les llevó magníficos regalos ofrecidos por sus jefes de la OMS y el INSERM, que, en adelante, no olvidaban nunca sus cumpleaños respectivos. Florence, sin conocerles, les escribía cartas de agradecimiento que él se encargaba de transmitirles.

Los álbumes de la familia Romand fueron destruidos en su mayoría por el incendio de la casa, pero se salvaron algunas fotos que se parecen a las nuestras. Como yo, como Luc, como todos los padres jóvenes, Jean-Claude compró una cámara cuando nació su hija y fotografió fervientemente primero a Caroline y luego a Antoine cuando eran bebés: sus biberones, sus juegos en el parque de madera, sus primeros pasos, la sonrisa de Florence inclinada sobre sus hijos, y ella, a su vez, le fotografiaba a él, orgulloso de sostenerlos, de hacerles saltar en sus brazos, de bañarles. Tiene en esas fotos un aire de embeleso atontolinado que debía de enternecer a su mujer y persuadirla de que al fin y al cabo había elegido bien al amar a un hombre que les amaba así, a ella y a sus hijos.

Sus hijos.

Llamaba a Florence Flo, a Caroline Caró y a Antoine Titú. Utilizaba mucho los pronombres posesivos: mi Flo, mi Caró, mi Titú. A menudo también, con esa burla tierna que nos inspira la seriedad de los críos, le llamaba «señor Titú». A ver, señor Titú, ¿ha dormido usted bien?

Dice: «El lado social era falso, pero el lado afectivo era verdadero». Dice que era un falso médico pero un verdadero marido y un verdadero padre, que amaba con toda su alma a su mujer y a sus hijos y que ellos también le amaban. Los que les conocieron aseguran, incluso después de la tragedia, que Antoine y Caroline eran felices, confiados, equilibrados; ella un poco tímida, él francamente travieso. En las fotos de clase que figuran en el sumario, se ve en su cara la hendidura de una amplia sonrisa en la que faltan algunos dientes de leche. Se dice que los niños lo saben

siempre todo, que no se les puede ocultar nada, y yo soy el primero en creerlo. Sigo mirando las fotos. No lo sé.

Estaban orgullosos de que su padre fuese médico. «El médico cuida a los enfermos», escribía Caroline en una redacción. No los atendía en el sentido clásico del término, no atendía ni siquiera a su familia —el médico de todos, incluido él, era Luc— y reivindicaba el hecho de no haber firmado una receta en su vida. Pero —explicaba Florence— inventaba los medicamentos que permiten curar a los enfermos, lo que le convertía en un supermédico. Los adultos no sabían mucho más.

Interrogados, los que le conocían poco habrían dicho que tenía un puesto importante en la OMS y viajaba mucho; los que le conocían bien habrían añadido que sus investigaciones versaban sobre la arteriosclerosis, que daba clases en la facultad de Dijon y que tenía contactos con altos responsables políticos como Laurent Fabius, pero Jean-Claude no hablaba de ello jamás y, si alguien mencionaba en su presencia aquellas relaciones halagadoras, se mostraba más bien molesto. Estaba, en expresión de Florence, «muy compartimentado», separaba de forma estricta sus relaciones privadas de las profesionales, no invitaba nunca a casa a sus colegas de la OMS y no toleraba que le importunasen en su domicilio por cuestiones de trabajo ni en el despacho por motivos domésticos o de amistad. De todos modos, nadie tenía su número de teléfono en el despacho, ni siquiera su mujer, que se ponía en contacto con él por mediación del servicio Operator de la compañía telefónica: dejaba un mensaje en un buzón de voz que avisaba a Jean-Claude emitiendo un pitido en un pequeño aparato que llevaba siempre encima y él, enseguida, contestaba. Ni a ella ni a nadie les parecía raro. Era un rasgo del carácter de Jean-Claude, como su lado huraño, sobre el que ella bromeaba de buen grado: «Un día de éstos voy a enterarme de que mi marido es un espía del Este».

La familia, incluyendo a los padres y los suegros, constituía el centro de su vida, en torno al cual gravitaba un pequeño círculo de amigos, los Ladmiral, los Cottin y unas cuantas parejas con las que Florence había simpatizado. Esas parejas tenían, como ellos, la treintena, profesiones e ingresos comparables e hijos de la misma edad. Se invitaban sin protocolo, iban juntos al restaurante, al cine, la mayoría de las veces a Ginebra, otras a Lyon o Lausanne. Los

Ladmiral se acuerdan de haber visto con los Romand *El gran azul*, *Papá Noel es una basura* (que a continuación compraron en vídeo, y de la que conocían de memoria las réplicas: «Sí, eso es…», decían, imitando a Thierry Lhermitte), ballets de Béjart para los cuales Jean-Claude había conseguido entradas en la OMS, el *one man show* de Valérie Lemercier, pero también *En la soledad de los algodonales*, una obra de Bernard-Marie Koltès, que Luc habría de describir en su declaración como «un diálogo interminable entre dos jornaleros del algodón sobre la dureza de su vida, y del que varios amigos que nos acompañaban no entendieron nada». A Jean-Claude, en cambio, le había gustado, lo cual no extrañó a los otros porque le tenían por un intelectual. Leía mucho, preferentemente ensayos semifilosóficos escritos por grandes nombres de la ciencia, del tipo de *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod. Se proclamaba racionalista y agnóstico, aunque respetaba la fe de su mujer, y apreciaba incluso que sus hijos frecuentasen una escuela religiosa: más adelante, serían libres de escoger. Entre sus admiraciones se contaba el *abbé* Pierre y Bernard Kouchner, la madre Teresa y Brigitte Bardot. Formaba parte del considerable porcentaje de franceses que pensaban que si Jesucristo volviera a la tierra sería para hacerse médico humanitario. Kouchner era amigo suyo, Bardot le había dedicado un busto de ella representando a Marianne[3]. Ganado para su causa en favor de los animales, era miembro de la fundación Bardot, de la SPA, de Greenpeace, de Handicap International, pero también del Club de Perspectivas y Realidades de Bellegarde, del golf de Divonne-les-Bains y del Automobile-club médico, gracias a lo cual había conseguido un caduceo adhesivo para el parabrisas de su coche. Los investigadores encontraron trazas de algunos donativos y cotizaciones a esos organismos, de los que guardaba por todas partes boletines, insignias y adhesivos. Tenía también un tampón, tarjetas de visita a nombre del doctor Jean-Claude Romand, antiguo residente de los hospitales de París, pero no figuraba en ningún anuario profesional.

Bastaron, al día siguiente del incendio, unas cuantas llamadas telefónicas para que esta fachada se desmoronase.

A lo largo de la instrucción, al juez no dejaba de asombrarle que esas llamadas no se hubiesen hecho antes, sin malicia ni sospecha, simplemente porque, aunque uno sea «muy compartimentado»,

trabajar durante diez años sin que ni una sola vez tu mujer ni tus amigos te hayan llamado al despacho, es algo que no sucede. Es imposible pensar en esta historia sin decirse que hay un misterio y una explicación oculta. Pero el misterio consiste en que no hay explicación y en que, por inverosímil que parezca, las cosas fueron así.

Por la mañana era él quien llevaba a los niños a la escuela Saint-Vincent. Les acompañaba hasta el patio, cambiaba algunas palabras con los profesores o con madres de alumnos que ponían como ejemplo ante sus maridos a aquel padre tan cercano a sus hijos, y luego tomaba la carretera de Ginebra. Hay dos kilómetros hasta el puesto fronterizo que franquean dos veces al día algunos miles de residentes de la comarca de Gex que trabajan en Suiza. Como los asiduos de un tren de extrarradio, tienen horarios regulares, se saludan entre ellos y saludan a los aduaneros que les hacen seña de que pasen sin control. Muchos son funcionarios internacionales y, una vez dentro de la ciudad, en lugar de girar a la derecha, hacia el centro y la estación Cornavin, giran a la izquierda, hacia el jardín botánico y el barrio residencial donde se encuentran las sedes de sus organizaciones.

Jean-Claude se mezclaba con aquel flujo, recorría a poca velocidad las grandes avenidas verdes y tranquilas y casi siempre acababa aparcando en el estacionamiento de la OMS. Entraba con una tarjeta de visitante y un maletín en la mano e iba, como un habitual, de la biblioteca de la planta baja a las salas de conferencias y a la oficina de publicaciones, donde arramblaba sistemáticamente con todo lo que estuviese impreso y fuera a la vez gratuito: su automóvil y su casa desbordaban de papelotes que ostentaban el membrete o el sello de la organización. Utilizaba todos los servicios de la misma —una estafeta desde donde enviaba su correo, un banco donde efectuaba la mayor parte de sus reintegros, una agencia de viajes que le organizaba las vacaciones familiares—, pero no se aventuraba a subir a los pisos superiores, donde agentes de seguridad habrían podido preguntarle qué buscaba. ¿Visitó, al menos una vez, aprovechando una hora muerta, el despacho cuya ventana había marcado con una cruz, en la foto del edificio que regaló a sus padres? ¿Miró alguna vez, con la frente pegada al cristal, lo que se veía desde aquella ventana? ¿Se sentó en

su sitio, se cruzó con el funcionario que regresaba para ocuparlo, llamó alguna vez por teléfono a ese funcionario? Dice que no, que ni se le había pasado por la cabeza. Su suegra recuerda que un domingo en que toda la familia había ido a Suiza, los niños quisieron ver el despacho de papá y éste accedió a desviarse.

Pararon en el aparcamiento y les mostró con el dedo la ventana. La historia se detiene ahí.

En los primeros tiempos iba todos los días a la OMS; después, con menos frecuencia. En vez de la carretera de Ginebra, tomaba la de Gex y Divonne, o bien la de Bellegarde, por la que se sale a la autopista de Lyon. Paraba en un quiosco de prensa y compraba un montón de periódicos: diarios, revistas, publicaciones científicas. Luego se sentaba a leerlos, bien en un café —se cuidaba de cambiar de local a menudo, y de elegir los que estaban lo bastante lejos de su casa—, bien en su coche. Estacionaba en un parking, en una isleta de la autopista, y se quedaba allí horas leyendo, tomando notas, dormitando. Comía un bocadillo y seguía leyendo por la tarde en otro café, en otra zona de descanso. Cuando esta rutina se hacía demasiado monótona, daba paseos urbanos: por Bourg-en-Bresse, por Bellegarde, por Gex, por Nantua y sobre todo por Lyon, donde estaban sus librerías preferidas, la FNAC y Flammarion, en la plaza Bellecour. Otros días tenía necesidad de naturaleza, de espacio, y se iba al Jura. Seguía la carretera que sube en zigzag al alto de la Faucille, donde hay un albergue que se llama Le Grand Tétras. A Florence y a los niños les gustaba ir allí los domingos, para esquiar y comer patatas fritas. Entre semana no había nadie. Tomaba un trago, caminaba por el bosque. Desde las crestas del camino se divisan la comarca de Gex, el lago Léman y, con clima despejado, los Alpes. Ante él se extendía la llanura civilizada donde vivían el doctor Romand y sus iguales, y a su espalda la región de cañadas y de bosques sombríos donde había transcurrido su infancia solitaria. El jueves, día de su clase en Dijon, pasaba a visitar a sus padres, muy dichosos de mostrar a sus vecinos a su único hijo, tan importante, tan ocupado, pero siempre dispuesto a dar un rodeo para abrazarles. El padre perdía vista, hacia el final estaba casi ciego y ya no podía ir solo al bosque. Jean-Claude le llevaba guiándole por el brazo, le escuchaba hablar de los árboles y de su cautividad en Alemania. Al regreso, recorría con él las agendas en

las que, desde hacía cuarenta años, al igual que otros llevan un diario íntimo, Aimé, que había sido corresponsal de una estación meteorológica, anotaba todos los días las temperaturas máxima y mínima.

Por último, estaban los viajes: congresos, seminarios, coloquios en todas partes del mundo.

Compraba una guía del país, Florence le preparaba la maleta. Partía al volante de su coche, que supuestamente dejaba en el aparcamiento de Ginebra-Cointrin. En una moderna habitación de hotel, con frecuencia cerca del aeropuerto, se quitaba los calcetines, se tendía en la cama y permanecía tres, cuatro días viendo la televisión, mirando a los aviones que al otro lado del cristal despegaban y aterrizaban. Estudiaba la guía turística para no equivocarse en los relatos que haría a su regreso.

Telefoneaba cada día a su familia para decirles la hora que era y el tiempo que hacía en Sao Paulo o en Tokio. Preguntaba si todo iba bien en su ausencia. Decía a su mujer, a sus hijos, a sus padres, que les añoraba, que pensaba en ellos, que les mandaba un gran beso. No llamaba a nadie más: ¿a quién hubiese llamado? Al cabo de algunos días, volvía con regalos comprados en una tienda del aeropuerto. Le agasajaban. Él estaba cansado a causa del desfase horario.

Divonne es una pequeña estación termal cercana a la frontera suiza, cuya reputación se debe sobre todo a su casino. En otro tiempo yo situé en ella algunas páginas de una novela sobre una mujer que llevaba una doble vida y trataba de perderse en el mundo del juego. La novela pretendía ser realista y documentada pero, como no había visitado todos los casinos de los que hablaba, escribí que Divonne está a la orilla del lago Léman, que en realidad dista de ella una decena de kilómetros. Hay algo que llaman lago, pero no es más que un pequeño estanque ante el cual hay un aparcamiento en el que Jean-Claude estacionaba muchas veces. Yo también lo hice. Es el recuerdo más nítido que conservo de mi primer viaje a los lugares en que transcurrió su vida. Sólo había otros dos coches, vacíos. Venteaba. Releí la carta que me había escrito para guiarme, miré el estanque, seguí en el cielo gris el vuelo de pájaros cuyos nombres yo no conocía: no sé distinguir los pájaros ni los árboles, y me parece triste. Hacía frío. Puse el motor

en marcha para encender la calefacción. El soplo de aire me adormecía. Pensé en el estudio donde voy cada mañana, tras haber llevado a los niños a la escuela. Ese estudio existe, se me puede visitar y llamar por teléfono. Allí escribo y remiendo guiones que por lo general se filman. Pero yo sé lo que es pasar todas esas jornadas sin testigos: las horas acostado mirando al techo, el miedo de haber dejado de existir. Me pregunté lo que Jean-Claude sentiría en su coche. ¿Gozo? ¿Un júbilo sarcástico ante la idea de engañar tan magistralmente a su entorno? Yo estaba convencido de que no. ¿Angustia? ¿Se imaginaba cómo terminaría todo aquello, la forma en que estallaría la verdad y lo que ocurriría a continuación? ¿O bien no sentía nada en absoluto? ¿Se convertía, a solas, en una máquina de conducir, de caminar, de leer, sin pensar ni sentir realmente, un doctor Romand residual y anestesiado? Una mentira, normalmente, sirve para encubrir una verdad, algo vergonzoso, quizá, pero real. La suya no encubría nada. Bajo el falso doctor Romand no había un auténtico Jean-Claude Romand.

Me acordé de una película que había tenido un gran éxito en aquella época. Contaba la historia, una leyenda para tiempo de crisis, del ejecutivo despedido que no se atreve a confesárselo a su mujer y a sus hijos. Pensaba encontrar trabajo enseguida y he aquí que se halla privado de derechos.

Cada mañana sale y cada tarde vuelve fingiendo que va a la oficina y que regresa de ella. Pasa los días callejeando lejos de su barrio. No habla con nadie, todas las caras le dan miedo porque podrían ser la de un antiguo colega, la de un amigo que se preguntará qué hace sentado en un banco a media tarde… Pero un día encuentra a personas en la misma situación que él, tipos duros que han salido del trullo y tribus de mendigos. Descubre con ellos un mundo más áspero, pero más efusivo y vital que el ambiente donde vegetaba muellemente antes de su caída. La experiencia le vuelve más maduro y humano. La película termina bien.

Romand me dijo que la había visto en la televisión con Florence, a quien le gustó sin que la turbara. Él sabía que su historia no podía tener un buen final. Nunca confió su secreto ni trató de hacerlo. Ni a su mujer ni a su mejor amigo ni a ninguna de las almas caritativas cuyo trabajo consiste en escuchar y comprender: un cura, un psicoterapeuta, un oído anónimo de SOS Amistad.

En quince años de doble vida, no conoció a nadie, no habló con nadie, no se mezcló con ninguna de esas sociedades paralelas, como el mundo del juego, de la droga o de la noche, en que hubiera podido sentirse menos solo. Tampoco intentó dar gato por liebre en el exterior. Cuando hacía su entrada en el escenario doméstico de su vida, todos pensaban que venía de otro escenario donde interpretaba un papel distinto, el del hombre importante que recorre el mundo, frecuenta a ministros, cena bajo artesonados oficiales, y que volvería a adoptarlo al marcharse de casa. Pero no existía otro escenario, no existía otro público ante el cual interpretar el otro personaje. Fuera, se encontraba desnudo. Volvía a la ausencia, al vacío, al blanco, que no eran un percance de ruta sino la única experiencia de su vida. Creo que no conoció nunca otra, ni siquiera antes de la bifurcación.

Hasta el final de sus estudios le mantuvieron sus padres, que le habían comprado un estudio en Lyon y un coche, y preferían vender unos cortes de madera que ver cómo su hijo perdía el tiempo haciendo de canguro o dando clases particulares para completar su dinero de bolsillo. La hora de la verdad tendría que haber llegado cuando, tras haber terminado la carrera de medicina y contraído matrimonio, entró en la vida activa como investigador del INSERM. No sucedió nada. Continuó ordeñando las cuentas bancarias de sus padres, para las cuales disponía de firma. Consideraba que los bienes paternos eran de él, y ellos alentaban esta creencia y no se extrañaban de aquellas sangrías regularmente practicadas por un hijo que sin embargo se ganaba bien la vida. Al abandonar Lyon para trasladarse a la comarca de Gex, vendió el estudio por trescientos mil francos que se guardó en el bolsillo. Una vez en la OMS, dijo o dio a entender que su estatus de funcionario internacional le daba derecho a colocar depósitos de un modo sumamente ventajoso, a un interés del 18%, del que podía beneficiarse su familia. Patriotas y enemigos de todo chanchullo, los Romand no eran de esa clase de gente que deposita sus ahorros en bancos suizos, pero bastaba que la idea viniese de su hijo para que no encontrasen ningún inconveniente. Al ver que su peculio disminuía en cada extracto de saldo, en lugar de inquietarse bendecían a Jean-Claude por gestionar, pese a sus numerosas ocupaciones, su pequeña cartera de jubilados. Compartía esta confianza el tío Claude, que, además del taller, tenía acciones en la sociedad maderera administrada por su hermano y que asimismo le había confiado a su sobrino algunas decenas de miles de francos, convencido de que le reportarían diez veces más, a condición de que no los tocase.

Jean-Claude vivió de eso al principio de su matrimonio. Florence

declaraba al fisco los salarios muy modestos que cobraba por hacer suplencias en farmacias de la región, y él 0,00 francos, pues, como trabajaba en Suiza, decía que estaba exento del pago de impuestos. En cuanto ella la había firmado, él añadía a su declaración conjunta: «profesión, estudiante», y enviaba una copia de su carné universitario. Se desplazaban en un Volvo viejo, pasaban las vacaciones en casa de los padres, a veces diez días en España o en Italia. Su apartamento, de dos habitaciones y cincuenta metros cuadrados, por el que pagaban un alquiler de dos mil francos al mes, estaba bien para una pareja joven, pero no tanto para una pareja con un niño y en absoluto para una familia de cuatro personas a la que, por añadidura, la madre de Florence hacía visitas que duraban varias semanas. Se convirtió para sus amigos en un motivo de bromas. Uno tras otro compraban o se hacían construir una casa, mientras que los Romand se obstinaban en acampar en sus sofás cama como estudiantes tardíos.

«¿Tú cuánto ganas?», le soltó un día Luc. «¿Unos treinta, cuarenta mil francos al mes, más o menos?» (Había dicho esa cifra como una evidencia, y Jean-Claude bajó la cabeza, asintiendo.) «Podrías permitirte algo mejor que esto. Si no, ¡vamos a acabar creyendo que eres un adúltero y tienes una amante carísima!» Todo el mundo se rió, Florence la primera, y él se encogió de hombros, mascullando que no estaban seguros de quedarse mucho tiempo en la región, que quizá le destinasen al extranjero y que le reventaba mudarse dos veces seguidas. Se declaraba también asqueado por el dinero fácil que circula en la comarca de Gex: no tenía ganas de seguir esa pauta, educar a sus hijos en aquellos valores, para él representaba una cuestión de honor vivir modestamente. Las dos explicaciones, indolencia y virtud, no se contradecían, antes al contrario contribuían a la imagen del sabio despegado de las cosas materiales. Sólo se preguntaban si Florence estaba hecha de la misma pasta. De hecho, a pesar de la simplicidad de sus gustos y de la confianza que tenía en su marido, los comentarios de los amigos le parecían a la postre razonables, y presionaba para que se trasladasen. Él eludía, posponía, no tenía tiempo de pensar en eso. Tenía ya problemas para pagar los gastos ordinarios.

El año en que nació Antoine, el padre de Florence se jubiló de la empresa de óptica donde trabajaba, en Annecy. Era un despido

económico disfrazado, que le valió una prima de cuatrocientos mil francos. Es poco probable que Jean-Claude se hubiese ofrecido directamente a invertirlos; debió de hablar al respecto con Florence, que a su vez habló con su madre, que a su vez habló con su marido, de suerte que él se encontró en la confortable situación del solicitado y no del solicitador.

Aceptó prestar a su suegro el servicio de depositarle 378 000 francos en la UOB, banco ginebrino cuya sede se halla en el Quai des Bergues. Esta suma, evidentemente, fue ingresada en una cuenta a nombre de Jean-Claude, puesto que sólo su estatus le permitía efectuar un depósito semejante. El nombre de Pierre Crolet no figuraba en ningún papel. De una manera general, ni los Crolet ni los Romand, sus principales accionistas, vieron nunca un documento bancario certificando un depósito de capital o el devengo de intereses. Pero ¿hay algo más fiable en el mundo que un banco suizo, como no sea un banco suizo en el que te introduce Jean-Claude Romand? Pensaban que su dinero crecía tranquilamente en el Quai des Bergues y no tenían el menor deseo de interrumpir su crecimiento. Con eso, al menos, contaba Jean-Claude hasta el día en que su suegro le dijo que quería comprarse un Mercedes y retirar, con tal propósito, una parte de su capital. Su mujer estaba al abrigo de la necesidad, sus hijos volaban con sus propias alas, ¿por qué privarse de aquel placer?

Semanas más tarde, el 23 de octubre de 1988, Pierre Crolet se cae por la escalera de su casa, en la que se encontraba a solas con su yerno, y muere en el hospital sin haber recobrado el conocimiento.

Después de la tragedia, a instancias de la familia Crolet, se ordenó un complemento de la investigación. No dio ningún fruto, obviamente. En el juicio, el fiscal consideró que no podía silenciar aquella duda terrible con la que los Crolet, por si les faltara poco, seguían viviendo. Abad se levantó para acusar a la acusación de salirse del sumario para inculpar a su cliente, que también tenía ya bastante. Al final, antes de que el tribunal se retirase a deliberar, Jean-Claude quiso decir a la familia Crolet, poniendo a Dios por testigo, que no tuvo nada que ver en aquella muerte. Añadió que a su entender no había perdón para los pecados inconfesados. Salvo confesión ulterior por su parte, nunca se sabrá más de este asunto y

yo no tengo ninguna tesis al respecto. Solamente quiero añadir que, en uno de los primeros interrogatorios, Romand respondió al juez: «Si le hubiese matado, lo diría. Uno más no cambia nada».

Al decir simplemente que no, que no había matado a su suegro, se beneficia de la presunción de inocencia. Al jurarlo ante Dios, introduce una dimensión que puede convencer o no, es cuestión de sensibilidad. Pero decir que un muerto de más no cambiaba nada y que si lo hubiese hecho lo confesaría, es ignorar o fingir que se ignora la enorme diferencia entre crímenes monstruosos pero irracionales y un crimen malvado. Es cierto que penalmente no cambia gran cosa, puesto que ya no existe la pena de muerte. Pero moralmente o, si se prefiere, por la imagen que ofrece Jean-Claude y que a él le importa, no es en absoluto lo mismo ser el héroe de una tragedia, impelido por una oscura fatalidad a cometer actos que suscitan horror y piedad, que un pequeño estafador que por prudencia escoge a sus víctimas, personas de edad y crédulas, en el círculo familiar, y que para preservar su impunidad empuja a su suegro escaleras abajo. Ahora bien, aunque ese homicidio no quede probado, lo demás es cierto: Romand es *también* un pequeño estafador y le resulta mucho más difícil confesar esto, que es sórdido y vergonzoso, que delitos cuya desmesura le confiere una estatura trágica. En cierto modo, esto ha servido para ocultar lo otro, sin conseguirlo del todo.

Otra historia embarazosa tiene lugar más o menos por esas mismas fechas. La hermana de Pierre Crolet, es decir, la tía de Florence, tenía a su marido enfermo de un cáncer incurable. Ella testificó en el juicio. Según su versión de los hechos, Jean-Claude habría hablado un día de un remedio que estaba perfeccionando junto con su jefe en la OMS, a base de células frescas de embriones obtenidos en una clínica donde se practicaban abortos. Aquel remedio podía lentificar y quizá detener totalmente el proceso patógeno, sólo que por desgracia no estaba aún comercializado y, en consecuencia, era muy probable que el tío de Florence muriera antes de que el medicamento le curase. Jean-Claude habría explicado a la tía, así aleccionada, que quizá él pudiese procurarse una o dos dosis, pero que su fabricación, en aquella fase de las investigaciones, era muy costosa: quince mil francos la cápsula, y

harían falta dos para comenzar el tratamiento. Se optó por intentarlo, de todos modos. Algunos meses más tarde, después de que el tío hubiese sufrido una grave intervención quirúrgica, fue necesaria una nueva dosis doble, lo que elevaba el precio de la cura a sesenta mil francos en metálico. El enfermo se negó al principio a que, a la vista de un resultado tan incierto, se mermase la cuenta de ahorro que reservaba para su viuda, y luego se dejó ablandar.

Murió al año siguiente.

Confrontado con este testimonio abrumador y que, cosa rara en este juicio, emanaba de una persona todavía viva, físicamente presente y capaz de contradecirle, Romand respondió, con un azoramiento creciente: 1) que la idea de ese tratamiento no procedía de él, sino de Florence, que había oído hablar del mismo (¿dónde?, ¿a quién?); 2) que no lo presentó como un tratamiento milagroso, sino como un placebo que, aunque no fuese beneficioso, tampoco causaría daño (¿por qué, entonces, costaba tan caro?); 3) que jamás había afirmado que él participase en su elaboración, que nunca había invocado la autoridad de su jefe en la OMS, y que por otra parte una mujer tan informada como Florence no hubiera creído ni por un segundo que un científico de alto nivel comercializase deprisa y corriendo investigaciones sobre el cáncer todavía en marcha (esa mujer informada creyó cosas aún menos creíbles); y 4) que él se había limitado a servir de intermediario con un investigador con quien se reunía en la estación Cornalina y al que entregaba el dinero a cambio de las cápsulas, y, cuando le pidieron detalles concretos sobre quién era aquel hombre, respondió que no recordaba su nombre, que debió de anotarlo en su agenda de la época, pero que desgraciadamente se quemó en el incendio. Frente a la evidencia, se defendió como el hombre que había pedido prestado un caldero y que, en una historia que encantaba a Freud, cuando el que se lo había prestado le reprocha que se lo haya devuelto agujereado, alega primero que el caldero no tenía todavía un agujero cuando lo ha devuelto, luego dice que estaba ya perforado cuando se lo prestó el otro y finalmente que nadie le ha prestado nunca un caldero.

Lo que es seguro es que la muerte de su suegro había sido providencial para Romand. En primer lugar, ya no era necesario tocar las sumas depositadas en Suiza. En segundo término, la señora

Crolet decidió vender la casa, que resultaba demasiado grande para ella sola, y le confió el producto de la venta, que ascendía a un millón trescientos mil francos. Durante los meses siguientes al accidente, Jean-Claude fue un apoyo admirable para la familia, que en adelante le consideraría su jefe. No tenía más que treinta y cuatro años, pero su madurez apacible y reflexiva le había preparado para ese momento en que se deja de ser hijo para convertirse en padre, y no sólo en el de sus propios hijos sino el de sus padres, que muy suavemente se deslizan hacia la última infancia.

Ejercía esa función con su familia y ahora con su suegra, a quien el duelo había sumido en una depresión. Florence también estaba muy afectada. Con la esperanza de distraerla, Jean-Claude decidió abandonar el apartamento para alquilar en Prévessin, muy cerca de Ferney, una granja restaurada, más acorde con su posición social y que a ella le complacería decorar.

Todo se aceleró. Jean-Claude se había enamorado.

Rémi Hourtin era psiquiatra, y su mujer Corinne psicóloga de niños. Habían abierto en Ginebra una consulta común y alquilado en Ferney un apartamento encima del de los Ladmiral, que les introdujeron en su círculo de amistades. Al principio les encontraban divertidos, vitales, un tanto pretenciosos. Bonita, probablemente poco segura de sí misma y en todo caso ávida de seducir, Corinne manifestaba admiraciones ingenuas o menosprecios crueles, de acuerdo con los decretos de las revistas femeninas sobre lo que es fino u hortera. Rémi era aficionado a los buenos restaurantes, los habanos y los licores después de las comidas, los comentarios escabrosos, la vida a todo tren.

Los Ladmiral profesaban y profesan todavía a ese compañero alegre la amistad indulgente de las gentes formales por los juerguistas que se atienen lealmente a su papel. Romand debía de envidiar y quizá odiar en secreto la labia de Rémi, su éxito con las mujeres, su familiaridad sin remilgos con la vida.

No tardaron en advertir que la pareja naufragaba y que cada uno se tomaba libertades mal vistas en la comarca de Gex. Despedían un perfume de libertinaje que escandalizaba. Luc, hombre apuesto y no insensible al encanto de Corinne, supo contenerse a tiempo, pero esta aventura abortada, y otras que sin duda habían ido más lejos granjearon a la joven una reputación de devoradora de hombres y ladrona de maridos. Cuando dejó a Rémi para instalarse en París con sus dos hijas pequeñas, el círculo de amigos tomó partido por el marido abandonado. Sólo Florence Romand alegaba que Rémi había debido de engañar tan abundantemente a su mujer como a la inversa, que si tenían agravios era asunto de ellos y que por su parte ella, Florence, como ninguno de los dos le había causado ningún daño, no quería juzgar ni al uno ni a la otra y conservaba su amistad por los dos.

Telefoneaba con frecuencia a Corinne y cenaron juntos cuando Jean-Claude y ella subieron a París a pasar unos días. Los Romand visitaron el apartamento que Corinne había encontrado cerca de la iglesia de Auteuil y le enseñaron fotos de la casa a la que se disponían a mudarse. A Corinne la conmovieron la gentileza y la fidelidad que le mostraba la pareja. Al mismo tiempo, aquella mujerona deportiva y el gran osote de su marido pertenecían a una página cerrada de su vida; había tachado con una cruz la provincia, sus cotilleos, sus pequeños apaños, y luchaba por vivir con sus hijas en París: no tenían gran cosa que decirse. Se quedó muy asombrada, tres semanas más tarde, al recibir un imponente ramo de flores con la tarjeta de Jean-Claude diciéndole que estaba en París para una conferencia y que le encantaría invitarla esa misma noche. Se hospedaba en el Hotel Royal Monceau. Este detalle también sorprendió a Corinne, y de modo favorable: no hubiese podido imaginar que él tuviera por costumbre alojarse en un hotel de cuatro estrellas. Él siguió sorprendiéndola, primero al invitarla a un gran restaurante y no a una simple brasserie, luego al hablarle de sí mismo, de su carrera, de sus investigaciones. Ella sabía que era muy reservado a este respecto —era un rasgo tan proverbial como la vena chistosa de Rémi—, pero, no viendo en él más que a un científico serio y un poco insulso como hay a montones en la comarca de Gex, nunca había intentado vencer esta reserva. De repente descubría a otro hombre: un investigador de altura y de renombre internacional, que se tuteaba con Bernard Kouchner y pronto iba a asumir la dirección del INSERM: él dijo algo a este respecto, de pasada, precisando que dudaba si aceptarla o no a causa de la carga de trabajo adicional que supondría para él. El contraste entre esta realidad nueva y la imagen hasta entonces sin brillo que ella tenía de él hacía a Jean-Claude tanto más simpático. Es notorio que los hombres más notables son también los más modestos, los que menos se preocupan de la opinión que se tiene de ellos. Era la primera vez que Corinne, que había conocido sobre todo a seductores sibaritas como su ex marido, se relacionaba con uno de esos hombres especiales, sabios austeros o creadores atormentados a los que hasta entonces había admirado de lejos, como si solamente existieran en las páginas culturales de los periódicos.

Él volvió a París, de nuevo la invitó a cenar, le volvió a hablar de sus investigaciones y sus congresos. Pero la segunda vez, antes de despedirse, le dijo que tenía algo un poco delicado que anunciarle: que la amaba.

Acostumbrada al deseo de los hombres, a Corinne le halagaba que él la hubiese escogido como amiga, sin segundas intenciones de que fuese su amante: eso quería decir que sentía un auténtico interés por ella. Al descubrir que se había equivocado, se quedó primero estupefacta —a pesar de toda su experiencia, no lo había visto venir—, después decepcionada —él también era igual que los demás—, un poco asqueada —él no la atraía nada físicamente—, y por último conmovida por el tono de súplica que había en la confesión de su deseo. No le costó mucho rechazarle suavemente.

Al día siguiente él le telefoneó para disculparse por aquella declaración intempestiva y, antes de que ella volviese de su trabajo, dejó en su casa un paquete que contenía un anillo de oro amarillo con una esmeralda rodeada de pequeños diamantes (19 200 francos en el establecimiento del joyero Victoroff). Ella le llamó para decirle que se había vuelto loco, que jamás aceptaría un regalo semejante. Él insistió. Ella se lo quedó.

Jean-Claude contrajo la costumbre, aquella primavera, de subir a París un día a la semana.

Llegado de Ginebra en el vuelo de las 12.15 horas, se alojaba en el Royal Monceau o en el Concorde La Fayette y, por la noche, invitaba a Corinne a cenar en un gran restaurante. Justificaba sus viajes con motivo de un importante experimento que se estaba realizando en el Instituto Pasteur.

El pretexto servía también para Florence. Al mentirles a las dos, podía contarles la misma mentira.

Esas cenas semanales con Corinne se convirtieron en la gran vivencia de su vida. Era como una fuente que brotase en el desierto, algo inesperado y milagroso. Ya sólo pensaba en eso, en lo que iba a decirle, en lo que ella le respondería. Las frases que, desde hacía tanto tiempo, le daban vueltas en la cabeza, se las comunicaba por fin a alguien. Antes, cuando salía de casa al volante de su coche, sabía que hasta su regreso se extendía una larga playa de tiempo vacío y muerto en que no hablaría con nadie, no existiría para nadie. Ahora, ese tiempo precedía y seguía al momento del

encuentro con Corinne. Le separaba de ella y le acercaba a ella. Se sentía vivo, lleno de expectación, de inquietud y de esperanza. Al llegar al hotel, sabía que iba a telefonearle, a concertar una cita para esa noche con ella, a enviarle flores.

Al afeitarse delante del espejo, en el lujoso cuarto de baño del Royal Monceau, veía el rostro que ella iba a ver.

Había conocido a Corinne en el mundo que ambos compartían, pero merced a un golpe de audacia, al invitarla y al instaurar la costumbre de las entrevistas a solas, la había introducido en el otro mundo, en el que él había estado siempre solo, donde por primera vez ya no lo estaba, por vez primera existía ante la mirada de alguien. Pero era el único que lo sabía. Su propia situación le recordaba al desdichado monstruo de *La bella y la bestia*, con el refinamiento suplementario de que la bella ignoraba que cenaba con él en un castillo donde nadie había entrado antes que ella. Corinne se creía frente a un habitante normal del mundo normal, en el cual Jean-Claude parecía especialmente integrado, y no podía imaginar, por muy psicóloga que fuese, que en él se pudiese ser tan radical y secretamente un extraño. ¿Estuvo a punto de decirle la verdad? Lejos de Corinne, acariciaba la esperanza de que las palabras de confesión, la noche siguiente, cualquier otra noche, acabarían pronunciándose. Y de que no habría problemas, es decir, que cierto encadenamiento de confidencias, un determinado entendimiento misterioso entre ellos haría esas palabras expresables. Él repetía los preliminares durante horas. Tal vez pudiese contar aquella historia extraña como si le hubiera sucedido a otro: un personaje complejo y torturado, un caso psicológico, un héroe de novela. Al hilo de las frases, su voz se tornaría cada vez más grave (temía que en realidad fuese cada vez más aguda). Acariciaría a Corinne, la envolvería en su emoción. Hasta ahora dueño de sí mismo, dominando como un virtuoso todas las situaciones, el fantasioso se volvía humano, frágil. La fisura en la coraza se veía.

Había conocido a una mujer. La amaba. No se atrevía a decirle la verdad, prefería morir que defraudarla, prefería morir también antes que seguir mintiéndole. Corinne le miraba intensamente. Le cogía la mano. Corrían lágrimas por sus mejillas. Subían en silencio a la habitación, estaban desnudos, hacían el amor llorando y ese

llanto compartido sabía a liberación. Después podía morirse, ya no tenía importancia, nada era ya importante, le habían perdonado, salvado.

Esos sueños despiertos poblaban su soledad. Durante el día en el coche, de noche al lado de Florence dormida, creaba una Corinne que le comprendía, le perdonaba, le consolaba. Pero él sabía que delante de ella las cosas no podían cobrar ese sesgo. Para emocionarla e impresionarla, habría hecho falta que su historia fuese distinta, que se asemejase a lo que tuvieron que imaginar los investigadores tres años más tarde. Falso médico pero auténtico espía, auténtico traficante de armas, verdadero terrorista, sin duda la habría seducido. Falso médico únicamente, encallado en el miedo y la rutina, estafando a pequeños jubilados cancerosos, no tenía la menor posibilidad, cosa que no era culpa de Corinne. Ella era quizá superficial y estaba llena de prejuicios, pero de no haber sido así nada habría cambiado. Ninguna mujer accedería a besar a aquella bestia que nunca se transformaría en un príncipe encantado. Ninguna mujer podía amar lo que él era realmente. Se preguntaba si habría en la tierra una verdad más inconfesable, si otros hombres se sentían avergonzados hasta aquel punto de sí mismos. Quizá algunos pervertidos sexuales, esos que en las cárceles llaman degenerados y a los que los demás presos desprecian y maltratan.

Como Jean-Claude trabajaba y viajaba mucho, Florence se ocupaba sola de la mudanza a Prévessin. Ella lo instaló todo, lo decoró con el estilo cálido y sin pretensiones que le era propio: estanterías de madera blanca, butacas de mimbre, edredones de colores alegres, y había montado un columpio para los niños en el jardín. Jean-Claude, antes tan roñoso, firmaba los cheques sin escuchar siquiera sus explicaciones. Se compró un Range Rover. Florence no sospechaba que el dinero venía de la casa de su madre ni que él se lo gastaba en París con mayor largueza todavía.

Causó mucho asombro en el juicio pero, a pesar de tener una cuenta común, parece ser que ella no echó nunca un vistazo a los extractos bancarios.

Los Ladmiral, por su parte, estaban construyendo una casa a pocos kilómetros de allí, en pleno campo. Vivían en medio de las obras, a medias en su antigua casa y a medias en la nueva. Cécile, de nuevo embarazada, tenía que guardar cama. Luc se acuerda de

una visita repentina de Jean-Claude, a principios del verano. Los obreros acababan de marcharse, después de haber extendido la losa de hormigón de la terraza. Los dos amigos tomaron una cerveza en el jardín lleno de cascotes. Luc sufría los quebraderos de cabeza de quien tiene que tratar con un contratista. Inspeccionaba las obras hablando de plazos, de retrasos, de una nueva ubicación para la barbacoa. Visiblemente, esos temas aburrían a Jean-Claude. Las circunstancias de su propia mudanza, sobre las cuales Luc se creyó en la obligación de interrogarle, para no hablar sólo de las suyas, no le interesaban tampoco, ni los ocho días de vacaciones que acababa de pasar en Grecia con Florence y los niños. No respondía a lo que le preguntaba o respondía con un aire ausente, evasivo, como enfrascado en una ensoñación interior infinitamente seductora. Luc advirtió de pronto que había adelgazado, que estaba rejuvenecido, y que en lugar de su chaqueta de tweed habitual sobre un pantalón de pana de canutillo, llevaba un traje de buen corte que era evidente que le había costado su dinero. Sospechó vagamente lo que Cécile, si hubiera estado presente, habría comprendido con una mirada. Como para confirmar esa sospecha, Jean-Claude dejó caer que no excluía la posibilidad de instalarse pronto en París. Por motivos profesionales, por supuesto. Luc le recordó que acababa de afincarse en Prévessin. Claro, claro, pero eso no le impedía alquilar un pequeño refugio y volver a casa los fines de semana. Luc se encogió de hombros: «Espero que no estés haciendo el gilipollas».

A última hora de la tarde, la semana siguiente, Jean-Claude le telefoneó desde el aeropuerto de Ginebra. Su voz sonaba oprimida. Se encontraba muy mal, temía sufrir un infarto, pero no quería ir al hospital. Podía conducir, llegaba enseguida. Media hora más tarde, muy pálido y agitado, con la respiración fuerte y silbante, empujaba la puerta de la casa, que Luc había dejado entreabierta para que no despertara a todo el mundo. Luc le examinó y diagnosticó un simple acceso de angustia. Se sentaron cara a cara, como viejos amigos que eran, en el salón tenuemente iluminado. La noche era tranquila, Cécile y los niños dormían. «Bueno, entonces», dijo Luc, «¿qué pasa?»

Si Jean-Claude, tal como lo ha contado, estuvo a punto esa noche de revelar toda la verdad, la primera reacción de su confidente le hizo batirse en retirada. Ya el hecho de que tuviese

una amante desquiciaba a Luc. Que fuese Corinne le indignaba. Nunca había tenido una buena opinión de ella, y aquella noticia confirmaba su recelo. ¡Pero Jean-Claude! ¡Jean-Claude! ¡Jean-Claude, engañar a Florence! Una catedral se desmoronaba. De un modo muy poco halagüeño para su amigo, daba por sobreentendida una distribución de papeles en la que Jean-Claude era el buen chico apenas experimentado en lances de amor y Corinne la sirena que por pura maldad, para cerciorarse de su poder y destruir un hogar que envidiaba, le apresaba en sus redes. Era lo que pasaba por no haber hecho barrabasadas a los veinte años: cerca de los cuarenta uno se encuentra en plena crisis de la adolescencia. Jean-Claude intentaba protestar, no mostrarse corrido sino orgulloso de su aventura, interpretar ante Luc el personaje de aquel seductor doctor Romand cuyo reflejo flotaba en los espejos del Royal Monceau. Esfuerzo inútil. Luc, finalmente, le hizo prometer que rompería cuanto antes con Corinne y, una vez hecho esto, se lo contaría todo a Florence, porque el silencio es el peor enemigo de las parejas. Una crisis superada, por el contrario, puede resultar su mejor aliado. Si él no lo hacía o tardaba en hacerlo, sería él, Luc, quien hablaría con Florence, por el bien de ambos.

No hizo falta que mostrara su abnegación delatando a su amigo ante su mujer. A mediados de agosto, Jean-Claude y Corinne pasaron juntos tres días en Roma. Él había insistido en que ella le concediera ese viaje, que fue para ella una pesadilla. Las versiones de ambos, igualmente elípticas, concuerdan en lo siguiente: el último día, ella le dijo que no lo amaba porque le parecía un hombre demasiado triste. «Demasiado triste», son las palabras que emplean los dos. Él lloró, suplicó como había hecho quince años antes con Florence y, al igual que Florence, Corinne fue amable. Se separaron con la promesa de seguir siendo amigos.

Jean-Claude volvió a reunirse con su familia, que estaba de vacaciones en Clairvaux. Una mañana, temprano, fue en coche al bosque de Saint-Maurice. Su padre, que antaño era el gerente de la propiedad forestal, le había enseñado una sima donde una caída sería fatal. Dice que quiso arrojarse a ella, que llegó a hacerlo pero que le retuvieron unos ramajes que le despellejaron la cara y desgarraron la ropa. No logró matarse, pero tampoco sabe cómo salió vivo. Condujo hasta Lyon, alquiló una habitación de hotel y

telefoneó a Florence para decirle que acababa de sufrir un accidente en la autopista que enlaza Ginebra con Lausanne. Había salido despedido del vehículo, un Mercedes de servicio de la OMS que había quedado completamente aplastado. Le habían transportado en helicóptero al hospital de Lausanne, desde donde la llamaba. Ofuscada, Florence quiso ir a verle y, ofuscándose a su vez, él comenzó a minimizar el accidente. Volvió esa misma noche a Prévessin, al volante de su propio coche. Las desolladuras causadas por los abrojos distaban bastante de sugerir un accidente de carretera, pero Florence estaba demasiado trastornada para fijarse. Él se lanzó de través sobre la cama, llorando. Ella le estrechaba contra sí para consolarle, le preguntaba dulcemente qué había ocurrido, qué le agobiaba. Ella había notado que algo no andaba bien en los últimos tiempos. Sin dejar de llorar, él le explicó que había perdido el control del automóvil porque había sufrido un golpe terrible. Su jefe de la OMS acababa de morir de un cáncer que le corroía desde hacía varios años. Durante el verano las metástasis se habían multiplicado, sabía perfectamente que no había esperanza, pero verle muerto… Estuvo sollozando toda la noche.

Florence, muy conmovida, estaba al mismo tiempo sorprendida por el gran cariño que profesaba a un jefe del que Jean-Claude nunca le había hablado.

Él también debió de pensar que aquello no bastaba. A comienzos del otoño, el linfoma dormido desde hacía quince años se despertó en forma de enfermedad de Hodgkin. Sabiendo que eso sería más aceptable que una amante, se lo confesó a Luc. Al oírle decir, abotagado y lúgubre, encogido en su butaca, que estaba condenado, Luc se acordaba del Jean-Claude exaltado que le había visitado en las obras de la casa. Llevaba el mismo traje, pero ahora deslustrado, y con el cuello cubierto de caspa. La pasión le había devastado. Ahora le atacaba las células. Sin llegar a sentirse culpable por haber exigido tan firmemente la ruptura, Luc experimentaba una profunda piedad por el alma de su amigo, que adivinaba tan enferma como el cuerpo. Pero, siempre positivo, quería pensar que aquella prueba le acercaría a Florence y sería la ocasión de una comunión más honda entre los esposos:

«Habláis mucho de eso, por supuesto…» Para su gran sorpresa, Jean-Claude respondió que no, que no hablaban mucho. Había

informado a Florence de la dolencia, dramatizando lo menos posible, y habían acordado actuar como si no pasara nada, para no ensombrecer el ambiente de la casa. Ella le había propuesto acompañarle a París, donde le atendía el profesor Schwartzenberg (lo cual también asombró a Luc: no pensaba que aquel médico tan célebre atendiese todavía a enfermos, en el supuesto de que alguna vez lo hubiese hecho), pero Jean-Claude se había negado. El cáncer lo padecía él, lo combatía él solo, sin molestar a nadie. Él lo asumía y ella respetaba su decisión.

La enfermedad y su tratamiento le agotaban. Ya no iba a trabajar todos los días. Florence levantaba a los niños, les decía que no hicieran ruido porque papá estaba fatigado. Después de llevarles a la escuela, iba a tomar un café a casa de otra madre de alumnos, iba a su curso de baile o de yoga, iba a hacer compras. Solo en casa, Jean-Claude se pasaba el día en su cama húmeda, con la colcha subida hasta más arriba de la cabeza. Siempre había transpirado mucho, pero ahora había que cambiarle de sábanas todos los días. Bañado en un sudor malsano, dormitaba, leía sin comprender el texto, aturdido. Era como en Clairvaux, el año en que se había refugiado allí después del fracaso en el liceo du Parc: el mismo torpor gris, recorrido de escalofríos.

No obstante la declaración de amistad con que se habían despedido, no había vuelto a hablar con Corinne desde el catastrófico viaje a Roma. En cuanto Florence salía, él daba vueltas alrededor del teléfono, marcaba el número de Corinne y colgaba apenas descolgaba ella, tanto miedo tenía de que le llamase importuno. Se quedó asombrado, el día en que se atrevió a hablar, de notarla contenta de oírle. Ella vivía un periodo de gran desasosiego: dificultades profesionales, aventuras sin futuro. Su soledad, sus hijas, su inquieta disponibilidad asustaban a los hombres, y ya había sufrido suficientes groserías de ellos para dispensar una buena acogida a aquel doctor Romand que era tan triste, tan torpe, pero que la trataba como a una reina. Empezó a contarle sus desengaños y sus resentimientos. Él la escuchaba, la reconfortaba. En el fondo, decía, más allá de las apariencias, ella y él se parecían mucho. Ella era su hermanita. Él volvió a París en diciembre y todo volvió a empezar: las cenas, las salidas, los regalos y, después de Año Nuevo, cinco días de enamorados en Leningrado.

Ese viaje, que estimuló mucho la imaginación al principio de las pesquisas policiales, lo organizaba el *Quotidien du médecin*, revista a la que estaba suscrito. Había, si uno las buscaba, decenas de fórmulas para pasar algunos días en Rusia, pero no se le pasó por la cabeza la idea de hacerlo de una forma distinta que con un grupo de médicos, muchos de los cuales se conocían entre ellos, mientras que él no conocía a nadie. A Corinne esto la extrañaba, así como el cuidado que él ponía en evitar a sus compañeros de viaje, cortar en seco las conversaciones y mantenerse aparte.

Ella, en cambio, hubiese estado dispuesta a hacer amistades. Si le parecían tan poco frecuentables o si, como ella pensaba, Jean-Claude temía los chismes que hubieran podido llegar a oídos de Florence, ¿por qué había ido con ellos? Decididamente, la exasperaba. Al cabo de tres días, ella le largó el mismo discurso que en Roma: se habían equivocado, valía más que quedaran como amigos, como un hermano mayor y su hermanita. Lloraron de nuevo y, en el avión de vuelta, él le dijo que de todos modos padecía un cáncer. Pronto estaría muerto. ¿Qué responder a eso? Corinne estaba muy molesta. Él le suplicó que, si ella le guardaba un poco de ternura, le telefonease de vez en cuando, pero no a su casa: al buzón de voz. Su código secreto sería: 222 para decir «pienso en ti, pero no es nada urgente», 221 para «llámame» y 111 para «te quiero». (Tenía un código parecido con Florence, que dejaba en la mensajería un número del 1 al 9 según el grado de urgencia de la llamada.) Con prisa por acabar, Corinne anotó las cifras y prometió utilizarlas. Jean-Claude llevó chapkas **[4]** a sus hijos y muñecas rusas a su ahijada.

Esta segunda oportunidad fallida le sumió de nuevo en la rutina y la desesperación. Para explicar su presencia en casa, Florence había hablado del cáncer a la mayoría de sus amigos, pero pidiéndoles que no lo revelaran, de forma que cada uno pensaba que era el único en saberlo.

Rodeaban a Jean-Claude de una solicitud discreta y una jovialidad forzada.

En una cena en casa de los Ladmiral, Rémi, que había ido a París a ver a sus hijas, dio noticias de su ex mujer. Siempre inestable, se había columpiado entre dos hombres para rehacer su vida: uno

afable, que era algo así como cardiólogo, un tío muy bueno en su especialidad, pero no muy divertido, y otro claramente más avispado, un dentista parisino que no se dejaba manejar como un títere. Rémi, sin conocerle, habría sido más bien partidario del primero, juzgando que Corinne tenía necesidad de equilibrio y de protección, pero por desgracia ella prefería el amor duro y había escogido al segundo. Luc recuerda que la cara de Jean-Claude al oír aquello daba realmente pena.

Como había prometido, Corinne telefoneaba algunas veces y, para mostrarle la confianza que le tenía, le contaba sus relaciones apasionadas con el dentista que no se dejaba manejar fácilmente. Él la hacía sufrir pero era algo más fuerte que ella, lo llevaba en la piel. Jean-Claude asentía con voz apagada. Tosía, explicaba que el linfoma reducía sus defensas inmunitarias.

Un día ella le pidió consejo. Habían vendido la consulta que poseía con Rémi en Ginebra. Su parte, que acababa de cobrar, ascendía a novecientos mil francos. Pensaba reinvertirlos en una nueva consulta, seguramente asociarse con alguien, pero prefería no precipitarse y, antes que dejar ese dinero en una cuenta corriente, quería colocarlo. Los SICAV que tenía rentaban muy poco. ¿Al hermano mayor se le ocurría una idea? Pues claro, tenía una: UOB, Quai des Bergues, Ginebra, 18% anual. Jean-Claude tomó el avión a París y acompañó a Corinne a la sede de su banco, de donde retiró los novecientos mil francos en metálico; luego volvió a subir al avión, como en las películas, con un maletín cargado de billetes. Ningún recibo, ningún rastro. Se acuerda de haber comentado: «Si me ocurriese algo, todo este dinero se perdería». A lo que ella habría contestado tiernamente: «Si te ocurriese algo, no sería el dinero lo que yo lamentaría».

Era la primera vez que él engañaba no a personas mayores de su familia, ansiosas tan sólo de que su capital fructificara para sus herederos, sino a una mujer joven y resuelta que necesitaba el suyo y confiaba en recuperarlo enseguida. Había insistido sobre el particular para estar segura de que podría retirarlo cuando quisiera, y él se lo había garantizado. Ahora bien, estaba acorralado. De la mina que le había entregado su suegra ya no quedaba nada. Los dos últimos años, sus gastos se habían multiplicado. En Prévessin se había puesto a la altura del tren de vida de la gente de su medio, y

pagaba ocho mil francos de alquiler, se había comprado un Range Rover de doscientos mil y arruinado en París entre grandes hoteles, cenas elegantes y regalos para Corinne. Para continuar aquellos dispendios necesitaba ese dinero que, apenas llegó a su casa, fue a repartir en tres cuentas: la del BNP en Ferney-Voltaire, la de Lons-le-Saunier y la de Ginebra. El director de la sucursal de Ferney, sin atreverse a hacerle preguntas sobre sus fuentes de ingresos, veía con asombro aquellas remesas irregulares. Le había telefoneado en varias ocasiones para proponerle inversiones, fórmulas de gestión más racionales. Jean-Claude se escabullía. Temía más que nada la inhabilitación bancaria, que, una vez más, había rozado. Pero sabía que no había obtenido más que una prórroga y que, al poner las manos en el dinero de Corinne, hacía inevitable la catástrofe.

Sobre el último año se cernió esta amenaza. Hasta entonces había pesado sobre su vida de una forma difusa. Cada vez que se cruzaba con alguien, que le dirigían la palabra o que sonaba el teléfono en casa, la aprensión le ponía un nudo en el estómago: había llegado su hora, su impostura iba a descubrirse a plena luz. El peligro podía venir de cualquier parte, el más ínfimo suceso de la vida cotidiana podía poner en marcha el guión de la catástrofe que nada detendría. Pero ahora una variante de ese guión había adquirido más verosimilitud que las demás, y por más que se dijera lo que se dice a los desahuciados, que es perfectamente posible padecer un cáncer y morir de una gripe o de la picadura de una avispa, no paraba de pensar en aquella variación. Cuanto más tardase en llegar el golpe, más seguro era que llegaría, y sin escapatoria. Si Corinne le hubiese pedido que le devolviera su dinero una semana después de habérselo confiado, todavía habría podido hacerlo y buscar otro medio —¿pero cuál?— de vivir sin ingresos como si los tuviese. A medida que pasaban las semanas y los meses, disminuía la suma supuestamente depositada. Presa de vértigo, ni siquiera intentaba hacerla durar, sino que gastaba frenéticamente. ¿Qué haría cuando ella se la reclamase?

Algunos años antes, hubiese podido tratar de rehacerla mediante la ayuda de sus donantes habituales: sus padres, su tío Claude, su familia política. Pero él conocía —y mejor que nadie— la situación pecuniaria de todos ellos. Les había despojado de todo y se lo había gastado. No quedaba nadie a quien recurrir. ¿Entonces qué? ¿Contarle a Corinne que le habían agredido y robado el maletín de billetes? ¿Confesarle la verdad? ¿Una parte de la verdad: que estaba en una situación económica insoluble y que la había arrastrado en ella? ¿Toda la verdad: diecisiete años de mentiras? ¿O coger lo que quedaba y tomar un avión hacia la otra punta del mundo? No

volver nunca, desaparecer. El escándalo estallaría al cabo de pocas horas, pero él no estaría allí para presenciar el hundimiento de su familia y afrontar sus miradas. Tal vez pudiera hacerse pasar por muerto, hacer creer que se había suicidado. No habría cadáver, pero si abandonaba el coche, con una nota de adiós, cerca de un precipicio de montaña… Declarado muerto, estaría realmente fuera de alcance. El problema era que seguiría vivo y que solo, aun con el dinero, no sabría qué hacer con su vida. Despojarse de la piel del doctor Romand equivaldría a encontrarse sin piel, más que desnudo: desollado.

Sabía desde el principio que la conclusión lógica de su historia era el suicidio. Lo había pensado muchas veces sin reunir nunca el valor de dar el paso y, en cierto modo, la certeza de que se suicidaría un día le dispensaba de hacerlo. Se había pasado la vida a la espera de ese día que no podría aplazar. Tenía que haber llegado ya cien veces, y cien veces un milagro, o el azar, le había brindado una escapatoria. Sin dudar del desenlace, tenía curiosidad por saber hasta dónde lo pospondría el destino.

Él, que tanto había suplicado a Corinne que le telefonease, y que llamaba diez veces a su buzón de voz para volver a escuchar la de ella, cuando por azar ella le había dejado un mensaje, ahora prefería desconectar el Operator. Se hacía el muerto. Corinne, por su parte, temiendo que contestase Florence, no se atrevía a llamarle a Prévessin. Su mejor amiga le repetía que estaba loca por haber confiado todo su dinero, sin garantía, sin titularidad, sin nada, a un canceroso en fase terminal. Si se moría, ¿quién iba a avisarla? ¿Cómo sabía que no estaba ya muerto y enterrado? La cuenta en Suiza estaba a nombre de él, podía esperar sentada a que su viuda le devolviese el dinero. Como Corinne se inquieta cada vez más, el marido de su mejor amiga deja, con su propio nombre, mensajes apremiantes en el contestador de Prévessin. No obtienen respuesta. Estamos ya al principio del verano. Corinne se acuerda de que todos los años, en julio, Florence suplía a la farmacéutica de un pueblo del Jura y que la familia pasaba ese mes con los padres de Jean-Claude. Les buscaron a través de minitel y de este modo lograron dar con él. No había llamado porque había estado hospitalizado largo tiempo. Estaba muy fatigado por las sesiones de radioterapia. Corinne le expresó su compasión, y luego fue al grano: quería

recuperar al menos una parte de su dinero. No era tan sencillo, objetó él, había que respetar ciertos plazos… «Tú me dijiste que no, que podía retirar lo que quisiera y cuando quisiera…» Sí, en principio, pero sólo en principio. Si quería cobrar intereses, en lugar de pagar penalizaciones, el dinero tenía que estar bloqueado hasta septiembre, de hecho lo estaba, de todas maneras, y además él mismo lo estaba también: enfermo, postrado en cama, incapaz de desplazarse a Ginebra. Lo único que podía hacer de inmediato era vender su coche para sacarla del apuro. Corinne se impacientaba: le estaba pidiendo que retirase su dinero del banco, no que vendiese su coche y se lo presentara como un gran sacrificio. Él consiguió, mal que bien, apaciguarla.

Ese año, sus extractos de la tarjeta oro revelan compras frecuentes de fotonovelas y vídeos pornográficos en sex-shops y, aproximadamente dos veces al mes, masajes en el Marylin Center y en el club Only you de Lyon. Las empleadas de estos establecimientos se acuerdan de un cliente tranquilo, cortés, que hablaba poco. Jean-Claude dice que al recibir un masaje tenía la impresión de existir, de poseer un cuerpo.

En otoño, Florence dejó de tomar la píldora. Se puede interpretar este hecho de dos maneras, pero, según el testimonio de su ginecólogo, deseaba tener un tercer hijo.

En su calidad de vicepresidenta de la asociación de padres de alumnos de Saint-Vincent, se ocupaba del catecismo, de organizar la fiesta de la escuela, de encontrar padres voluntarios para acompañar a los niños a la piscina o a esquiar. Luc formaba parte de la junta de gobierno. Para distraerle de sus ideas negras, propuso a Jean-Claude que se les sumara y él, animado por Florence, aceptó. No sólo era para él una distracción, sino una forma de inserción en la vida real: una vez al mes, acudía a una cita que no era ficticia, se reunía con gente, hablaba con ella y, al tiempo que fingía ser un hombre ocupado, de buena gana habría solicitado reuniones más frecuentes.

Sucedió que el director de la escuela, un hombre casado y padre de cuatro hijos, se había enredado con una de las maestras, igualmente casada. El idilio se supo y causó desagrado. Algunos padres de alumnos empezaron a decir que no valía la pena confiar a

sus hijos a una escuela católica para que en ella recibieran el ejemplo de una pareja de libertinos. La junta decidió intervenir. Se celebró una reunión en casa de Luc, al comienzo de las vacaciones de verano. La iniciativa consistía en pedir al director culpable que dimitiera y a la dirección diocesana que le sustituyese por otra docente, ésta por encima de toda sospecha. Para evitar el escándalo, había que arreglar el asunto antes del curso siguiente, y así se hizo. Pero los testimonios de los asistentes discrepan respecto a lo que se dijo en esa reunión. Luc y los demás aseguran que la decisión se tomó por unanimidad, es decir, que Jean-Claude estaba de acuerdo con ellos. Él dijo que no, que no estaba de acuerdo, que hubo discusión, que se separaron enfadados. Insiste en el hecho de que semejante actitud era impropia de él: habría sido mucho más sencillo, y más acorde con su estilo, plegarse a la opinión de sus amigos.

Como no hay razón alguna para pensar que los demás hayan mentido, me figuro que Jean-Claude manifestó en efecto su desacuerdo, pero de un modo tan inseguro que no solamente ellos no se acordaban luego de su discrepancia, sino que, en aquel momento, ni siquiera la habían advertido.

Estaban tan habituados a que él lo aprobase todo que literalmente no le oyeron, y él tenía tan poca costumbre de hacerse oír que recuerda no el volumen real de su intervención —una protesta farfullada, la sombra murmurada de una reserva—, sino el del rumor indignado que bullía dentro de él y al que intentó en vano dar una expresión. Se oyó decir, con toda la energía necesaria, lo que habría querido decir, y no lo que oyeron los demás. También es posible que no hubiese dicho nada en absoluto, sino solamente pensado en decir, soñado que decía, lamentado no haber dicho y, para acabar, imaginado que había dicho. De regreso a su casa, se lo contó todo a su mujer, la conjura contra el director y la actitud caballerosa con que él le había defendido. Florence era virtuosa, pero no gazmoña, y no le gustaba que se inmiscuyeran en la vida privada de la gente. La conmovió que su marido, conciliador por naturaleza, fatigado por la enfermedad, ocupado en asuntos infinitamente más importantes, hubiese preferido sacrificar su bienestar que participar en una injusticia. Y cuando ella, al reanudarse las clases, descubrió que el golpe de Estado se había

consumado, que el director había sido relegado al rango de simple maestro y sustituido por una colega cuya beatería adusta siempre la había exasperado, encabezó con su dinamismo habitual una cruzada en favor del perseguido, haciendo campaña ante las madres de alumnos y adhiriendo a su causa en poco tiempo a una parte de la asociación de padres. La iniciativa de la junta de gobierno fue puesta en entredicho. La APA y la junta de gobierno, entre las que hasta entonces había reinado un buen entendimiento, se convirtieron en bandos enemigos, respectivamente dirigidos por Florence Romand y Luc Ladmiral, a pesar de ser amigos de siempre. El trimestre estuvo envenenado.

No contento con apoyar a su mujer, Jean-Claude aportaba su granito de arena. Se oía a este hombre apacible, a la salida de clases, decir en voz alta y fuerte que él militaba en defensa de los derechos humanos en Marruecos y que no iba a tolerar verlos pisoteados en Ferney-Voltaire.

Hastiados de que se les juzgara por padres meapilas, los partidarios de la junta de gobierno y de la nueva directora alegaban que el problema no era tanto la inmoralidad del antiguo director como la blandura de su gestión: no estaba a la altura, eso era todo. A lo cual Jean-Claude respondía que no siempre se está a la altura, no siempre se hace lo que uno quiere, y que más vale comprender y ayudar que juzgar y condenar. Contra los grandes principios, él defendía al hombre desnudo y falible, aquel de quien San Pablo dice que quisiera hacer el bien y no puede evitar hacer el mal. ¿Era consciente de que con su alegato se defendía a sí mismo? Lo era, en cualquier caso, de que arrostraba un gran riesgo.

Por primera vez, en su pequeña comunidad se interesaban por él. Corría el rumor de que él había sido el promotor de la idea, y unos decían que era un chaquetero y otros que era muy amigo del director adúltero, y la impresión general era que había desempeñado un papel poco claro en el asunto. Luc, aunque dolido con él, se esforzaba en calmar los ánimos: Jean-Claude tenía serios problemas de salud, y por eso había sacado los pies del plato. Pero los otros confabulados de la junta exigían un enfrentamiento cuya mera posibilidad constituía para él un peligro de muerte.

Hacía dieciocho años que temía aquello. Un milagro se lo había evitado a cada instante, y ahora iba a suceder, no por culpa de un

azar contra el que no podía nada, sino por su culpa, porque por primera vez en su vida había dicho lo que pensaba. Una noticia difundida por un vecino puso la guinda a su angustia: Serge Bidon, otro miembro de la junta de gobierno, había hablado de romperle la cara.

El testimonio más impresionante del juicio fue el del tío de Jean-Claude, Claude Romand. Hizo su entrada, sanguíneo, achaparrado, embutido en un traje que hacía crujir sus hombros potentes y, una vez en el banco, en lugar de encarar al tribunal, como los demás testigos, se volvió hacia su sobrino. Con los puños en las caderas, seguro de que nadie osaría decirle nada, miró de arriba abajo al acusado. Se tomó su tiempo, quizá unos treinta segundos, lo que es un lapso muy largo. Jean-Claude se derritió, y todo el mundo en la sala pensó lo mismo: no eran sólo los remordimientos y la vergüenza; a pesar de la distancia, del cristal, de los gendarmes, tenía miedo de que su tío le pegase.

Lo que se vio en ese instante era su pavor a la violencia física. Había elegido vivir entre gentes cuyo instinto de pelea se ha atrofiado, pero cada vez que volvía a su pueblo debía de sentirlo más cerca de la superficie. Adolescente, leía en los ojillos azul pálido del tío Claude el desprecio guasón del hombre que habita con desenvoltura su cuerpo y su lugar en la tierra por el blandengue que él era, siempre enfrascado en sus libros. Más tarde, tras la admiración que profesaba el clan por su brillante retoño, Jean-Claude había detectado una violencia que sólo pedía una ocasión para explotar. El tío Claude le tomaba el pelo, le propinaba empellones cariñosos y aunque, al igual que los demás, le confiaba su dinero para que lo invirtiese, era el único que solicitaba a veces noticias al respecto: si alguien de entre ellos albergaba algún día una sospecha, sería el tío Claude. Bastaría que le rozase ese recelo para que lo comprendiese todo y colocara al sobrino entre la espada y la pared.

Entonces le zurraría. Antes de denunciarle, ante todo le molería a palos con sus puños enormes. Y le haría daño.

Serge Bidon, según la gente que le conoce, es el tío más manso del mundo. Su amenaza, si llegó a proferirla, era sin duda retórica. Jean-Claude, sin embargo, se moría de miedo. Ya no se atrevía a volver a su casa ni a seguir sus itinerarios habituales. Se le encogía

todo el cuerpo. A solas dentro de su coche, sollozaba y musitaba: «Quieren romperme la cara…, quieren romperme la cara…»

El último domingo de Adviento, a la salida de misa, Luc dejó un momento a Cécile y a sus hijos para ir a hablar con Florence, que había ido con los suyos pero sin Jean-Claude. Habían intercambiado signos de paz antes de la comunión, leído el Evangelio en que Jesús dice que de nada sirve rezar si no se hacen las paces con el prójimo, así que él venía en son de paz, a poner fin antes de Navidad a aquella desavenencia ridícula entre ellos. «Muy bien, no estás de acuerdo con nosotros en despedir a ese granuja, tienes perfecto derecho, no es obligatorio estar de acuerdo en todo con los amigos, pero no vamos a estar de morros mil años por eso». Florence sonrió y se besaron, felices de reconciliarse. Luc no pudo evitar decir que, no obstante, si Jean-Claude disentía, hubiera podido decirlo de inmediato y lo habrían discutido… Florence frunció el ceño: era lo que había hecho, ¿no? No, dijo Luc, no era lo que había hecho, y justamente era lo que le reprochaban.

No el haber tomado partido por el director, para lo cual estaba en su derecho más estricto, sino el haber votado con los demás su destitución y luego, sin consultar a nadie, emprendido una campaña contra lo que él mismo había aprobado, y puesto en la picota a los miembros de la junta como si fueran una panda de listillos. A medida que hablaba, evocando por puro afán de exactitud histórica agravios que sinceramente había decidido olvidar, Luc vio que la cara de Florence se descomponía.

«¿Puedes jurarme que Jean-Claude votó a favor de la dimisión?» Pues claro que podía jurárselo, y los demás también, pero eso no tenía la menor importancia, el hacha de guerra estaba enterrada, iban a celebrar la Navidad todos juntos. Cuanto más repetía que el incidente estaba zanjado, más se percataba de que para Florence no lo estaba, y que, al contrario, sus palabras, que él creía inofensivas, abrían un abismo ante ella. «Me ha dicho siempre que votó en contra…» Luc no se atrevía siquiera a decirle que no importaba. Presentía que sí importaba, que algo sumamente grave y que se le escapaba estaba en juego en aquel instante. Tenía la impresión de que Florence iba a estallar, delante de él, a la puerta de la iglesia, sin que él pudiera hacer nada. Ella tocaba nerviosamente a sus hijos, sujetaba de la mano a Caroline, que se impacientaba,

arreglaba la capucha de Antoine, había empezado a mover los dedos como avispas ebrias, y sus labios, de los que la sangre se había retirado, repetían en voz baja: «Entonces me ha mentido…, me ha mentido…»

Al día siguiente, a la salida de la escuela, cambió unas palabras con una señora cuyo marido trabajaba también en la OMS. La señora pensaba llevar a su hija a ver el árbol de Navidad del personal, y quería saber si Antoine y Caroline también irían. Al oír estas palabras Florence se puso pálida y murmuró: «Esta vez sí tengo que enfadarme con mi marido».

Durante el proceso, cuando se intentó interpretar este testimonio, Jean-Claude dijo que Florence estaba al corriente, desde hacía años, de la existencia de un árbol navideño en la OMS. Habían hablado al respecto en varias ocasiones, y él se negaba a llevar a los niños porque no le gustaba aprovecharse de aquella clase de privilegios, y ella lamentaba que esos principios demasiado estrictos les privaran de un rato agradable. Podía ser que la pregunta de la señora hubiese despertado en Florence cierta irritación, pero no producido en ella el efecto de una revelación. Por otra parte, señaló Jean-Claude, de haber tenido ella la más mínima duda, le habría bastado con descolgar el teléfono y haber llamado a la OMS.

—¿Y quién nos dice que no lo hizo? —preguntó la presidenta del tribunal.

Justo antes de las vacaciones de Navidad, el presidente de la junta de gobierno escolar quiso hablar con Jean-Claude, siempre a propósito del asunto del director. No le conocía lo suficiente para saber que no se le podía contactar en su despacho y, como él también trabajaba en una organización internacional en Ginebra, mandó a su secretaria que buscara su número en la guía telefónica de la OMS. A continuación, en el banco de datos de la caja de pensiones de los organismos internacionales. Intrigado por no encontrarle en ninguna parte, se dijo que debía de haber una explicación y, como la cosa no era muy importante, no volvió a pensar en ello hasta el día, al regreso de las vacaciones, en que se encontró con Florence en la calle principal de Ferney y se lo contó. Su tono no era el del hombre que alberga sospechas, sino más bien

el de quien quisiera averiguar la causa de una cosa extraña, y Florence reaccionó con el mismo acento benévolo. Era raro, sí, habría desde luego una razón, se lo diría a Jean-Claude. El hombre y ella no volvieron a verse; una semana más tarde ella estaba muerta y nadie sabrá nunca si habló de ello a Jean-Claude.

Éste dice que no.

Sin saber de dónde vendría el primer golpe, sabía que el cerco comenzaba a estrecharse. Sus diversas cuentas bancarias pronto iban a quedar en descubierto, y no tenía ninguna esperanza de poder arreglarlo. Hablaban de él, se la tenían jurada. Un tipo se paseaba por Ferney amenazando con romperle la crisma. Había manos que hojeaban anuarios. La mirada de Florence había cambiado. Jean-Claude tenía miedo. Llamó a Corinne. Ella acababa de romper con el dentista que no se dejaba manejar como un pelele, y estaba deprimida. Unos meses antes, eso a Jean-Claude le hubiera devuelto la esperanza. Ahora no cambiaba mucho las cosas, pero se comportaba como el rey de ajedrez que, amenazado por todas partes, sólo tiene una casilla libre: objetivamente, la partida está perdida, habría que abandonar, pero no obstante ocupa esa casilla, aunque sólo sea para ver cómo va a capturarlo el contrincante. Ese mismo día, tomó el avión a París y llevó a Corinne a cenar al restaurante Michel Rostang, donde le regaló un portarretratos en veta de olmo y un portacartas de cuero comprados en Lancel por 2120 francos. Durante dos horas, en el círculo de luz suave que aislaba su mesa, se sintió a salvo. Interpretó al doctor Romand pensando que era la última vez, pero que pronto estaría muerto y que ya nada tenía importancia. Al final de la cena, Corinne le dijo que esta vez había decidido recuperar su dinero. En lugar de buscar una escapatoria, él sacó su agenda para concertar una próxima cita con objeto de entregárselo. Al pasar las páginas, se le ocurrió una idea: estaba citado para cenar con su amigo Bernard Kouchner a primeros de año, ¿le gustaría a Corinne cenar con ellos? Por supuesto, a ella le encantaría. De preferencia un sábado.

Kouchner le había dado a elegir entre el 9 o el 16 de enero. Pues el 9, decidió Corinne, que estaba más cerca. Él habría preferido el 16, porque estaba más lejos, pero no dijo nada. La suerte estaba echada. De allí al 9 de enero estaría muerto. En el viaje de regreso, siguió estudiando su agenda, como un hombre de negocios

ocupado. Navidad no era una buena fecha, sería demasiado cruel para los niños. Caroline tenía que hacer de María y Antoine de pastor en el belén viviente de la iglesia.

Entonces, ¿justo después de Año Nuevo?

Fue a buscar a sus padres a Clairvaux para que festejasen la Navidad con ellos. En el maletero, debajo del pino, transportaba una caja de cartón llena de papeles que había recogido de su antigua habitación: cartas viejas, blocs de notas, un cuaderno con tapas de terciopelo donde, asegura, Florence le había escrito poemas de amor en el momento en que se prometieron. Los quemó en el fondo del jardín, junto con otras cajas que estaban en el desván y contenían sus libretas personales.

Dice que en el curso de los años había llenado, sin tomarse realmente la molestia de esconderlas, decenas de libretas con textos más o menos autobiográficos, que revestían la apariencia de ficción para desorientar a Florence si ella los encontraba, y que al mismo tiempo se aproximaban a la verdad lo suficiente para equivaler a una confesión. Pero ella no los encontró nunca, o no tuvo la curiosidad de abrirlos, o nunca se lo dijo a él, o bien, como última hipótesis, esas libretas no existían.

Dice también que quería dejar un mensaje para que Florence lo descubriera después de su muerte, y que en esos días que median entre Navidad y Año Nuevo no paró de hacer borradores. De cartas, pero también de cintas que grababa, solo en su coche, en un pequeño magnetofón: «Perdón, no soy digno de vivir, te he mentido pero mi amor por ti y los niños no era una mentira…» No pudo.

«Cada vez que empezaba, me ponía en su lugar leyendo o escuchando eso y…»

Se atraganta, baja la cabeza.

La última semana se sentía pesado, cansado. Se adormilaba en el sofá, en el coche, a cualquier hora. Los oídos le zumbaban como si estuviese en el fondo del mar. Le dolía el cerebro, hubiese querido poder extraerlo de su cráneo y llevarlo a lavar. Al volver de Estrasburgo, donde habían celebrado el día de San Silvestre en casa de unos amigos médicos, Florence hizo la colada y él se quedó en el cuarto de baño, donde estaba la lavadora, mirando a través de la portilla la ropa blanca que se retorcía blandamente en el agua muy caliente. Había camisas y ropa interior suyas, impregnadas de su sudor malsano, había las de Florence y los niños, las camisetas, los pijamas estampados de animales de dibujos animados, los pequeños calcetines de Antoine y de Caroline, que eran difíciles de distinguir a la hora de separarlos. Las ropas, la respiración mezcladas de los cuatro, bajo el techo bien aislado que les abrigaba de la noche de invierno… Hubiera sido agradable volver juntos un primero de año, una familia unida en el Renault Espace que ronroneaba sobre la carretera nevada; llegar tarde, llevar a su cuarto a los niños dormidos, ayudarles a desvestirse y ¡hala, a la cama!; buscar en las bolsas el conejo de peluche con el que a Antoine le gustaba dormir y descubrir con alivio que no se lo habían olvidado, como temían, en Estrasburgo; oír a Florence bromear allí arriba mientras se quitaba el maquillaje: de buena te has librado, estás como para volver a buscarlo; ser el último que se quedaba levantado en el cuarto de baño que separaba la habitación en que dormían los niños del dormitorio en que Florence le esperaba debajo del edredón.

Con la cabeza ladeada para que no le molestase la luz, ella le tendería la mano mientras él leía.

Habría sido dulce y cálida, aquella vida en familia. Ellos creían que lo era. Pero él sabía que estaba podrida por dentro, que ni un solo instante, ni un gesto, ni siquiera el sueño de los cuatro

escapaban a la podredumbre. Había crecido en el interior de Jean-Claude, poco a poco lo había devorado todo desde dentro sin que desde fuera se viese nada, y ahora no quedaba nada más que hacer, no quedaba más que la ponzoña que iba a reventar la cáscara y mostrarse a plena luz. Iban a encontrarse desnudos, indefensos, en el frío y el horror, y en eso consistiría la única realidad. Era ya, aunque no lo supiesen, la única realidad. Entornaba la puerta y se acercaba de puntillas a los niños. Dormían.

Les miraba dormir. No podía hacerles eso. No podían saber que era él, su papá, el que les hacía aquello.

Pasaron el domingo en el Grand Tétras, el chalé en el alto de la Faucille adonde iban a menudo.

Muy buena esquiadora, Florence se llevó a los niños. Vigilados por ella, esquiaban prácticamente por cualquier parte. Él se quedó a leer en la sala del restaurante donde se reunieron todos para la comida. Antoine contó con orgullo que había esquiado en una pista roja y que en un momento dado, en una curva difícil, había estado a punto de caerse, pero había mantenido el equilibrio. Los niños tenían permiso para pedir platos enormes de patatas fritas con ketchup: era uno de los motivos por los que adoraban el Grand Tétras. En el automóvil, de camino hacia allí, repetían como una cantinela: «¿Podremos comer patatas? ¿Podremos comer patatas?» Florence les decía que sí y ellos añadían: «¿Podremos comer muchas? ¿Podremos tomar dos platos cada uno? ¿Tres platos?»

El lunes por la mañana, su madre le telefoneó, muy inquieta. Acababa de recibir del banco un extracto que indicaba un descubierto de cuarenta mil francos. Era la primera vez que sucedía, no se había atrevido a decírselo a su marido, para que no se atormentase. Él dijo que iba a solucionarlo, a hacer un ingreso, y ella colgó tranquilizada, como siempre después de haber hablado con su hijo. (La carta en que le notificaban la inhabilitación bancaria llegó la semana siguiente.) Sacó de la biblioteca su ejemplar del libro de Bernard Kouchner *La infelicidad de los demás*, dedicado durante una sesión de firmas en una librería de Ginebra («A Jean-Claude, mi colega de corazón y de la OMS. Bernard»), y luego fue en coche hasta el aeropuerto de Cointrin, compró un frasco de perfume y tomó el avión a París de las 12.15.

Una vez a bordo, donde reconoció entre los pasajeros al ministro Jacques Barrot, escribió una breve carta a Corinne («… Tengo que tomar decisiones esta semana. Me alegra pasar la velada del sábado contigo. Será quizá un adiós o una nueva prórroga: tú decidirás») y buscó en el libro de Kouchner un pasaje que le había impresionado, sobre el suicidio de un amigo de la juventud. El amigo era anestesista. Mientras absorbía, en un orden meticulosamente establecido, los productos componentes de un cóctel letal imparable, había telefoneado a una mujer querida para tenerla al corriente, minuto a minuto, de los avances de su agonía. Ella sólo tenía una línea telefónica y sabía que si colgaba para llamar al servicio de urgencias él se inyectaría al instante la dosis fatal. Tuvo que seguir su muerte en directo.

Confiando en que Corinne la leería y comprendería, deslizó la carta dentro de esa página y dejó el libro y el perfume en su consulta. Es lo único que recuerda de su paso por París y, a juzgar por los trayectos de taxi, apenas tuvo tiempo de hacer otra cosa, pues volvió en el avión de las 16.30 para llegar antes del cierre a una cita con su mecánico en Ferney. Tras la venta del BMW, había alquilado un R 21 y luego el Espace con el que consideraba, en sus propias palabras, «haber rodado a fondo».

Quería otro coche. Al cabo de algunas vacilaciones, se decidió por un BMW verde metalizado, provisto de numerosos accesorios opcionales, y al volante de este automóvil volvió a casa.

No fue a trabajar el martes. Florence y él fueron de compras a Ferney. Ella le insistía en que se comprase un traje nuevo, y él se dejó tentar por una parka de 3200 francos. A la dependienta le pareció que tenían el aspecto de una pareja bien avenida que dispone de tiempo y de dinero. Fueron a recoger a los niños a la escuela, así como a Sophie Ladmiral, que iba a dormir en su casa.

Florence les llevó a los tres a merendar, tras haber dejado a Jean-Claude en la farmacia Cottin.

Había pasado la mañana estudiando *Suicidio, instrucciones* y el diccionario Vidal de medicamentos, excluyendo los que provocan una muerte instantánea —sales de cianuro, curarizantes—, para optar por barbitúricos de rápido pico seroso, que, completados por un antiemético, estaban recomendados para un adormecimiento

confortable. Explicó a Cottin que los necesitaba para sus investigaciones sobre los cultivos celulares. A Cottin hubiera podido extrañarle que un investigador comprase en la farmacia productos que normalmente le suministra su laboratorio, pero no se sorprendió. Como profesionales del mismo gremio, examinaron juntos las microfichas y Romand escogió dos barbitúricos, a los cuales, para mayor seguridad, Cottin propuso agregar una solución que prepararía él mismo, a base de fenobarbital. La mezcla estaría lista para el viernes, ¿le iba bien? Jean-Claude asintió.

Esa noche, con su ahijada Sophie sentada en sus rodillas, leyó un cuento a los tres niños. Como no había clase la mañana del miércoles y habían tenido mucho ajetreo la víspera, se levantaron tarde y jugaron en pijama hasta la hora de la comida. Él se fue a Lyon. A las 14.08 retiró mil francos del cajero BNP de la plaza Bellecour, y otros mil a las 14.45. Entre las dos operaciones, dice que dio un billete de quinientos francos a un mendigo que vivía en la calle. Después, en una armería, compró un artefacto eléctrico capaz de neutralizar a un agresor, dos bombas lacrimógenas, una caja de cartuchos y un silenciador para una carabina del 22 largo.

—O sea que no solamente pensaba en suicidarse —destacó la presidenta—. Vivía con su esposa y sus hijos pensando que iba a matarlos.

—Esa idea surgió…, pero al momento la encubrían otros falsos proyectos, otras ideas falsas. Era como si no existiese… Yo hacía como si… Me decía que estaba haciendo otra cosa, que era por otro motivo, y al mismo tiempo…, al mismo tiempo compraba las balas que iban a atravesar el corazón de mis hijos…

Solloza.

Hizo que le embalaran dos paquetes de regalo, explicándose a sí mismo que el material de autodefensa era para Corinne, que tenía miedo al volver a su casa de noche, y los cartuchos y el silenciador para su padre, que, casi ciego, hacía años que ya no podía servirse de su carabina.

Mientras él hacía estas compras, Florence había invitado a tomar el té a dos amigas, madres de alumnos como ella. No les hizo ninguna confidencia pero, con un motivo del que ellas no se acuerdan, les enseñó la foto enmarcada de un niño de seis o siete años que había en la repisa de la chimenea, y dijo: «Fijaos qué

monada. Fijaos en la mirada. Esa mirada no puede esconder nada malo». Algo pasmadas, las dos mujeres se acercaron a la foto y reconocieron que, en efecto, Jean-Claude de niño era una monada. Florence se puso a hablar de otra cosa.

Todos los jueves, día de su clase en Dijon, salía temprano para tener tiempo de pasar por Clairvaux a ver a sus padres. El médico de cabecera de los padres, con quien se encontró delante de la casa, le ayudó a descargar del coche una caja de cartón con agua mineral que había comprado para ellos. Volvió a repasar, en su antigua habitación, viejos cursos de toxicología y le repitió a su madre palabras tranquilizadoras acerca de su situación bancaria. El fiscal se preguntó si la finalidad real de la visita no era coger la carabina de su padre, para la cual, la víspera, había comprado municiones y un silenciador, pero él dijo que no: se la había llevado a Prévessin el verano anterior para practicar el tiro al blanco en el jardín (no hay testimonios de este pasatiempo). En el trayecto de regreso, telefoneó a Corinne y le recordó encarecidamente la cena con Kouchner el sábado.

Luego pasó por la casa de los Ladmiral para entregarles un par de zapatillas que Sophie había olvidado en la de ellos. Dijo que esperaba ver a Luc y confesarle la verdad, que consideraba que aquella visita era su última oportunidad y que por desgracia se encontró con Cécile, desbordada: una amiga suya acababa de dar a luz y tenía que cuidar a sus hijos. Él sabía que a las cinco de la tarde Luc no estaba nunca en casa, sino en la consulta, pero no fue a verle allí. Esa noche, como siempre hacía, telefoneó a sus padres para desearles buenas noches.

El viernes llevó a los niños a la escuela, compró periódicos y cruasanes, aguardó con un vecino, que le vio sonriente, a que abrieran la farmacia. Recogió sus frascos de barbitúricos y un paquete de chicles presuntamente beneficiosos para los dientes, y luego se reunió con Florence en la floristería de Ferney. Enviaron a la mujer que acababa de dar a luz una azalea acompañada de una nota que firmaron los dos. Mientras ella corría a su curso de pintura sobre porcelana, él fue al supermercado Continente y compró dos bidones y un objeto que, según el ticket de caja, costaba cuarenta francos. (La acusación estableció que por ese precio se podía

comprar un rodillo de repostería. Jean-Claude cree recordar una barra metálica destinada a reemplazar un barrote de escalera roto, pero no encontraron ni la barra ni la escalera rota.) Llenó los bidones de gasolina en la gasolinera de Continente. Al volver a casa para la comida, se encontró con una invitada, una joven rubia y distendida que era la maestra de Caroline. La conversación versaba sobre una obrita de teatro que ella quería que representaran sus alumnos, y sobre el modo de conseguir grandes cantidades de vendas para que se disfrazaran de momias. Siempre servicial, él dijo que podía obtener todas las que quisiera en el hospital de Ginebra, y prometió conseguirlas. Como los niños estaban invitados al día siguiente a una merienda de cumpleaños de su amiga Nina, hija de un diplomático africano, había que comprar un regalo. Toda la familia, a la salida de la escuela, fue a escoger una caja de Lego en un centro comercial de Suiza. Cenaron en la cafetería y volvieron temprano. Antoine y Caroline, en pijama, hicieron dibujos para acompañar el regalo. En cuanto estuvieron acostados, Florence mantuvo una larga conversación telefónica con su madre, dolida por no haber sido invitada a la boda de una prima. Se quejaba amargamente de ser viuda, de envejecer, del abandono en que la tenían sus hijos. Su tristeza contagió a Florence, que, tras haber colgado, se echó a llorar. Jean-Claude se sentó a su lado en el sofá. Para él es la última imagen. Está sentado junto a Florence, la estrecha en sus brazos, intenta consolarla.

—No me acuerdo —dice— de sus últimas palabras.

En la autopsia se hallaron 0,20 gramos de alcohol en la sangre de Florence, lo que implica que, si tuvo una noche completa de sueño, se habría dormido en un estado casi de embriaguez. Ahora bien, ella no bebía nunca: como mucho un vaso de vino en las comidas, y sólo en las grandes ocasiones. Cabe imaginar una disputa que empieza con estas palabras: «Sé que me mientes». Él se escabulle, ella insiste: ¿por qué le ha dicho que votó en contra de la destitución del director? ¿Por qué no figura en el anuario de la OMS? La conversación se vuelve tormentosa, ella bebe un trago para calmarse y después otro y luego un tercero. Con la ayuda del alcohol, al que no está acostumbrada, acaba durmiéndose. Él permanece despierto, pasa la noche preguntándose cómo salir del atolladero y, por la mañana, le aplasta el cráneo a Florence.

Cuando le sugieren esta secuencia, responde:

—Si hubiera habido una pelea conyugal, ¿por qué ocultarla? No me sentiría menos culpable, pero sería una explicación…, sería quizá más aceptable… No puedo asegurar que no se produjo una discusión, pero no me acuerdo. Me acuerdo de las demás escenas de asesinato, que son igualmente horribles, pero no de ésa. Soy incapaz de decir lo que pasó entre el momento en que consolaba a Florence en el sofá y el momento en que me desperté con el rodillo de repostería manchado de sangre en las manos.

La acusación pretendía que él lo había comprado la víspera en el supermercado; él dice que anduvo buscando por el cuarto donde los niños lo habían usado para aplanar pasta de modelar.

Después de haberlo utilizado, lo lavó concienzudamente en el cuarto de baño para que no quedase ninguna huella de sangre visible a primera vista, y lo volvió a colocar en su sitio.

Sonó el teléfono. Lo descolgó en el cuarto de baño. Era una amiga, psicóloga en Prévessin, que quería saber si Florence amenizaría con ella la misa del catecismo la noche de ese sábado. Él le contestó que no, que probablemente no, porque tenían pensado pasar la noche en casa de sus padres en el Jura. Se disculpó por hablarle en voz baja: los niños dormían y Florence también. Se brindó a despertarla si era algo urgente, pero la psicóloga dijo que no se molestara: se ocuparía de la misa ella sola.

El timbre había despertado a los niños, que irrumpieron en el cuarto de baño. Siempre les costaba menos levantarse los días en que no tenían clase. A ellos también les dijo que mamá seguía durmiendo y los tres bajaron al salón. Puso en marcha el vídeo de *Los tres cerditos*, preparó cuencos de choco-pops con leche. Se acomodaron en el sofá para ver la película de dibujos animados mientras tomaban los cereales, y Jean-Claude con ellos.

—Sabía, después de haber matado a Florence, que también iba a matar a Antoine y a Caroline, y que aquel momento, delante de la televisión, era el último que pasábamos juntos. Les hice mimos. Debí de decirles palabras tiernas, como: «Os quiero». Lo hacía a menudo, y ellos correspondían muchas veces con dibujos. Incluso Antoine, que todavía no escribía bien, sabía escribir: «Te quiero».

Un silencio muy largo. La presidenta, con la voz alterada,

propuso una suspensión de cinco minutos, pero Romand negó con la cabeza, se le oyó tragar saliva antes de continuar:

—Estuvimos así como una media hora… Caroline vio que yo tenía frío y quiso subir a buscar mi bata… Yo dije que a ellos les notaba calientes, que quizá tuviesen fiebre, y que iba a ponerles el termómetro. Caroline subió conmigo y la hice tumbarse en la cama… Fui a buscar la carabina…

La escena del perro se reprodujo. Empezó a temblar, su cuerpo se derrumbó. Se arrojó al suelo.

No se le veía, los gendarmes estaban inclinados sobre él. Con una voz aguda de niño pequeño, gimió: «¡Mi papá! ¡Mi papá!» Una mujer salió de entre el público, corrió hacia el banquillo y comenzó a dar golpecitos en el cristal, suplicando: «¡Jean-Claude! ¡Jean-Claude!», como una madre. Nadie tuvo ánimos para retirarla.

—¿Qué le dijo a Caroline? —continuó la presidenta, al cabo de una suspensión de media hora.

—Ya no lo sé… Se tumbó sobre el vientre… Entonces disparé.

—Valor…

—Ya he debido de decírselo al juez de instrucción, muchas veces, pero aquí…, aquí, están ellos… —Sollozo—. Disparé un primer tiro a Caroline…, tenía una almohada encima de la cabeza…, debí de hacer como si fuese un juego… —Gime, con los ojos cerrados—. Disparé… Dejé la carabina en algún sitio del cuarto…, llamé a Antoine…, y volví a empezar.

—Tal vez sea necesario que le ayude un poco, porque el jurado necesita detalles y usted no es lo bastante preciso.

—… Caroline, cuando nació, fue el día más hermoso de mi vida… Era preciosa… —Gemido—… En mis brazos…, para su primer baño… —Espasmo—. Soy yo el que la mató… Soy yo el que la mató.

Los gendarmes le sujetan por los brazos, con una suavidad espantada.

—¿No cree usted que Antoine pudo oír los disparos? ¿Había puesto el silenciador? ¿Le llamó con el mismo pretexto? ¿Para ponerle el termómetro? ¿A él no le pareció raro?

—No tengo una imagen de ese momento concreto. Eran todavía ellos, pero aquélla no podía ser Caroline…, aquél no podía ser

Antoine…

—¿No se acercó él a la cama de Caroline? Usted la había tapado con el edredón para que no sospechara nada…

Romand solloza.

—Usted le dijo al juez instructor que quiso obligar a Antoine a que bebiera fenobarbital diluido en un vaso de agua, pero que él se negó diciendo que sabía mal…

—Era más bien una deducción… No tengo una imagen de Antoine diciendo que sabía mal.

—¿Ninguna otra explicación?

—Quizá yo quería que estuviese ya dormido.

El fiscal intervino:

—A continuación salió usted a comprar *L'Équipe* y *Le Dauphiné libéré*, y la mujer del quiosco le vio un aspecto totalmente normal. ¿Era para hacer como si no pasara nada, como si la vida continuase?

—No pude comprar *L'Équipe*. No lo leo nunca.

—Unos vecinos le vieron cruzar la calle para abrir su buzón del correo.

—¿No lo haría para negar la realidad, para hacer como si tal cosa?

—¿Por qué empaquetó y limpió con cuidado la carabina, antes de salir hacia Clairvaux?

—En realidad, para matarles, por supuesto, pero debí de decirme que era para devolvérsela a mi padre.

Acostumbrado a que el labrador de sus padres le manchase la ropa con sus cabriolas de recibimiento, se puso una chaqueta vieja y unos tejanos, pero colgó en la percha del coche un traje de calle en previsión de la cena en París. Metió en su bolsa una camisa de repuesto y su neceser de aseo.

No se acuerda del trayecto.

Se acuerda de que aparcó delante de la estatua de la Virgen que su padre cuidaba y adornaba con flores todas las semanas. Vuelve a ver a su padre abriendo el pórtico. Después no tiene más imágenes hasta el momento de su muerte.

Sabe que comieron los tres juntos. Había cubiertos encima de la

mesa cuando el tío Claude entró en la casa, dos días después, y la autopsia reveló que los estómagos de Aimé y Anne-Marie estaban llenos. ¿Comió Jean-Claude? ¿Insistió su madre en que comiera? ¿De qué hablaron?

Había hecho subir a sus hijos al piso de arriba, por turnos, uno después de otro, e hizo lo mismo con sus padres. Primero el padre, a quien condujo a su cuarto antiguo so pretexto de examinar con él una manga de ventilación que despedía malos olores. A no ser que lo hubiese hecho al llegar, debió de subir la escalera con la carabina en la mano. El armero no estaba arriba, y quizás anunció que iba a tirar al blanco desde la ventana que daba al jardín; lo más probable es que no dijese nada. ¿Por qué Aimé Romand habría de alarmarse al ver a su hijo transportar la carabina que había ido a comprar con él el día en que cumplió dieciséis años? El anciano, que no podía encorvarse debido a problemas lumbares, debió de arrodillarse para mostrarle la manga defectuosa, a la altura del zócalo. Entonces recibió las dos balas en la espalda. Cayó hacia delante. Su hijo le cubrió con una colcha de pana de canutillo, de color poso de vino, la misma que estaba allí desde su infancia.

Acto seguido fue en busca de su madre. Ella no había oído los disparos, hechos con silenciador.

La hizo subir al salón que no usaban. Ella fue la única que recibió los balazos de frente. Él debió de intentar, enseñándole algo, que le diera la espalda. ¿Se dio la vuelta antes de lo previsto para ver a su hijo apuntar con el arma hacia ella? ¿Dijo: «Jean-Claude, ¿qué me pasa?», o dijo: «¿Qué te pasa?», tal como él recordaba durante uno de los interrogatorios, para más tarde decir que no se acordaba ya y que lo sabía únicamente por el sumario? De la misma manera insegura, al tratar, como nosotros, de reconstruir los hechos, dijo que la madre, al caer, había perdido su dentadura postiza, y que él se la puso antes de taparla con una colcha verde. El perro, que había subido con la madre, corría de un cuerpo al otro sin comprender, lanzando pequeños gemidos. «Pensé que Caroline tenía que tenerlo a su lado», dijo. «Ella le adoraba». Él también adoraba al animal, hasta el punto de llevar su foto permanentemente en la cartera. Tras haberlo abatido, lo cubrió con un edredón azul.

Bajó a la planta baja con la carabina, la lavó con agua fría,

porque la sangre se quita mejor con agua fría, y luego la colocó en el armero. Se quitó los tejanos y la chaqueta vieja y se puso el traje, pero no se cambió de camisa: transpiraba, sería mejor cambiársela al llegar a París. Telefoneó a Corinne y quedaron en verse en la iglesia de Auteuil, adonde ella llevaría a sus hijas para la misa de consagración de medallas. Cerró cuidadosamente la casa y emprendió el viaje por carretera hacia las dos de la tarde.

—Al marcharme de Clairvaux, hice lo que solía hacer siempre: me volví para mirar el pórtico y la casa. Lo hacía siempre porque mis padres eran mayores y estaban enfermos, y me decía que quizá fuese la última vez que les veía.

Como había dicho a Corinne que haría lo posible por asistir a la misa con ella y sus hijas, durante el viaje no paró de mirar su reloj y el número de kilómetros que faltaban para París.

Recuerda que antes de entrar en la autopista, en la carretera comarcal de Lons-le-Saunier, donde hay muchos badenes, condujo imprudentemente, lo que nunca hacía. Era sábado por la tarde: se impacientó en el peaje, donde la fila avanzaba lentamente, y luego en el periférico[5]. Pensaba que tardaría un cuarto de hora entre la puerta de Orléans y la puerta de Auteuil, pero tardó tres.

La misa no se celebraba en la nave de la iglesia, sino en una capilla subterránea cuya entrada le costó encontrar. Como llegó tarde, permaneció al fondo y no fue a comulgar: de eso estaba seguro, porque si hubiese comulgado, a continuación se habría ido a sentar al lado de Corinne. En vez de eso, salió el primero y las esperó fuera. Besó a las dos niñas, a las que no había visto desde hacía más de un año, y subieron los cuatro a casa de Corinne. Romand charló con la canguro. Mientras su madre se maquillaba y se cambiaba, Léa y Chloé le enseñaron los regalos que habían recibido en Navidad. Cuando Corinne apareció, llevaba un traje sastre de color rosa y el anillo que él le había regalado para hacerse perdonar su primera declaración. En el periférico, que cogieron en sentido inverso, ella le pidió el dinero. Él se disculpó por no haber tenido tiempo de pasar por Ginebra, pero iría sin falta el lunes por la mañana y luego tomaría el avión de las 12.15, y ella lo tendría a primera hora de la tarde. Corinne se mostró algo contrariada, pero la perspectiva de la brillante cena que les esperaba la distrajo.

Dejaron la autopista en Fontainebleau y, a partir de allí, ella le guió con la ayuda de un mapa sobre el cual él había, al azar, marcado con una cruz el lugar en que estaba la casa de Kouchner. Buscaban «una carretera pequeña a la izquierda». El mapa no era muy detallado, lo que justificaba que al principio les hubiese costado orientarse. Al cabo de una hora de dar vueltas en redondo por el bosque, Jean-Claude se detuvo para buscar en el maletero un papel en el que había apuntado el número de teléfono de Kouchner, pero no lo encontró. Corinne empezaba a inquietarse por el retraso, pero él la tranquilizó: otros invitados, también investigadores, debían desplazarse desde Ginebra, y no llegarían antes de las 22.30. Para entretenerla, se puso a hablarle de su próximo traslado a París, de que finalmente había aceptado asumir la dirección del INSERM, del apartamento inherente al cargo en Saint-Germain-des-Prés. Le describió la distribución del piso, precisando que tenía intención de habitarlo solo. La noche anterior, Florence y él habían mantenido una larga charla sobre el rumbo de sus vidas respectivas y, de común acuerdo, habían decidido que lo mejor sería hacerlo así. Lo más duro, suspiraba, sería no ver a los niños todos los días. Debían de estar en casa de su abuela en Annecy, habían pasado la tarde en un cumpleaños… Corinne se impacientaba. Le dijo que él no pensaba más que en ganar tiempo y en encontrar un motivo verosímil para anular la cena. Jean-Claude se detuvo de nuevo en una zona de picnic y resolvió poner patas arriba el maletero hasta encontrar el número de Kouchner. Pasó unos minutos rebuscando dentro de viejas cajas de cartón que contenían libros, revistas, pero también una cinta de vídeo en la que había filmado con su cámara imágenes de su viaje juntos a Leningrado, dos años antes. Una simple ojeada a Corinne, cada vez más crispada en el asiento delantero del coche, bastó para convencerle de que no era el momento de rememorar aquellos tiernos recuerdos. Volvió, corrido, diciendo que no encontraba el papel. Había encontrado, en cambio, un collar que tenía intención de regalarle. Corinne se encogió de hombros: aquello no tenía sentido. Pero él insistió y, finalmente, la persuadió de que se lo pusiera, al menos aquella noche. Ella bajó del coche para que él pudiese ponérselo, del mismo modo que le ponía todas las joyas que le regalaba: pidiéndole que cerrara los ojos.

Ella notó primero, en la cara y en el cuello, la quemadura espumosa de la bomba lacrimógena.

Entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos de golpe porque aquello quemaba todavía más y, mientras él seguía rociándola, ella empezó a debatirse, a luchar con todas sus fuerzas contra él, de suerte que Jean-Claude tuvo la impresión de que era ella la que le agredía. Rodaron por el suelo a un costado del vehículo. Una barra cilíndrica y dura lanzaba descargas eléctricas contra el vientre de Corinne: era el artilugio defensivo con que Jean-Claude tenía intención de obsequiarla. Convencida de que iba a morir, ella gritó: «¡No quiero! ¡No me mates! ¡Piensa en Léa y Chloé!», y abrió los ojos.

Cruzar la mirada con la de Jean-Claude le salvó la vida. De pronto, todo cesó.

Él estaba frente a ella, desconcertado, con el rostro descompuesto y las manos extendidas: ya no era el gesto de un asesino, sino más bien el de un hombre que intenta sosegar a una persona que sufre una crisis de nervios.

—Pero, Corinne —repetía suavemente—, pero, Corinne…, cálmate…

La hizo sentarse en el coche y los dos se repusieron como si acabaran de escapar del ataque de un tercero. Se enjugaron la cara con servilletas de papel y agua mineral. Jean-Claude debía de haberse asperjado él mismo con la bomba, porque también tenía la piel y los ojos irritados. Al cabo de un momento, ella le preguntó si de todos modos irían a cenar a casa de Kouchner. Decidieron no hacerlo y él arrancó el coche, salió de la zona de picnic y, a poca velocidad, al entrar en la carretera tomó la dirección opuesta. Lo que acababa de suceder resultaba tan incomprensible para él como para ella y, en el estado de estupor en que Corinne se hallaba, poco faltó para que se dejara convencer de que era ella la que había empezado. Pero logró resistirse. Ella le explicó pacientemente que no, que había empezado él. Le contó cómo había sucedido. Él la escuchaba moviendo la cabeza, espantado.

En el primer pueblo, Jean-Claude quiso telefonear a Kouchner para disculparse, y a ella ni siquiera le extrañó que ahora él tuviese el número. Se quedó en el coche, cuya llave de contacto, maquinalmente o no, él se había guardado en el bolsillo antes de dirigirse hacia la cabina telefónica.

Corinne le observó hablar o fingir que hablaba bajo el alumbrado de neón. El juez trató de averiguar si había marcado el número: Jean-Claude no se acuerda, pero cree que quizá llamó a su propia casa, en Prévessin, y oyó el anuncio del contestador.

Cuando volvió al coche, ella le preguntó si había recogido el collar y él le respondió que no, pero que no tenía importancia: había guardado la factura y el seguro se lo pagaría. Ella se percató de que en ningún momento había visto el collar, y de que, en cambio, sí había visto, caído en las hojas muertas al lado del coche, un cordón de plástico flexible que parecía hecho ex profeso para estrangular a alguien. Durante todo el trayecto de regreso, que duró más de dos horas, porque él conducía muy despacio, ella tuvo miedo de que volviese a asaltarle su furor homicida y, para distraerle a su vez, le habló como una amiga afectuosa y al mismo tiempo como una profesional de la psicología. Él culpó a su enfermedad. El cáncer no se contentaba con matarle, sino que le enloquecía. Con frecuencia, en los últimos tiempos, había sufrido momentos de amnesia, lagunas en blanco de las que no conservaba el menor recuerdo. Lloraba. Ella movía la cabeza con un aire adecuado y comprensivo, pero en realidad estaba muerta de miedo. Era absolutamente preciso, le decía, que le viese alguien. ¿Quién? ¿Un psiquiatra? Sí, un psicoterapeuta, ella podría recomendarle gente muy buena. O bien él podía consultar a Kouchner. Era un amigo cercano, Jean-Claude se lo había dicho muchas veces, un hombre profundamente sensible y humano, sería una buena idea que le hablase de todo lo ocurrido. Llegó a proponerle que ella misma llamaría a Kouchner para explicárselo, sin dramatizar. Sí, aprobaba él, era una buena idea. Aquella conjura cariñosa de Kouchner y de Corinne para salvarle de sus demonios le conmovió hasta las lágrimas. Rompió a llorar de nuevo, y ella también. Lloraban los dos cuando él la dejó en el portal de su casa, a la una de la mañana. Le hizo prometer que no se lo diría a nadie, y ella le pidió que prometiera que recuperaría su dinero, todo su dinero, el lunes. Cinco minutos después, él la telefoneó desde una cabina desde donde veía las ventanas encendidas de su apartamento:

—Prométeme —le dijo— que no creerás que ha sido premeditado. Si hubiese querido matarte, lo habría hecho en tu casa, y habría matado también a tus hijas.

El sol había despuntado cuando llegó a Prevéssin. Había descabezado un sueño en una zona de descanso, en las cercanías de Dijon, porque la fatiga le impulsaba a pisar la línea blanca y temió sufrir un accidente. Aparcó delante de la casa, cuyos postigos había cerrado antes de marcharse. El interior estaba caldeado y el salón un poco desordenado, pero de una forma acogedora, como lo habrían encontrado al volver de un fin de semana en Clairvaux o en el alto de la Faucille. Los dibujos que los niños habían hecho para el cumpleaños de Nina estaban revueltos encima de la mesa, así como las coronas del roscón de reyes. El pino había perdido la mayor parte de sus agujas, pero ellos protestaban cada vez que él hablaba de tirarlo, reclamaban más tiempo, era un pequeño juego ritual que el año anterior habían conseguido que durase hasta mediados de febrero. Como hacía siempre al volver a casa, pasó la página del calendario y consultó el contestador. O bien no había mensajes o bien él los borró. Se adormeció un rato encima del sofá.

Hacia las once, tuvo miedo de que al ver el coche algún amigo tuviese la idea de visitarles de improviso, y salió para dejarlo en el aparcamiento del centro de Prévessin. Sin duda fue en ese momento cuando escribió, al dorso de un sobre, la nota que tanto intrigó a los investigadores. Al volver, se cruzó con Cottin y se saludaron. El farmacéutico le preguntó si hacía jogging. Un paseíto, respondió Jean-Claude. Adiós, buen domingo.

Disponemos de dos elementos para reconstruir el resto de ese día.

El primero es un vídeo que puso en marcha en el magnetoscopio, en lugar de *Los tres cerditos*.

Durante ciento ochenta minutos, grabó encima fragmentos de programas emitidos por la decena de cadenas que captaba por vía satélite: variedades y deportes, lo habitual de una tarde televisiva de domingo, pero cortados por un zapping frenético, un segundo en una cadena, dos segundos en otra.

El conjunto constituye un caos tétrico e insoportable que los investigadores, sin embargo, se obligaron a ver. Llevaron su celo hasta el extremo de identificar cada una de las micro secuencias y, visionando los programas de cada una de las cadenas emisoras, establecer la hora exacta de la grabación. De ello se deduce que

permaneció sentado en el sofá, jugando con el mando a distancia, desde las 13.10 a las 16.10, pero también que, cuando empezó a grabar, el vídeo estaba en la mitad de su metraje. Al llegar al final, tuvo buen cuidado de rebobinarlo y grabar encima de toda la primera parte, zappineando, lo que parece indicar que quería borrar una grabación anterior. Como dijo que no se acordaba de nada a ese respecto, sólo podemos hacer conjeturas. La más probable es que se tratase de imágenes de Florence y los niños: vacaciones, cumpleaños, felicidad familiar. No obstante, durante un interrogatorio referente a sus compras en los sex-shops y los vídeos pornográficos que veía a veces, según él, con su mujer, añade que incluso alguna vez había filmado con su propia cámara los retozos sexuales de ellos mismos. No queda rastro de la cinta, si es que existió alguna vez, y el juez se preguntó si no serían estas imágenes las que había destruido tan metódicamente el último día. Él dice que no, no lo cree.

Por otra parte, las relaciones detalladas de France Telecom muestran que entre las 16.13 y las 18.49 llamó nueve veces al número de Corinne. La duración de estas llamadas, iguales y breves, confirma que se limitó a escuchar nueve veces seguidas la voz grabada del contestador. La décima vez, ella descolgó y hablaron trece minutos. Los recuerdos de ambos sobre esta conversación coinciden. Ella había pasado un día espantoso, estaba muy trastornada, le dolían todavía las quemaduras, y él simpatizaba, comprendía, se disculpaba, hablaba de su propio estado depresivo.

En atención a este estado y a su enfermedad, ella no quería denunciarle a la policía, como habría hecho, recalcaba, cualquier persona sensata, pero era necesario que él viese urgentemente a alguien, que hablase con Kouchner o con quien quisiera, y sobre todo que cumpliera su promesa de ir a sacar, a la mañana siguiente, su dinero del banco. Él juró que iría en cuanto abrieran.

No había subido al piso de arriba desde su regreso, pero sabía lo que vería allí. Había extendido meticulosamente los edredones, pero sabía lo que había debajo. Al caer la noche, comprendió que la hora de morir, tanto tiempo postergada, había llegado. Dijo que había comenzado los preparativos acto seguido, pero se equivoca: se demoró aún un rato. Hasta antes de medianoche, y más bien, según el peritaje, hasta eso de las tres de la mañana, no esparció el

contenido de los bidones que había comprado y llenado de gasolina en el supermercado Continente, primero por el desván, luego sobre los niños, sobre Florence y por la escalera. Más tarde se desvistió y se puso el pijama. Un poco antes de las cuatro prendió fuego primero al desván, luego a la escalera, por último al cuarto de los niños, y entró en el suyo. Habría sido más seguro tomar los barbitúricos de antemano, pero debió de olvidarlos o perderlos, porque echó mano de un frasco de Nembutal que guardaba desde hacía diez años en el fondo del botiquín. En aquella época había pensado servirse del fármaco para dulcificar la agonía de uno de sus perros, pero no había sido necesario. Más tarde había pensado en tirar el frasco, porque la fecha de caducidad estaba sobrepasada con creces. Debió de pensar que de todos modos surtiría efecto y, mientras los basureros que habían advertido el incendio del tejado, durante su ronda matutina, empezaban a tamborilear abajo, él ingirió una veintena de cápsulas. Los plomos saltaron, el humo comenzaba a invadir la habitación. Empujó algunas prendas de vestir contra la parte inferior de la puerta, para aislarla, y luego quiso tumbarse al lado de Florence, quien, bajo el edredón, parecía dormida. Pero veía mal, le picaban los ojos, todavía no había prendido el fuego en la alcoba y los bomberos, cuya sirena asegura no haber oído, habían llegado ya. Como no conseguía respirar, se arrastró hasta la ventana y la abrió. Los bomberos oyeron crujir el postigo.

Desplegaron su escalera para socorrerle. Él perdió el conocimiento.

Cuando salió del coma, al principio lo negó todo. Un hombre vestido de negro, que había entrado en la casa por la fuerza, había disparado a los niños y había incendiado la vivienda. Él estaba paralizado, impotente, todo se había desarrollado ante sus ojos como una pesadilla. Cuando el juez le acusó de la carnicería en Clairvaux, él se indignó: «Uno no mata a su padre y a su madre, es el segundo mandamiento de Dios». Cuando le demostraron que no era investigador de la OMS, dijo que trabajaba de asesor científico para una sociedad denominada South Arab United no sé cuántos, sita en el Quai des Bergues de Ginebra. Lo comprobaron y no existía ninguna South Arab United no sé cuántos en el Quai des Bergues, y él cedió sobre este punto y al instante inventó otra cosa. Durante siete horas de interrogatorio, luchó contra cada una de las pruebas. Por último, ya fuese por fatiga, ya porque su abogado le hizo comprender que aquel sistema absurdo de defensa acabaría por perjudicarle, confesó.

Encomendaron a psiquiatras que le examinaran. Les sorprendió la precisión de sus palabras y su afán constante de ofrecer de sí mismo una imagen favorable. Sin duda minimizaba la dificultad de inspirar una opinión favorable de ti mismo cuando acabas de masacrar a tu familia después de haber engañado y estafado a tu entorno durante dieciocho años. Sin duda le costaba asimismo desprenderse del personaje que había interpretado durante todos esos años, porque utilizaba todavía, para granjearse simpatías, las técnicas que habían fraguado el éxito del doctor Romand: calma, mesura, una atención casi obsequiosa a las expectativas del interlocutor. Un control tan excesivo revelaba una grave confusión, porque el doctor Romand, en su estado normal, era lo bastante inteligente para comprender que la postración, la incoherencia o unos aullidos de fiera herida de muerte habrían obrado más en su

favor, en vista de las circunstancias, que aquella actitud mundana.

Creyendo que actuaba bien, no se percataba de que dejaba estupefactos a los psiquiatras al presentarles una narración perfectamente articulada de su impostura, al hablar de su mujer y sus hijos sin ninguna emoción especial, al igual que un viudo bien educado convierte en una cuestión de honor no consentir que su duelo ensombrezca a sus comensales, y no manifestando un poco de turbación, por último, más que a propósito de los somníferos que le administraban y de los que le inquietaba saber si podrían provocarle una adicción, preocupación que los psiquiatras juzgaron «fuera de lugar».

En el curso de las siguientes entrevistas, le vieron sollozar y producir signos enfáticos de sufrimiento, sin que acertaran a saber si los experimentaba de verdad o no. Tenían la inquietante sensación de hallarse delante de un robot privado de toda capacidad de sentir, pero programado para analizar estímulos exteriores y adaptar a ellos sus reacciones. Acostumbrado a funcionar de acuerdo con el programa «doctor Romand», había necesitado un tiempo de adaptación para establecer un nuevo programa, «Romand el asesino», y aprender a ponerlo en marcha.

Luc tuvo un sobresalto, dos semanas después del incendio, al abrir su buzón y reconocer en un sobre la letra del muerto en vida. Lo abrió aterrado, leyó su contenido en diagonal y al instante lo envió al juez de instrucción porque no quería que permaneciera bajo su techo. Era la carta de un loco, en la que Romand se quejaba de las sospechas monstruosas que pesaban sobre él y pedía que le buscaran un buen abogado. Pocos días antes, Luc habría tratado de creer que la verdad yacía en aquellas líneas temblorosas y no en el impresionante conjunto de pruebas reunidas por los investigadores. Pero los periódicos habían informado, después de sus negaciones, de las confesiones del asesino. Cuando llegó, la carta ya no tenía sentido.

Al regresar del entierro de Florence y los niños, Luc mandó a Jean-Claude una breve nota, diciendo que la ceremonia se había desarrollado dignamente y que habían rezado por ellos y por él.

Pronto recibió otra carta en la que el preso hablaba del «encuentro con un capellán que me ha ayudado mucho a volver a la Verdad. Pero esta realidad es tan horrible y difícil de soportar que

tengo miedo de refugiarme en un nuevo mundo imaginario y volver a perder una identidad muy precaria. El sufrimiento de haber perdido a toda mi familia y a todos mis amigos es tan grande que tengo la impresión de estar anestesiado moralmente… Gracias por vuestras plegarias. Me ayudarán a conservar la fe y a sobrellevar este duelo y esta inmensa congoja. ¡Os mando besos! ¡Os quiero!…

»Si encontráis a amigos de Florence o a miembros de su familia, pedidles perdón de mi parte».

Luc, a pesar de un impulso de piedad, pensó que aquella devoción era un refugio algo fácil. Por otro lado, ¿quién sabe? Su propia fe le prohibía juzgar. No respondió, pero dio a leer la carta a Jean-Noël Crolet, el hermano de Florence a quien mejor conocía. Los dos hombres hablaron de la carta largo y tendido, considerando que Romand hablaba mucho de sus propios sufrimientos y apenas de aquellos a quienes había «perdido». En cuanto a la última frase, a Jean-Noël le dejaba atónito.

«¿Qué se piensa? ¿Que el perdón se puede transmitir así? ¿Como si dijese: salúdales de mi parte?»

Los psiquiatras volvieron a examinarle al principio del verano: estaba en plena forma, había recuperado sus gafas, que echaba mucho de menos en los primeros tiempos, y algunos objetos personales. Espontáneamente, les explicó que había querido suicidarse el 1 de mayo, fecha de su declaración de amor a Florence, que celebraban juntos todos los años. Se había agenciado algo con que ahorcarse, esta vez resuelto a no fallar. Pero se había entretenido un poco la mañana del día fatídico, el tiempo suficiente para oír por la radio que Pierre Béregovoy acababa de suicidarse también. Molesto por haberse dejado cortar la hierba debajo de los pies, adivinando en ello una señal que exigía ser interpretada, había aplazado el cumplimiento de su proyecto y luego, tras una entrevista con el capellán —entrevista decisiva, según Romand, aun cuando hubiese pocas posibilidades de que un cura le animase a colgarse—, tomó la determinación solemne de renunciar a su propósito. A partir de aquel día, dijo que se había «condenado a vivir», para dedicar sus sufrimientos a la memoria de sus familiares.

Aun conservando, según los psiquiatras, una preocupación extrema por saber lo que pensaban de él, entró en un período de rezos y meditación, acompañada de largos ayunos preparatorios de la eucaristía. Había adelgazado veinticinco kilos y consideraba que había salido del laberinto de las falsas apariencias y que habitaba en un mundo doloroso pero «verdadero». «La verdad os hará libres», dijo Jesucristo. Y él: «No he sido nunca tan libre, la vida nunca ha sido tan hermosa. Soy un asesino, tengo la imagen más vil que pueda existir en la sociedad, pero es más fácil de soportar que los veinte años anteriores de mentiras». Después de algunos tanteos, el cambio de programa pareció tener éxito. Al personaje del investigador respetado suplanta el no menos gratificante de gran criminal en el camino de la redención mística.

Otro equipo de psiquiatras relevó al primero y formuló el mismo diagnóstico: la novela narcisista continúa en la cárcel, lo que permite a su protagonista evitar una vez más la depresión masiva con la que ha jugado al escondite durante toda su vida. Al mismo tiempo, tiene conciencia de que todo esfuerzo de comprensión por su parte se interpreta como una recuperación complaciente, y que los dados están trucados. «Le será para siempre imposible», concluye el informe, «ser percibido como auténtico, y él mismo tiene miedo de no saber nunca si lo es. Antes creíamos todo lo que decía, ahora ya no le creemos nada y él mismo no sabe qué creer, porque no tiene acceso a su propia verdad, sino que la reconstruye con ayuda de las interpretaciones que le ofrecen los psiquiatras, el juez, los medios de comunicación. En la medida en que no puede decirse que se halle actualmente en un estado de sufrimiento psíquico, parece difícil imponerle un tratamiento psicoterapéutico que él no pide, conformándose con intercambios de realidad con una visitadora. Únicamente cabe desear que acceda, incluso al precio de una depresión melancólica de la que sigue existiendo un riesgo serio, a defensas menos sistemáticas, a un mayor grado de ambivalencia y autenticidad».

Al dejar a Romand, uno de los psiquiatras dijo a su colega: «Si no estuviese en la cárcel, ¡ya habría pasado por el programa de Mireille Dumas!». **[6]**

Los Ladmiral recibieron otras cartas, por Pascua, para los

cumpleaños de los niños. No se las enseñaron. Luc, al que le inspiraban un malestar virulento, las leía muy deprisa y luego las incluía en el historial de un paciente ficticio, en la estantería más alta de su consulta, donde fue a buscarlas para mí. La última carta data de fines de diciembre: …

> Dejo que mis pensamientos y mis oraciones vuelen libremente hacia vosotros, terminarán por llegaros, aquí o en otra parte. A pesar de todo lo que nos separa, y de tus «magulladuras definitivas», que comprendo y que son legítimas, todo lo que nos acercó en el pasado nos reunirá quizá más allá del tiempo, en la comunión de los vivos y los muertos. Que Navidad, que para nosotros los cristianos es el símbolo del mundo salvado por el Verbo hecho hombre, convertido en niño, sea para todos vosotros una fuente de alegría. Os deseo mil felicidades.
>
> PD: Quizá haya sido torpe al escribiros con motivo de los cumpleaños de Sophie y Jérôme. Lo mismo que hoy, había rezado antes de tomar la pluma, y estas palabras me han sido dictadas por un impulso del corazón en comunión con Florence, Caroline y Antoine.

«Gracias por las mil felicidades que nos deseas. Unas pocas bastarían», se forzó a contestar Luc, porque era Navidad. Su correspondencia terminó aquí.

Aquel año y los dos siguientes fueron los del luto y la preparación del juicio. Los Ladmiral vivían como personas que han estado a punto de perecer en un terremoto y ya no pueden dar un paso sin aprensión. Se dice «la tierra firme», pero sabemos que es una ilusión. Nada es ya firme ni fiable. Les costó mucho tiempo poder confiar de nuevo en alguien. Los niños, como muchos de sus compañeros, fueron objeto de seguimiento por una psicóloga, la que había telefoneado justo después de la muerte de Florence para saber si asistiría a la misa vespertina. Sophie se sentía culpable: si hubiese estado allí, su presencia tal vez habría contenido a su padrino. Cécile, por su parte, pensaba que también la habría matado y agradecía al cielo que su hija no hubiese pasado la noche, como tantas otras, en casa de los Romand. Sufría bruscos accesos de llanto

al encontrar, metidas en libros, en donde las habían deslizado a modo de marcapáginas, postales de sus amigos.

No soportaba ya el baile, que a Florence y a ella les gustaba tanto. En cuanto a Luc, la perspectiva de su testimonio en el juicio le obsesionaba. Fue convocado dos veces por el juez de instrucción, en Bourg-en-Bresse. El magistrado le pareció al principio glacial, pero poco a poco se distendió y Luc intentó hacerle comprender que es fácil considerar a Romand un monstruo, cuando se conoce el desenlace de la historia, y a sus amigos un hatajo de burgueses de provincia ridículamente ingenuos, pero que antes era distinto. «Parece una idiotez decirlo, pero ¿sabe?, era un hombre profundamente amable. No cambia en nada lo que ha hecho, lo hace todavía más terrible, pero era amable». Pese a la larga duración de los interrogatorios, de ocho y diez horas, salió de ellos atenazado por la angustia de haber omitido lo esencial. Empezó a despertarse de noche para anotar los recuerdos que le asaltaban: una estancia en Italia con Jean-Claude cuando tenían dieciocho años, una conversación en torno a una barbacoa, un sueño que retrospectivamente le parecía premonitorio… El afán de construir, para enunciarlo ante el tribunal, un relato completo y coherente le indujo poco a poco a repasar su vida entera a la luz de aquella amistad que se había despeñado por un abismo y había estado a punto de despeñar con ella todo aquello en lo que Luc creía.

Su testimonio fue mal entendido y él pagó las consecuencias. En los bancos de la prensa, llegaron a compadecer al acusado por haber tenido como íntimo amigo a aquel individuo autocomplaciente, imbuido de una moral estrecha. Comprendí enseguida que Luc había empollado como para pasar un examen oral y que este examen era el más importante de su vida. Era su vida lo que iba a justificar. Tenía motivos para atiesar la nuca.

Ahora todo ha terminado. El hombre a quien fui a ver después del juicio considera que él y sus familiares «atravesaron el humo y salieron indemnes por el otro extremo». Quedan huellas, el suelo tiembla a veces, pero han recobrado la tierra firme. Mientras nosotros hablábamos, Sophie volvió del colegio y Luc continuó hablando en su presencia, sin bajar la voz, de quien había sido su padrino. Ella tenía doce años y nos escuchaba con atención y gravedad. Ella misma intervino para precisar determinados detalles

y yo pensé que era una gran victoria para aquella familia poder hablar de la tragedia libremente en lo sucesivo.

Luc, algunos días de gracia, puede rezar por el preso pero no escribirle ni visitarle. Es una cuestión de supervivencia. Piensa que ha «elegido el infierno en la tierra». Como cristiano, le turba profundamente, pero el cristianismo, dice, deja su sitio al misterio. Él se inclina. Acepta no comprenderlo todo.

Acaba de ser elegido presidente de la junta de gobierno de Saint-Vincent.

Los sacos de plástico gris continúan poblando sus sueños.

La mujer que, cuando Romand, en su segundo arrebato, relataba la muerte de sus hijos, se precipitó hacia el acusado repitiendo su nombre de pila, se llama Marie-France. Visitadora de prisión, comenzó a ver a Jean-Claude en Lyon, poco después de que él saliese del coma, y siguió visitándole todas las semanas en Bourg-en-Bresse. Fue ella quien le regaló *Una semana en la nieve*.

A primera vista, tiene el aspecto banal de una señora pequeña, vestida de azul marino, que ronda la sesentena. Al segundo vistazo, llama la atención en ella algo a la vez vivo y apacible que le hace a uno sentirse inmediatamente a gusto. Mi proyecto de escribir la historia de Jean-Claude le inspiraba una confianza que me sorprendió y que yo no estaba seguro de merecer.

A todo lo largo del relato de los asesinatos, ella no había parado de pensar en aquel otro momento terrible que para Jean-Claude había sido la serie de reconstrucciones, en diciembre de 1994. Marie-France temía que Romand no sobreviviera. Él mismo, en Prévessin, al principio se negó a apearse del furgón de la gendarmería. Finalmente entró en la casa e incluso subió al piso de arriba. En el momento de franquear la puerta de su habitación, pensaba que iba a suceder algo sobrenatural: tal vez que sería fulminado *in situ*. No pudo hacer los movimientos correspondientes a sus declaraciones. Un gendarme se tumbó en la cama y otro, armado con un rodillo de repostería, simuló que le golpeaba en diversas posturas. Jean-Claude tenía que indicar, corregir como un director de cine. Yo había visto las fotos de esas reconstrucciones, era algo siniestro y al mismo tiempo resultaba un poco guiñolesco. A continuación hubo que entrar en el cuarto de los niños, donde habían colocado en lo que quedaba de las camas dos pequeños maniquíes cubiertos con pijamas comprados para la ocasión, y cuyas facturas se incluyen en el sumario. El juez quiso que Jean-

Claude cogiese la carabina, pero él no pudo: se desvaneció. Pasó el resto de la jornada, mientras un gendarme interpretaba su personaje, sentado en una butaca de la planta baja. El piso de arriba había quedado devastado por el incendio, pero el salón estaba exactamente como al regreso de Jean-Claude de París, el domingo por la mañana, incluidos los dibujos de los niños y las coronas de los roscones de reyes. El juez hizo precintar la cinta deslizada en el magnetoscopio y la del contestador, que hizo escuchar a Romand algunos días más tarde. En ese momento le fulminó el rayo. El primer mensaje databa del verano anterior. Era la voz de Florence, muy alegre, muy tierna, que decía: «Cucú, somos nosotros, hemos llegado bien, te esperamos, sé prudente en la carretera, te queremos». Y Antoine, detrás de ella: «Un beso, papá, te quiero, te quiero, te quiero, ven pronto».

El juez, al escuchar esto y al ver cómo lo escuchaba Romand, rompió a llorar. Y luego, desde entonces, Jean-Claude ya no paraba de escuchar ese mensaje. Se repetía sin cesar esas palabras que le desgarraban el corazón y al mismo tiempo le consolaban. Han llegado bien. Me esperan. Me quieren. Tengo que ser prudente en la carretera que me lleva hacia ellos.

Como Marie-France había obtenido la autorización de verle entre las audiencias, le pregunté si estaba al corriente de esta historia de la que me había hablado su abogado: el primer día del juicio, se habría acordado, en una especie de iluminación, de la verdadera razón de su espantada inicial.

—¡Ah, sí! Abad no quiso que Jean-Claude lo dijera porque no estaba en el sumario y porque, en su opinión, hubiese indispuesto al jurado. Pienso que se equivocaba, era importante que lo supiera.

La mañana en que salía para presentarse al examen, Jean-Claude encontró una carta en el buzón. Era de una chica que se había enamorado de él y a quien él había rechazado porque amaba a Florence. Ella le decía que cuando abriese la carta estaría muerta. Se había suicidado. Era por eso, porque se había sentido tremendamente culpable de aquella muerte, por lo que no se presentó al examen. Así empezó todo.

Yo estaba estupefacto.

—Espere. ¿Usted se cree esa historia?

Marie-France me miró asombrada.

—¿Por qué iba a mentir?

—No lo sé. Bueno, sí lo sé. Porque miente. Es su manera de ser, no puede evitarlo, y pienso que lo hace más para engañarse a sí mismo que para engañar a otros. Si esa historia es cierta, podrá comprobarse. Quizá no verificar que una chica que él conocía se había suicidado por él, pero por lo menos que una chica que él conocía se suicidó por aquella época. Bastaría con que nos dijese su nombre.

—No quiere. Por consideración a la familia de ella.

—Por supuesto. Tampoco quiere decir quién era el investigador al que compraba cápsulas para curar el cáncer. Pues bien, al contrario que usted, pienso que Abad tuvo mil veces razón para decirle que se guardase esa historia para él.

Mi incredulidad incomodaba a Marie-France. Era tan incapaz de mentir que la idea de que aquella historia sin pies ni cabeza pudiese ser mentira ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Abad, que la había convocado para que declarase como testigo de la defensa, contaba con ella para corregir la impresión que iba a causar la testigo precedente, citada por la acusación: Abad me confesó, con un suspiro abrumado, que hubiese pagado por no estar presente cuando testificase.

La señora Milo, una rubita pequeña, ya no muy joven pero coqueta, era la maestra cuya relación con el director había provocado un escándalo en la escuela Saint-Vincent. Empezó hablando de los «momentos difíciles» que los dos habían vivido, y el apoyo que les habían prestado los Romand.

Algunos meses después del drama, el ex director recibió una carta de la prisión de Bourg-en-Bresse que era un llamamiento de socorro. Él se la enseñó a ella, y ella se conmovió. Luego se separaron, él se fue a dirigir una escuela en el sur y la señora Milo escribió una carta al preso. Había sido la maestra de Antoine, cuya muerte traumatizó terriblemente a los alumnos de su clase de párvulos: hablaban de ello continuamente, la docencia se convertía en terapia de grupo. Un día, ella pidió a los niños que hiciesen un bonito dibujo colectivo «para infundir valor a una persona en apuros», y, sin decirles que la persona en apuros era el padre y el asesino de Antoine, se lo envió en nombre de todos. La respuesta de Jean-Claude fue efusiva, y ella la leyó en clase.

Abad hundió bruscamente la cabeza en su expediente y el fiscal movió la suya con aire pensativo. La señora Milo, presintiendo el malestar, se calló. Fue necesario que la presidenta la espolease:

—Usted visitó a Jean-Claude Romand en la cárcel y entabló con él una relación amorosa.

—Eso es mucho decir…

—Los carceleros han dejado constancia de «abrazos voluptuosos» en la sala de visitas.

—Es mucho decir…

—En el correo que obra en el sumario figura este poema que le envió Jean-Claude Romand:

Yo quería escribir
un «no sé qué»
dulce, apacible,
algo invisible,
un «no sé qué»
amable,
agradable,
un «no sé qué»
que calma,
que encanta,
un «no sé qué»
que da confianza
incluso en el silencio
y así vengo a decirte
un «te quiero».

En el silencio consternado que se instauró tras esta lectura (rara vez he vivido un momento más *embarazoso* y vuelvo a sentir, intacto, ese embarazo al transcribir hoy mis notas), la testigo farfulló que para ella era una página pasada, que ahora tenía otro compañero y ya no veía a Jean-Claude Romand. Creímos que el suplicio había acabado, pero él, además de ese poema, le había enviado una carta que contenía pasajes de la novela *La caída*, de Camus, que expresaban bien, decía, sus reflexiones. El fiscal empezó

a leerlos:

> «Si hubiese podido suicidarme y luego ver las caras de todos, la cosa habría valido la pena. A los hombres sólo les convencen tus motivos, tu sinceridad y la gravedad de tus pesadumbres cuando te ven muerto. Mientras sigues vivo, tu caso es dudoso, sólo tienes derecho a su escepticismo. Así que si existiese la certeza de que puedes gozar del espectáculo, valdría la pena demostrarles lo que no quieren creer, y asombrarles. Pero te matas y qué importa que te crean o no: no estás ahí para presenciar su asombro, por otra parte fugaz, para asistir, digamos, como sueña cada cual, a tu propio funeral…»

Jean-Claude había copiado ocho grandes páginas de este estilo que deleitaba al fiscal, y concluyó los pasajes escogidos con lo que exponía como una profesión de fe: «Ante todo no creas a tus amigos cuando te pidan que seas sincero con ellos. Si te encuentras en ese caso, no lo dudes: promete decir la verdad y miente lo mejor posible».

El acusado trató de explicarse:

—Todo eso evoca mi vida de antes… Ahora sé que es lo contrario, que sólo la verdad es liberadora…

El efecto, como preveía Abad, fue demoledor. Testificando inmediatamente después, la pobre Marie-France no tenía la menor posibilidad. Comenzó contando de forma conmovedora sus primeras entrevistas con el preso. «Cuando le estrechaba la mano tenía la impresión de apretar la mano de un muerto, tan fría estaba. Sólo pensaba en morir, no he visto nunca a nadie tan triste…

»Cada vez que le dejaba pensaba que no le volvería a ver en la visita siguiente. Y luego, un día, en mayo del 93, me dijo: “Marie-France, me condeno a vivir. He decidido asumir este sufrimiento por la familia de Florence, por mis amigos.” Y a partir de ahí todo cambió…» A partir de ahí, asimismo, su testimonio dejó de ser convincente. Todos pensaban en el poemita, en aquel idilio aberrante con la antigua maestra de Antoine, y eso volvía irrisorias las piadosas palabras sobre «el perdón que no puede esperar de los demás porque no se perdona a sí mismo». Sin pararse a pensarlo,

ella terminó presentando a Jean-Claude como un hombre maravilloso al que, en la cárcel, los demás reclusos acudían para reconfortarse, recuperar la alegría de vivir y el optimismo: un rayo de sol. El fiscal escuchaba a esta testigo de la defensa con una sonrisa de gato que digiere, y Abad se había literalmente perdido dentro de su toga.

Era el penúltimo día del juicio y ya sólo quedaba el acto de inculpación y el alegato de la defensa. Cené con un grupo de periodistas entre los que estaba una mujer llamada Martine Servandoni, a quien el testimonio de Marie-France había encolerizado. Su angelismo no sólo le parecía ridículo, sino irresponsable, puramente criminal. Romand, explayó, era una basura, y de la peor especie: abúlico y sentimental como su poema. Dicho esto, como la pena de muerte ya no existía, iba a vivir, a pasar veinte o treinta años en prisión y por este motivo era necesario plantearse la cuestión de su devenir psíquico. La única cosa positiva que, en ese sentido, podría sucederle, era que tomase conciencia *realmente* de lo que había hecho y que, en lugar de lloriquear, se hundiera *realmente* en la profunda depresión que durante toda su vida se las había arreglado para esquivar.

Únicamente a ese precio había una posibilidad de que un día pudiese acceder a algo que no fuera una mentira, una huida más de la realidad. Y lo peor, a la inversa, que podría sucederle, era que unas meapilas como Marie-France le tendiesen en bandeja un nuevo personaje que interpretar, el de gran pecador que expía sus culpas rezando rosarios. Para aquel género de cretinos, Martine no hubiese sido hostil al restablecimiento de la pena capital, y no tuvo empacho en decirme que a mí también me metía en el mismo saco. «Debe de estar encantado de que escribas un libro sobre él, ¿verdad?

»En el fondo ha hecho bien matando a su familia, todas sus plegarias han sido atendidas. Se habla de él, aparece en la tele, van a escribir su biografía y su historial de canonización va por buen camino.

»Es lo que yo llamo triunfar por todo lo alto. Un itinerario impecable. Yo digo: bravo».

«Les van a hablar de compasión. Yo reservo la mía para las

víctimas»: así comenzaba el discurso del fiscal, que duró cuatro horas. Retrataba al acusado como un perverso maquiavélico, «entrado en la duplicidad como se ingresa en la religión», que obtenía de su impostura un gozo de cada instante. En aquel juicio en que ninguna sombra de duda planeaba sobre los hechos, la autenticidad de la voluntad de suicidio de Romand reveló ser el principal envite de la pugna entre la acusación y la defensa. Tras haber releído, con una voz blanca, el relato insoportable del asesinato de los niños, el ministerio fiscal explotó teatralmente: «¡En fin! ¡Es para volverse loco! ¿Cuál puede ser la reacción de un padre después de esto, si no dirigir el arma contra él? Pero no: la deja donde estaba, sale a comprar los periódicos, la vendedora le encuentra tranquilo y cortés, ¡y hasta el día de hoy Romand se acuerda de que no compró
L'Équipe
! Y después de matar a su vez a sus padres, ¡no se apresura tampoco a reunirse con ellos en el otro mundo, sino que sigue esperando, concediéndose prórrogas, contando quizá con uno de esos famosos milagros que hasta la fecha le han salvado siempre! Tras haberse despedido de Corinne, vuelve a su casa y deja correr una veintena de horas, ¿aguardando qué? ¿Que ella le denuncie? ¿Que descubran los cadáveres en Clairvaux? ¿Que los gendarmes vayan a buscarle antes del gesto fatal? Se decide finalmente a incendiar la casa, pero a las cuatro de la mañana, la hora exacta en que pasan los basureros. Prende fuego al desván, de manera que las llamas se vean enseguida y desde lejos. Aguarda a que lleguen los bomberos para ingerir un puñado de comprimidos caducados desde hace diez años. Y, para acabar, por si los bomberos remoloneaban creyendo que la casa estaba vacía, les señala su presencia abriendo la ventana. Los psiquiatras hablan de conducta "ordálica", lo que quiere decir que ha confiado su suerte al destino. Muy bien. La muerte no ha querido llevárselo. Al salir del coma, ¿entra acaso por sí mismo en esa vía de expiación dolorosa que describen las almas bondadosas? Nada de eso. ¡Niega, inventa la historia del hombre misterioso, vestido de negro, que habría matado a sus familiares delante de sus ojos!» Transportado por su demostración, apoyada en el hecho de que habían encontrado, al pie de la cama de Jean-Claude, una colección de enigmas policiales sobre el tema de la

habitación cerrada, el fiscal llegó al extremo de imaginar un plan diabólico, lúcidamente cumplido, para no solamente sobrevivir sino incluso ser declarado inocente. Abad no hubo de esforzarse mucho para probar que el presunto plan diabólico habría sido una notable chapuza. De su alegato, tan vehemente como acerada había sido la inculpación del fiscal, se desprendía el argumento siguiente: se acusaba a Romand de asesinatos y abuso de confianza, era el colmo que además se le reprochase no haberse suicidado. Jurídicamente era irrefutable. Pero, con toda evidencia, humanamente era justo eso lo que se le reprochaba.

Las últimas palabras de un proceso, antes de que el tribunal se retire para deliberar, pertenecen al acusado. Era un hecho manifiesto que había preparado su texto, y lo dijo sin equivocarse, con una voz que la emoción hizo trastabillar en varias ocasiones:

«Es cierto que se me impone el silencio. Comprendo que mis palabras e incluso mi supervivencia agravan el escándalo de mis actos. He querido asumir tanto el juicio como el castigo, y creo que es la última ocasión que tendré de hablar de quienes sufren por mi causa. Sé que mis palabras son insignificantes, pero debo decirlas. Decirles que su sufrimiento no me abandona ni de noche ni de día. Sé que me deniegan el perdón, pero en memoria de Florence quiero pedirles perdón. Sólo lo obtendré quizá después de mi muerte. Quiero decir a la mamá de Florence, a sus hermanos, que su papá murió de resultas de su caída. No les pido que me crean, porque no tengo pruebas, pero lo digo delante de Florence y delante de Dios porque sé que un crimen inconfesado no será perdonado. Les pido perdón a todos.

»Ahora quisiera hablarte a ti, mi Flo, a ti, mi Caro, a ti, mi Titú, a mi papá, a mi mamá. Os llevo dentro de mi corazón y es esta presencia invisible la que me da fuerzas para hablaros. Lo sabéis todo, y si alguien puede perdonarme sois vosotros. Os pido perdón. Perdón por haber destruido vuestras vidas, perdón por no haber dicho nunca la verdad. Y, sin embargo, mi Flo, estoy seguro de que tu inteligencia, tu bondad, tu misericordia hubieran podido perdonarme. Perdón por no haber podido soportar la idea de haceros sufrir. Yo sabía que no podría vivir sin vosotros, pero hoy sigo estando vivo y os prometo que trataré de vivir hasta que Dios lo quiera, salvo si los que sufren por mi causa me piden que muera

para atenuar su pena. Sé que me ayudaréis a encontrar el camino de la verdad, de la vida. Hubo mucho, mucho amor entre nosotros. Os seguiré amando de verdad. Perdón a quienes podrán perdonar. Perdón también a los que no podrán perdonar nunca.

»Gracias, señora presidenta».

Al cabo de cinco horas de deliberación, Jean-Claude Romand fue condenado a cadena perpetua, acompañada de una pena de prisión firme de veinte años. Si todo va bien, saldrá de la cárcel en 2015, a la edad de sesenta y un años.

París, 21 de noviembre de 1996

Querido Jean-Claude Romand:

Hace ya tres meses que empecé a escribir. Mi problema no es la información, como pensé al principio. Es encontrar mi lugar ante su historia. Al ponerme a trabajar, creí que podría resolver ese problema cosiendo de cabo a rabo todo lo que sabía y esforzándome en conservar la objetividad.

Pero ser objetivo, en un asunto como éste, es ilusorio. Me hacía falta un punto de vista. Fui a ver a su amigo Luc y le pedí que me contara cómo habían vivido él y sus familiares los días que siguieron al descubrimiento del drama. Traté de escribir eso, identificándome con él con tantos menos escrúpulos cuanto que él me dijo que no quería aparecer en el libro con su verdadero nombre, pero pronto juzgué imposible (técnica y moralmente, las dos cosas van juntas) atenerme a ese criterio.

Por eso la sugerencia que me hace en su última carta, bromeando a medias, de que adopte el punto de vista de los perros sucesivos que usted ha tenido, me ha parecido graciosa y a la vez me ha convencido de que usted era consciente de esa dificultad. Dificultad que es, evidentemente, más suya que mía, y que constituye lo que está en juego en el trabajo psíquico y espiritual que usted ha iniciado: esa falta de acceso a usted mismo, ese blanco que no ha cesado de aumentar en lugar de aquel que, en usted, debe decir «yo». No soy yo, obviamente, quien va a decir «yo» en su nombre, pero me queda, a propósito de usted, decir «yo» por mí mismo. Decir, en mi propio nombre y sin refugiarme detrás de un testigo más o menos imaginario o un mosaico de informaciones que pretenden ser objetivas, lo que en su historia me habla y resuena en la mía. Pues bien, no puedo. Las frases se me resisten, el «yo» suena falso. He decidido, por tanto, abandonar esta tarea que no está madura. Pero no quisiera que este abandono provisional ponga fin a nuestra correspondencia. A decir verdad, me parece que me resulta más fácil escribirle y, sin duda, escucharle una vez abandonado este proyecto en que cada

uno encontraba un interés inmediato: sin él, la palabra debería ser más libre…

Villefranche-sur-Saône, 10 de diciembre de 1996

Querido Emmanuel Carrère:

Comprendo bien su situación. Aprecio la sinceridad y la valentía de su actitud, que le llevan a aceptar la decepción de un fracaso después de un trabajo importante, en vez de contentarse con un relato periodístico que no corresponde a su objetivo.

Lo que me da todavía un poco de fuerza hoy es, en primer lugar, no estar solo en esta búsqueda de la verdad, y por otra parte me parece que empiezo a percibir esta voz interior cargada de sentido que hasta ahora sólo ha podido manifestarse a través de los síntomas o del paso a los actos. Tengo la intuición de que es esencial oír en mí una palabra que encuentre confirmación escuchando a otro y a lo que habla dentro de él. Me parece también que esa imposibilidad que usted tiene de decir «yo» a propósito de mí procede en parte de mi propia dificultad de decir «yo» respecto a mí mismo.

Aunque consiga franquear esta etapa, será demasiado tarde, y es cruel pensar que si hubiese tenido, a tiempo, acceso a ese «yo» y, en consecuencia, al «tú» y al «nosotros», habría podido decirles todo lo que tenía que decirles sin que la violencia hiciera imposible la continuación del diálogo. A pesar de todo, desesperar sería la renuncia última y como usted, creo que el tiempo permitirá una transformación, que aportará un sentido. Al escribir estas palabras, pienso en una frase de Claudel:

«El tiempo es el sentido de la vida», del mismo modo que se habla del sentido de una palabra, del sentido de un río, del sentido del olfato… Al descubrir un sentido a esta horrible realidad, se convertirá en verdad y quizá sea muy distinta de la que parece obvia. Si es verdaderamente la verdad, contendrá en ella su propio remedio para aquellos a quienes concierne…

Como yo había predicho sin creerlo demasiado, nuestra correspondencia se volvió más fácil en cuanto abandoné el libro. Romand empezó a hablarme del presente, de su vida en la cárcel. De Bourg-en-Bresse le habían trasladado al presidio de Villefranche-sur-Saône. Marie-France iba a verle todas las semanas, al igual que otro visitador llamado Bernard. Al principio temía las violencias de que son ritualmente víctimas los asesinos de niños, pero muy pronto un cabecilla le reconoció y le garantizó su protección: un día, en la época en que ambos estaban en libertad, Jean-Claude le había cogido en autostop y le había dado un billete de doscientos francos para que se pagase una buena comida. Ese rasgo de generosidad borró el horror de sus crímenes y le hizo popular. Alain Carignon, la estrella de Villefranche, le invitó a hacer jogging con él. Cuando llegaba un recluso difícil, le metían en la celda de Jean-Claude, para que obrase sobre él su influencia pacificadora. Se ocupaba de la biblioteca, participaba en los talleres de escritura, de informática y de dibujo animado. En su afán de enfrascarse en una tarea de largo aliento, comenzó a estudiar japonés. Y cuando yo le hablé del trabajo de largo aliento que yo, a mi vez, había acometido, una nueva traducción de la Biblia en la cual colaboran exégetas y escritores, se apasionó al instante.

Como a mí me habían encargado el Evangelio de San Marco, él lo leía con especial devoción, comparaba las cinco traducciones que la biblioteca ponía a su disposición, se complacía en informarme de que el tío abuelo de Marie-France no era otro que el padre Lagrange, el artífice de la Biblia de Jerusalén. Hablamos de que yo fuese a Villefranche a animar un taller dentro de la capellanía, pero Jean-Claude fue trasladado antes de que el proyecto pudiese realizarse.

Sólo fui a verle una vez. La visita, que me causaba aprensión, transcurrió bien, casi demasiado bien. Yo estaba aliviado y un poco sorprendido. ¿Qué esperaba? ¿Que después de haber hecho lo que había hecho y haber sobrevivido, llevase la cabeza cubierta de cenizas, se aporrease el pecho y se revolcara cada cinco minutos por el suelo lanzando gritos de agonía? Había engordado después del juicio y, abstracción hecha del chándal informe que es el uniforme de las cárceles, se parecía al que debía de haber sido el afable doctor Romand. Visiblemente contento de verme, me hizo los

honores de la sala de visita, disculpándose por su incomodidad. Sus sonrisas eran un poco excesivas, y las mías también. No hubo ni grandes silencios ni efusiones dostoievskianas. Hablamos de todo un poco, a la manera de la gente que, sin conocerse bien, ha coincidido en vacaciones —en nuestro caso, en la audiencia de
l'Ain
— y descubierto puntos de interés comunes. Ni una palabra del pasado.

En su carta siguiente, me preguntó la marca de mi perfume.

«Seguramente le parecerá estrafalario, pero creo conocerlo y quizás al identificarlo encuentre los recuerdos inherentes a ese olor. Tal vez sepa usted que a Florence le apasionaba el universo de los perfumes: tenía mucho apego a su colección de muestras, que sumaba varios cientos de frascos acumulados desde su adolescencia. Tuve ocasión de experimentar, durante las reconstrucciones, las relaciones muy estrechas que existen entre los centros nerviosos del olfato y los de la memoria cuando reconocen un perfume familiar…»

Me conmovió el aspecto sencillo y amistoso de esta petición, pero más todavía lo siguiente: desde que nos carteábamos, hacía tres años, era la primera vez que en lugar de hablarme de los «míos», de «los que me amaban» o de los «seres queridos», escribía el nombre de pila de su mujer.

Cuando, al cabo de dos años, le anuncié que volvía a intentarlo, a él no le sorprendió. Lo esperaba: aunque quizá no tan pronto. Y tenía confianza.

También a Marie-France le pareció una buena noticia. La llamé para recuperar el sumario.

Según la ley, el condenado sigue siendo propietario del ejemplar original, pero como ocupa mucho sitio, las celdas son pequeñas y las consignas que hay a la entrada de las cárceles están sobrecargadas, Jean-Claude se lo había entregado en depósito. Ella me aconsejó, al invitarme a su casa, que vaciase bien el maletero de mi coche para que cupieran todas las cajas. Adiviné que no le molestaba desprenderse de aquel fardo siniestro y que al trasladarlo a París yo me comprometía a guardarlo hasta que Jean-Claude saliese de la cárcel.

Marie-France vive en un pueblo a cincuenta kilómetros al este de Lyon. No tenía la menor idea de su entorno social y me sorprendió descubrir una casa inmensa y magnífica, en medio de un parque que desciende en suave pendiente hacia el río. El paraje es encantador y está acondicionado de un modo señorial. Ella me había dicho que fuera entre semana para estar tranquilos, pues su marido y ella tienen cantidad de niños y de nietos que desembarcan allí los fines de semana, rara vez menos de veinte. Raph, el marido, era un industrial textil antes de jubilarse. Marie-France procede también de una estirpe de comerciantes de seda lioneses y, hasta que sus hijos crecieron, llevaba la vida de una madre de familia burguesa, de una cristiana un poco más fervorosa que el promedio. Cuenta —si se le insta a ello— que al llegar a la cincuentena oyó una llamada. La esperaban en la cárcel. ¿En la cárcel? Necesitó tiempo para comprenderlo y acatar la llamada, porque no es una mujer exaltada. Además, una no se convierte en visitadora de

cárceles de la noche a la mañana.

Hay un periodo de prueba durante el cual se acoge y se presta ayuda a las familias de los reclusos antes y después de las visitas. Me había asombrado, en Villefranche, la atmósfera que crean esas personas voluntarias en la caravana que hace las veces de sala de espera a la puerta del presidio.

Gracias a ellas, no es demasiado tétrico: sirven café, la gente se habla, los que vienen por primera vez aprenden las normas poco a poco. Tras ese noviciado, Marie-France franqueó el umbral y desde entonces asistió con su amistad a decenas de presos en la región lionesa. Jean-Claude, a quien pronto haría seis años que ella conocía, es claramente uno de sus preferidos. No ignora nada de sus angustias ni de su fragilidad psíquica (ella considera que faltaría un tris para que recaiga y se mate), pero admira como un don de Dios la capacidad de Jean-Claude para tomar, pese a todo, «la vida por su lado bueno. Y además, comprenderás», Marie-France te tutea enseguida, «que es fácil de ayudar.

»Alguien así te anima. Cuando le veo me repite a menudo una frase que yo le he dicho en la visita anterior y que me asegura que le ha sostenido durante toda la semana. Eso me reconforta».

Esa buena voluntad de Jean-Claude, que para un visitador de cárceles le convierte en un cliente gratificante, le ha granjeado otro ángel de la guardia, el tal Bernard de quien Jean-Claude me había hablado en sus cartas. Marie-France le invitó a comer en compañía de su esposa. La víspera, Bernard había ido y vuelto de Lyon a París para visitar a Romand en Fresnes, adonde acababan de trasladarlo. Arrancado sin miramientos de un ambiente que había llegado a resultarle familiar, ahora se encontraba en un lugar desconocido, rodeado de extraños, tratado como un paquete en un apartadero, y a Bernard, a sus setenta y cinco años, le pareció lo más natural del mundo tomar al instante el tren para que al menos durante media hora Romand viese la cara de un amigo. Yo, que sólo había ido una vez a Villefranche, me sentí un poco avergonzado, sobre todo porque Bernard debió de ejercer una intensa violencia sobre sí mismo para cruzar la puerta de Fresnes, que le trae muy malos recuerdos. Condenado a muerte como miembro de la Resistencia, la Gestapo le tuvo prisionero en Fresnes y vivió dos meses a la espera de su ejecución. Su única lectura era un ejemplar de los escritos de

Santa Teresa de Lisieux, gracias a la cual se convirtió y dejó de temer a la muerte. A la postre fue deportado. Antes de llegar a Buchenwald, pasó cuatro días en un vagón cerrado, sin comer ni beber más que orina, apretado contra moribundos, de los cuales la mayoría eran cadáveres al final del viaje. No pretendo que semejante experiencia sirva posteriormente de patente de lucidez infalible, pero lo refiero para que se entienda que Bernard no es un sacristán ignorante de la vida y del mal. Ahora bien, este viejo gaullista, más bien de derechas, más bien tradicionalista, habla del estafador y asesino Jean-Claude Romand como de un muchacho sumamente afectuoso a quien siempre le agrada ver, y se nota que no se trata de una caridad más o menos voluntarista, sino de una amistad real.

Después de comer, salimos a la terraza que domina el río y la llanura de
l'Ain
que, para ser una planicie, me pareció singularmente ondulada. Era el veranillo de San Martín: los árboles tenían un color leonado, el cielo era muy azul, cantaban zorzales. Tomamos el sol y el café comiendo chocolates suizos. Raph, que se parece un poco a Philippe Noiret, escuchaba con benevolencia a su mujer y a su amigo Bernard hablar de su protegido. Era como si, forzosamente, le conociese. Le tenía simpatía. «O sea que ahora», me dijo, «¿usted también forma parte del club?» No supe qué responderle. No quería abusar de la confianza de aquellas personas haciéndoles creer que yo era, al igual que ellos, un incondicional de Jean-Claude. Para mí no era Jean-Claude. En mis cartas, al principio le había llamado «señor», luego «querido señor», luego «querido Jean-Claude Romand», pero nunca hubiese escrito «querido Jean-Claude». Al oír a Marie-France comentar animadamente su vestuario de invierno («Tiene ya el jersey azul, que es caliente, pero estaría bien que también tuviera el gris de lana polar, quizá Emmanuel quisiera llevárselo…»), aquel afecto me pareció tan sencillo, tan natural, admirable y a la vez casi monstruoso. No solamente yo no era capaz de sentirlo, sino que tampoco deseaba hacerlo. No deseaba recorrer el camino que conducía a tragarme sin rechistar una invención tan palmaria como la historia de la enamorada que se había suicidado la víspera del examen, o a pensar como Bernard que, en el fondo,

aquel destino trágico era providencial: «Pensar que hayan hecho falta todas esas mentiras, esos azares y ese drama terrible para que hoy pueda hacer todo el bien que hace a su alrededor… Es algo que siempre he creído, ya ve, y que veo en la vida de Jean-Claude: todo discurre bien y acaba por encontrar su sentido para quien ama a Dios».

Me quedé de una pieza. Pero también se debían de quedar de una pieza los que escuchaban a la pequeña Thérèse Martin, todavía no de Lisieux, hablar con embeleso del gran criminal Pranzini, y me percataba de que la postura, a mi entender escandalosa, de Bernard era simplemente la de un cristiano consecuente. Inclinado sobre mi trabajo, llegaba a imaginar, por un lado, a Marie-France y a Bernard regocijándose aún más, y a todo el cielo con ellos, por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan hacerlo, y, por el otro, a Martine Servandoni repitiendo que lo peor que podría sucederle a Romand sería que cayese en las manos de esas gentes: se dejaría acunar por discursos angelicales sobre la infinita misericordia del Señor, las maravillas que Él operaba en su alma, y perdería toda oportunidad de recobrar algún día el contacto con la realidad.

Evidentemente, cabía sostener que en un caso como el suyo más valía así, pero Martine opinaba que en todos los casos, sin excepción, una lucidez dolorosa era mejor que una ilusión aplacadora, y no seré yo quien la contradiga a este respecto.

Bernard y su mujer forman parte de un movimiento católico llamado los Intercesores, que se relevan para garantizar una cadena de oración ininterrumpida. En cualquier instante, en Francia, y creo que en todo el mundo, hay por lo menos un intercesor rezando. Cada uno se compromete a hacerlo en una fecha y una hora concretas, y Jean-Claude Romand, reclutado por su amigo, ha mostrado mucho celo al escoger horarios poco solicitados, por ejemplo de las dos a las cuatro de la mañana. Bernard le ha pedido su testimonio al respecto, y lo ha publicado anónimamente en el boletín del grupo:

> Encarcelado desde hace varios años y condenado a cadena perpetua a raíz de una terrible tragedia familiar, mi situación no me induce a testimoniar de un modo natural, pero puesto que se

trata del testimonio de un intercesor entre otros dos mil sobre la Gracia y el Amor de Dios, voy a intentar darle gracias.

La prueba de la cárcel, pero sobre todo las del duelo y la desesperación, habrían debido alejarme de Dios definitivamente. Las visitas de un capellán, de una visitadora y de un visitador que saben escuchar maravillosamente, hablar sencillamente sin juzgar, me han salvado del exilio que representa un sufrimiento indecible, cortando toda relación con Dios y con el resto de la humanidad.

Hoy sé que esas manos tendidas, providenciales, han sido para mí las primeras manifestaciones de la gracia divina.

Acontecimientos de naturaleza mística, difícilmente comunicables, me han trastornado profundamente y han consolidado mi fe nueva. Entre los que más huella han dejado: en una noche de insomnio y de angustia en que me sentía más que nunca culpable de vivir, la irrupción inesperada de Dios al contemplar en las tinieblas la Santa Faz pintada por Rouault. Tras el abatimiento más horrible, mis lágrimas no eran ya de tristeza, sino el efecto de un fuego interior y de la Paz profunda que da la certeza de ser amado.

La oración ocupa un lugar esencial en mi vida. Es más difícil de lo que pudiera parecer guardar silencio y orar en una celda; no es, sin embargo, tiempo lo que falta; el gran obstáculo es el ruido de las radios, de las televisiones, de los aullidos en las ventanas hasta tarde en la noche. Muchas veces, recitar oraciones durante cierto tiempo, maquinalmente, sin prestar atención al sentido de las palabras, permite neutralizar el ruido circundante y los pensamientos parasitarios antes de encontrar una paz propicia a una plegaria personal.

Cuando estaba en libertad, había oído, de una forma distraída, sin sentirme aludido, esta frase del Evangelio: «Estaba en la cárcel y me visitasteis» (Mateo, 25, 36). Tuve la suerte de conocer al grupo de los Intercesores gracias a uno de esos visitadores, que llegó a ser un amigo muy querido.

Esas dos horas de oración al mes, a una hora muy tardía en que la diferencia entre el mundo exterior y el interior se atenúa, son momentos benditos. La lucha contra el sueño que les precede es siempre recompensada. Es una alegría poder ser un eslabón de esta cadena continua de oración que rompe el aislamiento y el sentimiento de inutilidad. Es también un sosiego para mí sentir, en el fondo del abismo que es la cárcel, que quedan esas cuerdas invisibles que son las plegarias y que te impiden hundirte. Pienso a menudo en esa imagen de la cuerda que no hay que soltar para

permanecer fiel, a toda costa, a la cita de esas horas de intercesión. «Al descubrir que la Gracia no está en el cumplimiento de mis deseos, por generosos y altruistas que fuesen, sino en la fuerza de aceptarlo todo con alegría, desde el fondo de mi celda mi *De Profundis* se convierte en *Magnificat*, y todo es Luz».

De regreso en mi coche hacia París para empezar mi trabajo, yo no veía ya misterio alguno en la larga impostura de Jean-Claude, sino tan sólo una pobre mezcla de ceguera, aflicción y cobardía.

Yo sabía, lo había conocido a mi manera, y ya no me incumbía, lo que pasaba en su cabeza a lo largo de aquellas horas de vacío transcurridas en isletas de autopista o aparcamientos de cafeterías. ¿Pero lo que ocurre en su corazón ahora, en las horas nocturnas en que vela para rezar?

Descargué el maletero y, al ordenar para los diecisiete años siguientes las cajas de cartón del sumario en un armario de mi estudio, comprendí que no volvería a abrirlas. El testimonio escrito a instancias de Bernard seguía abierto, en cambio, encima de mi mesa. Con su fraseología católica, ese testimonio sí me parecía realmente misterioso. En el sentido matemático: *indecidible*.

De que Jean-Claude Romand no representa una farsa para los demás, de eso estoy seguro; pero el mentiroso que hay en él, ¿no la representa para sí mismo? Cuando Cristo entra en su corazón, cuando la certeza de ser amado, a pesar de todo, hace que rueden por sus mejillas lágrimas de alegría, ¿no sigue siendo el adversario quien le engaña?

Pensé que escribir esta historia sólo podía ser un crimen o una plegaria.

París, enero de 1999

Emmanuel Carrère (París, 9 de diciembre de 1957, Francia) es un escritor, guionista y realizador francés, diplomado por el Instituto de Estudios Políticos de París.

Hijo de Louis Édouard Carrère y de la sovietóloga de la Académie française Hélène Carrère
d'Encausse,
tiene dos hermanas, Nathalie Carrère y Marina Carrère
d'Encausse.

Carrère estudió en el Institut d'Études Politiques de París (más conocido como Sciences Po).

Gran parte de su obra, tanto de ficción como de no ficción, se centra en los temas principales de la interrogación de la identidad, el desarrollo de la ilusión y el sentido de la realidad.

Varios de sus libros han sido llevados al cine, y en 2005, dirigió la adaptación cinematográfica de su novela *La Moustache*.

También fue presidente del jurado del libro Inter 2003, parte del jurado en el Festival de Cine de Cannes en 2010, y miembro del jurado de la Cinefoundation y las secciones de Cortometrajes del Festival de Cine de Cannes 2012.

Es autor de siete novelas (entre ellas *Una semana en la nieve*, publicada en España por Circe), dos libros sobre Werner Herzog y Philip K. Dick (*Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos*: Philip K. Dick
1928-1982,
Minotauro) y varios guiones para el cine y la televisión. *El adversario* supuso su consagración indiscutible.

Notas

[1] Aimé significa "amado" en francés. *(N. del T.)* <<

[2] Sobre 20 puntos, que es el sistema de calificación usado en Francia. *(N. del T.)* < <

[3] Símbolo de la República Francesa. *(N. del T.)* < <

[4] Palabra rusa que designa un gorro de piel con orejeras. *(N. del T.)* <<

[5] Périphérique, en francés: se llama así a la carretera urbana de circunvalación que rodea todo el centro de París. *(N. del T.)* < <

[6] Presentadora de un programa de televisión famoso en esa época, en que se analizaban casos problemáticos a una pretenciosa luz psicológica *(N. del T.)* <<